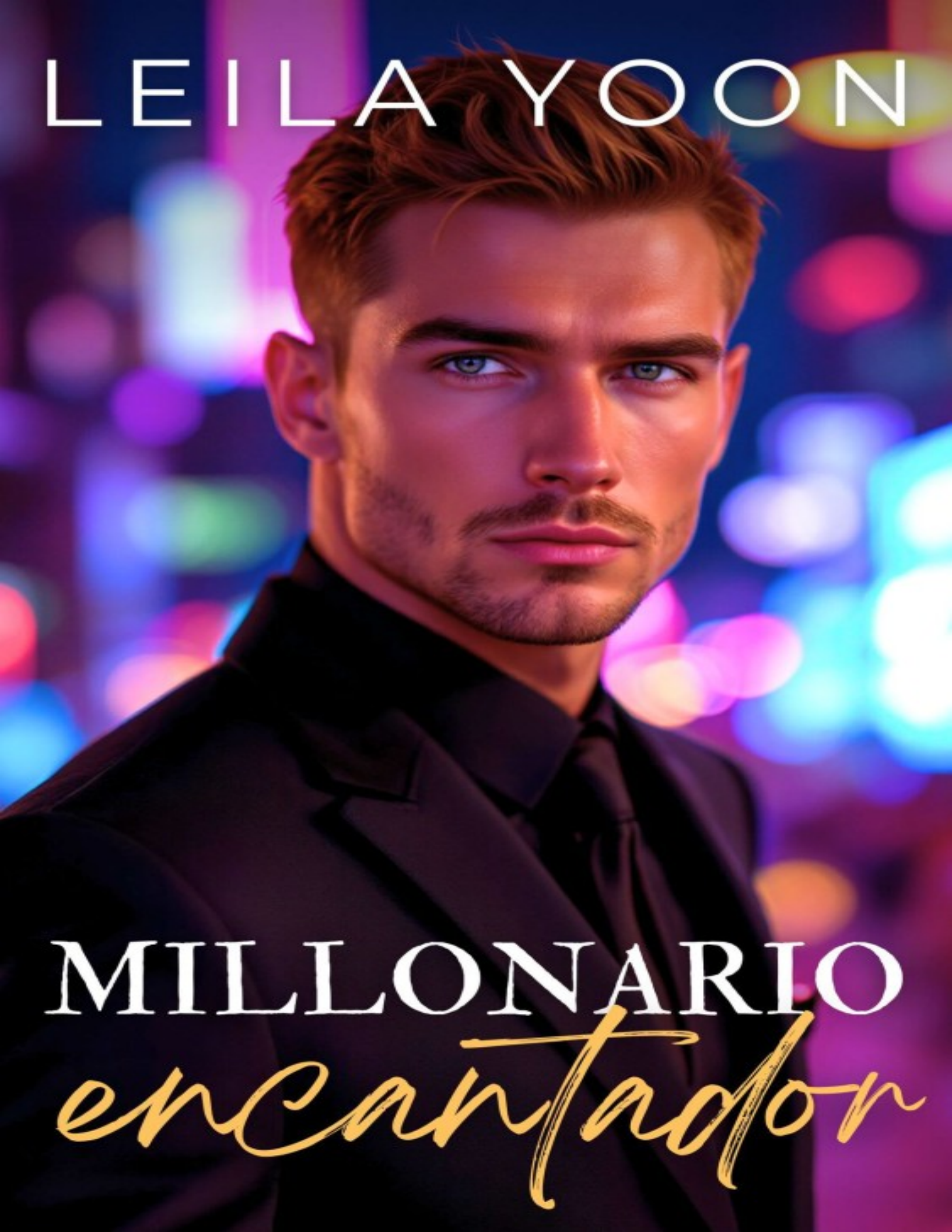

LEILA YOON
MILLONARIO
encantador

Millonario encantador



LEILA YOON

Serie Herederos millonarios de Manhattan #3

Todos los derechos reservados

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares, eventos o hechos reales es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de la autora, **Leila Yoon**.

El diseño y la ilustración de esta obra también son propiedad exclusiva de **Leila Yoon**.

© 2025 Leila Yoon.

ÍNDICE

UN PEQUEÑO INCONVENIENTE

A PESAR DEL TIEMPO Y LA DISTANCIA

CAM. CAMERON. CAMERON BLAKE.

SIETE AÑOS Y UN CHANTAJE

UN BESO DE PRUEBA

BIENVENIDA A CASA

RENDIRSE NO ES UNA OPCIÓN

OPERACIÓN HORRORIZAR A CAMERON

PLANES DE SÁBADO

PRIMER BESO

CHARLA Y ESPRESSO

FIGURANTE EN UNA COMEDIA DE ENREDOS

UNA CONFESIÓN A OSCURAS

UNA VISIÓN INESPERADA EN EL BAÑO

SILENCIO

TÓCATE, NENA

DUDAS Y CONFUSIÓN

UNA OPORTUNIDAD

BAJO LA NOCHE DE MANHATTAN

MÁS ALLÁ DE LA CULPA

ENDGAME

NUESTRA CASA EN LA PLAYA

BRINDIS POR EL FUTURO

MARCANDO TERRITORIO

UNA NOTICIA INESPERADA

UNA DESPEDIDA

ENTONCES… ¿ES REAL?

¿DÓNDE ESTÁ CAMERON?

JUNTOS

MI ELECCIÓN

MALA PÉCORA

¿ME DEJAS UNAS ESTRELLITAS?

SINOPSIS

SERIE NAVIDEÑA REGÁLAME UN CEO POR NAVIDAD #1

SERIE NAVIDEÑA REGÁLAME UN CEO POR NAVIDAD #2

MIS NOVELAS

¡ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

1

Audrey

UN PEQUEÑO INCONVENIENTE



Lo primero que hice aquella mañana al abrir los ojos fue levantar la mano izquierda y admirar, una vez más, el anillo que relucía en mi dedo anular.

Era perfecto.

Un diamante discreto, elegante, del tamaño justo para no parecer ostentoso, pero lo bastante brillante como para anunciar al mundo que estaba a punto de casarme con un hombre estable, influyente y serio.

Exactamente lo que siempre había creído necesitar.

Aún no podía creer que Dave hubiera decidido pedirme matrimonio la noche anterior.

Lo hizo como lo hacía todo siempre. Siguiendo el protocolo, con un discurso impecable y una cena reservada en uno de los restaurantes más exclusivos de Manhattan.

Después de aquello y de darle mi sí, fuimos a mi apartamento e hicimos el amor en la cama.

Puede que él se corriera tras la tercera embestida y se quedara dormido.

Puede que me quedara insatisfecha y con ganas de más.

Pero ¿qué era el sexo comparado con la estabilidad, la seguridad y la promesa de un futuro tranquilo?

Eso era lo que me repetía una y otra vez mientras acariciaba el anillo más perfecto de la historia de los anillos de compromiso.

Me puse en pie y escuché el agua corriendo en el cuarto de baño.

Dave estaría dándose una ducha, así que me puse su camisa y me fui a la cocina dispuesta a prepararle el desayuno.

Hice café, tostadas y corté un par de frutas.

Dave no tardó en aparecer, con esa expresión de prisa que solía llevar todas las mañanas.

No era extraño. Dave Harrington era consultor internacional en una de las firmas más prestigiosas del mundo.

Su calendario estaba siempre lleno de reuniones, vuelos y proyectos que parecían no acabar nunca.

—¿A qué hora sale tu avión? —pregunté mientras le servía café.

—A las once —respondió sin apartar la vista de su móvil, revisando una cadena interminable de correos—. Será un mes intenso en China, pero es un contrato demasiado importante como para delegarlo.

Asentí, fingiendo una sonrisa.

Le echaría de menos durante ese tiempo, pero desde el principio supe que aceptar salir con él significaba aceptar también esas ausencias.

Su trabajo era así: viajes interminables, proyectos en países distintos, noches en hoteles de lujo que yo solo conocía por las fotos que me enviaba de vez en cuando.

Era el precio de estar con un hombre influyente, solicitado en medio mundo, con una agenda que nunca se detenía.

Alguna vez había dudado de si podría ser feliz a largo plazo en una relación así.

Pensaba en cuando tuviéramos hijos, en las noches de fiebre, en las funciones escolares, en todas esas pequeñas cosas cotidianas que construyen una familia.

¿Estaría Dave allí?

Me gustaba pensar que sí.

Que llegado el momento, aprendería a frenar, a priorizar lo que de verdad importa, a ser ese marido y ese padre presente que yo necesitaba a mi lado.

Pero no era momento para pensar en el futuro.

Dave me había pedido matrimonio, yo le había dicho que sí y seríamos felices y comeríamos perdices.

Ese era el cuento.

La versión oficial que debía repetirme hasta grabarla en mi piel.

Dave tomó un sorbo de café y me dedicó una sonrisa.

—He pensado que cuando regrese podríamos empezar con los preparativos de la boda. Me gustaría que nos casáramos la siguiente primavera. Podríamos mirar algún sitio en Manhattan. A mis padres

les haría ilusión que siguiéramos la tradición y celebráramos la ceremonia en la *New York Public Library*, igual que lo hicieron ellos.

—Primavera suena bien —respondí, obligando a mis labios a curvarse en una sonrisa.

Los padres de Dave eran la encarnación de la pareja perfecta.

Elegantes, influyentes y siempre presentes en las páginas de sociedad de Manhattan.

Él, un magnate retirado de las finanzas que aún conservaba un asiento privilegiado en los círculos más exclusivos.

Ella, una mujer de porte impecable que presidía comités benéficos y organizaba galas de caridad en hoteles de cinco estrellas.

Si algo estaba claro era que, al casarme con Dave, gran parte de las decisiones sobre nuestra boda recaerían sobre ellos.

La fecha, el lugar, la lista de invitados… incluso el vestido si se lo permitía.

Yo solo debía encajar en el molde.

Él sonrió, satisfecho con mi respuesta, y terminó su café de un sorbo.

—Lo sabía. Primavera es el momento perfecto.

Se puso la americana con un gesto rápido, cogió su maletín y se inclinó para rozar mis labios en un beso breve.

—Me voy antes de que pierda el vuelo. Te llamaré cuando aterrice en Pekín. Te quiero, futura señora Harrington.

—Yo también te quiero.

Dave salió por la puerta y el eco de sus pasos se apagó en el pasillo del edificio.

Durante un instante, el apartamento quedó en silencio absoluto.

Me dejé caer en una de las sillas de la cocina y acaricié de nuevo el anillo.

La piedra centelleaba como si intentara recordarme que acababa de comprometerme con el hombre que cualquiera en mi lugar envidiaría.

Entonces, ¿por qué sentía aquel nudo en el estómago?

Cerré los ojos y respiré hondo.

Pero en lugar de calma lo único que encontré fue el recuerdo de una sonrisa arrogante, de unas manos fuertes rodeándome la cintura, de un juramento susurrado en voz baja muchos años atrás.

Un juramento que aún tenía consecuencias.

Porque antes de convertirme en la señora Harrington, primero debía dejar de ser la señora Blake.

Y es que, con la euforia del momento del día anterior, no había caído en algo esencial: no podía casarme con Dave mientras siguiera legalmente unida a Cameron Blake.

Mi ex.

El hombre al que di el «sí, quiero» en aquella capilla diminuta de Las Vegas en un arrebato de locura juvenil.

Durante años había evitado pensar en aquel error. Con el tiempo, convencida de que la distancia y el silencio bastaban, dejé que la vida siguiera.

Hasta ahora.

La voz de Dave resonó en mi cabeza de nuevo: «He pensado que cuando regrese podríamos empezar con los preparativos de la boda…».

El corazón empezó a latirme con fuerza.

Mierda.

¿En qué demonios estaba pensando al haber dejado pasar aquello tantos años?

No podría iniciar los trámites de mi boda con Dave mientras siguiera legalmente atada a Cameron.

Inspiré hondo, me levanté de la silla y fui directa a por el móvil.

Deslicé el dedo por la agenda hasta encontrar el número que necesitaba.

Cuando la llamada se conectó, no esperé a saludar.

—Buenos días, señor Kaplan —solté con la voz más firme que pude, aunque por dentro temblaba entera—: tengo una misión para usted.

2

Cameron

A PESAR DEL TIEMPO Y LA DISTANCIA



Lo que más me gustaba hacer en el mundo era nadar.

Desde niño, me había sentido más cómodo dentro del agua que fuera.

En el agua todo tenía sentido.

No había ruido, no había expectativas, solo la sensación de libertad absoluta mientras mis músculos trabajaban con cada brazada.

Por eso aquella mañana me encontraba en la piscina de mi ático, ubicada en la terraza de la segunda planta del dúplex.

No era muy grande, pero sí lo suficiente como para despejar la mente antes de enfrentar el día.

La mayoría de mañanas me acercaba a uno de mis gimnasios premium, con piscina olímpica que me recordaba a las glorias pasadas de mi época como nadador profesional.

Pero hoy no tenía tiempo.

Hoy, uno de mis mejores amigos se casaba.

Me impulsé hacia atrás, flotando boca arriba mientras el sol despuntaba entre los rascacielos de Manhattan.

La vida había cambiado mucho desde que dejé la competición.

Ahora me encargaba de expandir la cadena de clubes deportivos, centros de alto rendimiento y gimnasios premium que había fundado mi padre.

Una herencia pesada para cualquiera, aunque yo la llevaba con la misma naturalidad con la que había nadado toda mi vida.

Era el rostro joven y público del relevo generacional: entrevistas, inauguraciones y actos benéficos.

De repente, una luz ámbar parpadeó en la pared junto a la cristalera.

El sistema estaba conectado al timbre de la entrada. Desde la piscina era imposible oírlo, así que había mandado instalar esas señales luminosas para no perder visitas ni entregas.

Salí de la piscina, cogí la toalla, bajé las escaleras y caminé todavía goteando hacia el vestíbulo.

Cuando abrí la puerta, me encontré con un mensajero vestido con uniforme azul marino, una carpeta en la mano y cara de estar harto de recorrer medio Manhattan.

—¿Cameron Blake? —preguntó, sin levantar demasiado la vista de la tableta.

—El mismo.

—Firma aquí, por favor. Es una carta certificada.

Tomé el lápiz digital, garabateé mi firma en la tableta con el ceño fruncido y recibí el sobre.

Blanco, rígido, con el membrete en relieve de un bufete de abogados en la esquina superior izquierda.

Lo giré entre mis manos mientras el mensajero ya se marchaba por el pasillo.

Al fijarme mejor, leí el remitente en letras negras y elegantes: Kaplan & Associates.

No tenía ni idea de qué podía ser.

No era el tipo de hombre que se metía en líos, como sí podían hacerlo algunos de mis amigos.

Así que abrí el sobre con cierta expectativa.

¿Alguna disputa legal de la empresa familiar?

¿Un contrato antiguo que había olvidado firmar?

¿O, quién sabe, una herencia inesperada de algún pariente lejano del que nunca había oído hablar?

Sonreí de lado ante mis propias teorías y rasgué el sobre.

La primera frase me borró la sonrisa de inmediato:

«Petición de disolución matrimonial entre Audrey Wells y Cameron Blake».

Sentí un golpe seco en el estómago, como si el aire se me escapara de repente.

¿Acaso era una broma?

¿Después de siete años sin hablar, Audrey me pedía el divorcio con un sobre frío y una solicitud redactada por un abogado?

Me quedé en el vestíbulo, goteando sobre el suelo de mármol, mirando esas palabras como si estuvieran escritas en otro idioma.

Siete años sin verla.

Siete años sin escuchar su voz, sin un maldito mensaje, sin una sola señal de vida… y ahora aparecía así, en forma de papeles legales.

Tragué saliva, intentando ignorar la punzada que me atravesaba el pecho.

Sabía que las cosas entre nosotros no habían terminado precisamente bien.

Y no fue culpa suya, desde luego que no.

Cuando sufrí la lesión que me retiró de la natación y mis sueños se vinieron abajo, lo pagué con todo el mundo… y, quizá, Audrey fue quien se llevó la peor parte.

Porque Audrey era nadadora de natación sincronizada y podía seguir persiguiendo sus sueños, mientras que yo me quedaba atrapado en tierra firme.

Ella viajaba, competía, brillaba en cada piscina del mundo… y yo me hundía cada vez más en la frustración de una vida que no reconocía como mía.

Lo dejamos tras una discusión que se nos fue de las manos.

Ella me reprochó estar amargado por mi nueva realidad sin hacer nada por solucionarlo, y yo le eché en cara que siguiera viviendo la vida que yo ya no podía permitirme.

Pura envidia, supongo.

A la mañana siguiente me marché del país con la excusa de necesitar despejarme… y no volvimos a vernos.

Escapé, supongo.

Siempre pensé que, tarde o temprano, nos reencontraríamos y lo acabaríamos solucionando.

Porque éramos Audrey y Cameron.

Primero fuimos mejores amigos.

Luego novios.

Y después esposos.

Nos casamos en un arrebato en Las Vegas, sí, pero lo hicimos convencidos de que lo nuestro era para siempre.

Con el corazón en un puño, volví la vista a la hoja.

Justo debajo de la solicitud de divorcio, una frase llamó mi atención:

«Se solicita la firma urgente de los documentos debido a que la demandante contraerá matrimonio próximamente con otro».

Me quedé congelado, incapaz de creer lo que acababa de leer.

¿Audrey me pedía el divorcio porque iba a casarse con otro?

¿Esta era su forma de poner fin a todo?

Sacudí la cabeza, incrédulo.

Quizá para ella lo nuestro había terminado hacía mucho tiempo.

Pero para mí… para mí ella seguía siendo la única.

A pesar de las mujeres que habían pasado por mi cama.

A pesar del tiempo.

A pesar de la distancia.

Apreté los puños y me encaminé hacia la ducha.

Solo faltaban dos horas para la boda de Julian y Clementine, mis amigos.

Y por mucho que quisiera romper cosas en ese momento… no podía permitírmelo.

Tenía que tragarme la rabia, enfundarme el traje y sonreír como si todo estuviera bien.

Nadie debía notar que acababa de recibir un golpe capaz de derrumbarme por dentro.

***

Era la boda de Julian y Clementine, y el salón de lujo en Manhattan estaba lleno de luces, risas y copas tintineando.

Todos parecían radiantes.

Clementine con un vestido que parecía sacado de un sueño.

Julian mirándola como si el mundo no existiera.

Y mis amigos de siempre disfrutando de la celebración a su manera.

Mis amigos y yo nos habíamos conocido en una mentoría varios años atrás, y desde entonces nos habíamos vuelto inseparables.

Éramos cinco en el grupo.

Leo Moretti, el más escandaloso de todos, había sido durante años la portada favorita de los tabloides.

Fiestas interminables. Mujeres distintas cada noche. Esa arrogancia natural que siempre lo acompañaba.

Pero ahora… ahora era distinto.

Desde que estaba con Riley, su mejor amiga de toda la vida, se le veía feliz, casi irreconocible.

Quizá seguía siendo el mismo arrogante de siempre, pero con ella a su lado parecía haber encontrado algo que nunca pensé que buscara: estabilidad.

Spencer Callahan, heredero del imperio de moda y cosmética de su familia, vivía como si la vida fuera una pasarela.

Desenfadado, provocador y con esa facilidad para atraer miradas que parecía un don natural.

Adam Sinclair era el más serio del grupo.

Frío, calculador y siempre con el móvil en la mano. Dirigía una multinacional tecnológica y un fondo de inversión tan grande que podía hacer temblar a media bolsa de Nueva York.

Nunca necesitaba alzar la voz para imponerse.

Julian Hawthorne… era el más centrado de todos.

Heredero de un imperio editorial y mediático. Siempre serio y disciplinado.

El que ponía cordura cuando el resto de nosotros perdíamos el norte.

Y ahora, además, era el primero en casarse.

El que, contra todo pronóstico, había encontrado el amor verdadero en Clementine, una escritora que se había convertido en el centro de su mundo.

Y yo.

El que todos veían como el más prometedor del grupo por su sonrisa franca y su disciplina de atleta.

Pero, en realidad, era un fraude.

Mientras ellos parecían avanzar, unos hacia el amor, otros hacia imperios cada vez más sólidos… yo estaba atascado en un pasado que volvía a llamar a mi puerta en forma de papeles legales.

Aquel día, Spencer hacía de las suyas, conquistando a media sala con su encanto descarado.

Adam, como siempre, no se separaba del móvil, concentrado en algún asunto de la bolsa que parecía más importante que cualquier baile.

Y Leo… Leo irradiaba esa seguridad arrogante que nunca se quitaba de encima.

Aunque con Riley a su lado parecía un hombre distinto.

Yo, en cambio, me sentía como un invitado fuera de lugar en mi propia familia elegida.

Tenía delante una copa de whisky que apenas había tocado y la sonrisa impostada de quien intenta aparentar normalidad.

Pero por dentro no estaba allí.

Por dentro estaba jodido.

Había pasado todo el día repitiéndome que no debía pensar en ello.

Pero cuanto más lo intentaba, más imposible resultaba.

Así fue como Leo, perspicaz como siempre, acabó sentándose a mi lado y preguntando qué demonios me pasaba.

Tras dudarlo unos segundos, acabé ofreciéndole una respuesta:

—Esta mañana recibí una carta certificada.

Frunció el ceño.

—¿Y?

—Era de Audrey.

Se le atragantó el whisky.

—¿Audrey? ¿Tu ex?

—Sí.

Se inclinó hacia mí, claramente intrigado.

—¿Y qué coño quería?

Me mordí el labio, preguntándome si debía ser franco.

Finalmente suspiré y me dije que, al diablo, necesitaba soltarlo.

—Era una petición de divorcio.

Abrió mucho los ojos, intentando procesar lo que acababa de decirle.

—¿Perdona? ¿De-di-vo…? ¿Me estás diciendo que estabais casados?

Incómodo, murmuré:

—Sí, Leo. Nadie lo sabía… pero Audrey y yo nos casamos hace años. Y ahora quiere el divorcio porque… quiere volver a casarse con

otro.

Se quedó mirándome sin saber qué decir.

Normal.

Eso era algo que nunca le había contado a nadie. Ni siquiera a mi familia.

Lo hicimos sin más intención que la de sabernos una familia, aunque, a efectos prácticos, no cambió nada entre nosotros.

—Joder, Cam… —murmuró al fin, pasándose una mano por el pelo—. Tiene que haber sido un palo, pero supongo que ha llegado el momento de pasar página, ¿no? ¿Cuántos años hace desde que habéis roto? ¿Cinco? ¿Seis?

—Siete —lo corregí con voz áspera—. Y no, no es momento de pasar página. No pienso pasar página.

Leo parpadeó, confuso.

—¿Disculpa? ¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que no pienso hacerlo. No pienso firmar los papeles del divorcio.

Leo dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco, arqueando una ceja como si intentara adivinar si hablaba en serio o estaba desvariando.

—Cam… ¿estás escuchándote? Ella quiere casarse con otro. Si no firmas, lo único que conseguirás es que te demande y que el juez lo apruebe igual, solo que después de meses de bronca y abogados de por medio.

—Ese es su problema, no el mío.

—Pero no lo entiendo, ¿por qué después de tanto tiempo simplemente no firmas y punto? —preguntó Leo, con el ceño

fruncido, como si tratara de descifrarme.

Inspiré hondo, conteniendo la rabia y la punzada que aún me quemaba el pecho.

—Porque no pienso dejar que nuestra historia termine con un sello y una firma al pie de un documento. Audrey y yo nos prometimos algo, y si quiere borrarlo de un plumazo tendrá que demostrarme que aún no queda nada entre nosotros.

Leo resopló, incrédulo.

—¿Es que aún sientes algo por ella? ¿Después de siete años?

Me tomé un breve silencio.

—¿Acaso el tiempo importa cuando se trata de la mujer de tu vida?

Leo me observó con una media sonrisa incrédula.

Yo, en cambio, lo tenía claro: no iba a rendirme.

3

Audrey

CAM. CAMERON. CAMERON BLAKE.



El olor a cloro del centro de alto rendimiento siempre había sido mi hogar.

Incluso ahora, desde el borde de la piscina, como entrenadora, con la carpeta en una mano y el silbato en la otra, sentía la misma punzada de nostalgia que cuando yo era la que saltaba al agua.

Las chicas se alineaban bajo mi mirada atenta, preparando la coreografía que presentarían en la próxima competición internacional.

Alzaron los brazos al unísono y trazaron líneas perfectas en el aire antes de lanzarse al agua con un chapoteo calculado.

—Lo están haciendo de maravilla —dijo Priya a mi lado.

Priya y yo éramos coentrenadoras de un club de élite, y formábamos un dúo peculiar.

De cabello negro azabache, piel morena y rasgos marcadamente indios, irradiaba una elegancia serena que se reflejaba en cada gesto.

Ella se centraba en la técnica.

Yo, en la artística.

Nos conocimos de adolescentes, cuando ambas formábamos parte del mismo equipo de natación sincronizado en el centro de alto rendimiento.

Entonces compartíamos vestuario, sueños y miedos, sin sospechar que años después acabaríamos trabajando codo con codo en la otra orilla: la de las entrenadoras.

—Van bien, sí —admití, sin apartar la vista de la piscina—, pero aún les falta chispa. Esa diferencia que hace que el público se levante del asiento.

Priya sonrió, paciente. Siempre creía que yo era demasiado exigente.

Y no se equivocaba.

Las chicas emergieron a la superficie y se alinearon de nuevo, jadeantes.

Toqué el silbato para marcar el fin de la serie.

—¡Buen trabajo! —les dije, levantando la voz para que todas me oyeran—. La sincronía está casi perfecta, pero quiero más expresión. Cuando estéis dentro del agua pensad que sois intérpretes, no solo atletas.

Varias asintieron.

Otras bufaron discretamente.

Sabía que a veces se les hacía cuesta arriba. Pero también sabía que en una competición internacional cada detalle contaba.

—Cinco minutos de descanso —anuncié.

Las chicas se apartaron hacia el borde y se quedaron agrupadas detrás de mí, con las piernas colgando en el agua.

Yo estaba revisando mis notas en la carpeta cuando escuché sus murmullos.

—¿Quién es ese? —susurró una.

—Es muy atractivo —añadió otra.

—Guau, qué sexy… —murmuró una tercera.

Las risas se propagaron entre ellas, nerviosas y emocionadas, hasta que otra preguntó en voz baja:

—¿Debe de ser el novio de alguna, no?

Fruncí el ceño, intrigada.

Me giré despacio hacia la puerta del recinto… y entonces lo vi.

El corazón me dio un vuelco.

Sentí un peso en el estómago, el pulso acelerado y la garganta seca.

Caminando hacia mí, con paso decidido, estaba Cameron Blake.

El murmullo de las chicas se volvió un eco lejano, como si todo el recinto hubiera perdido volumen de golpe.

Solo lo veía a él.

El mismo hombre que había intentado borrar de mi vida.

El que aún figuraba como mi marido en un documento legal que me perseguía como una sombra.

Lo primero que noté fue lo mucho que había cambiado.

Seguía siendo tan atractivo como siempre.

Alto, con esa espalda ancha que parecía hecha para dominar cualquier piscina.

Su cabello castaño caía rebelde sobre la frente, un poco más largo.

Pero ahora tenía la mandíbula más marcada que en mis recuerdos, las facciones más fuertes y el mismo bronceado obstinado que nunca lo abandonaba, ni siquiera en los inviernos neoyorquinos.

Llevaba una camisa gris que se ajustaba demasiado bien a su torso, y unos pantalones oscuros que resaltaban la firmeza de sus piernas, todavía atléticas pese a los años lejos de la competición.

Y cuando sus ojos verdes se clavaron en los míos, sentí que el aire se me atascaba.

Como si aquellos siete años no hubieran existido.

Las chicas, en cambio, seguían con sus especulaciones en voz baja.

—¿Será un nuevo preparador?

—Yo digo que es modelo, mirad cómo camina.

—Está mirando a la entrenadora. Debe de ser su novio.

—No, el novio de la entrenadora no es él… no es tan guapo.

Más risas estallaron, nerviosas y cómplices.

Yo fingí no escucharlas.

Porque siete años de ausencia acababan de borrarse de un plumazo sin que yo lo hubiera esperado.

—Espera un momento —dijo Priya, mirando hacia él también—. ¿Ese es Cam?

Claro que lo conocía. Además de coincidir en el mismo centro de alto rendimiento, habíamos sido amigas durante el tiempo en que yo salía con él.

Cam. Cameron. Cameron Blake.

Mi primer amor.

Mi esposo.

El hombre por el que, una década atrás, habría dejado el mundo entero sin pensarlo dos veces.

El mismo que me rompió el corazón cuando lo nuestro se desplomó bajo el peso de la realidad.

El aire de la piscina se volvió más denso, irrespirable, cuando se detuvo a cierta distancia, mirándome con una intensidad que me atravesó de lado a lado.

No dijo nada durante unos segundos, como si también necesitara hacerse a la idea de tenerme allí, frente a él.

Durante años había fantaseado con que Cameron viniera a buscarme.

Lo esperé demasiado tiempo, hasta que comprendí que debía seguir con mi vida.

Salir.

Conocer hombres.

Darme otra oportunidad de enamorarme.

Fue así como terminé aceptando aquella copa de Dave en un pub de Manhattan.

Era mono, parecía simpático y yo necesitaba creer que podía volver a empezar.

Y ahora que lo había hecho, que había construido una nueva vida con otro, se plantaba frente a mí como si siete años no significaran nada.

Como si no existieran las noches de espera en vano, las lágrimas ahogadas en silencio ni los esfuerzos por convencerme de que ya no volvería.

—Audrey, tenemos que hablar —dijo al fin.

Solo entonces me fijé en el sobre que llevaba bajo el brazo.

El membrete del bufete de Kaplan resaltaba en la esquina.

¿Había venido a verme para entregarme los papeles firmados en persona?

Priya me lanzó una mirada de desconcierto, mientras las chicas cuchicheaban otra vez detrás de mí.

Yo tragué saliva y forcé mi voz a sonar firme.

—No es el momento. Estoy trabajando. Puedes entregar los papeles a mi abogado, él se encargará —dije, intentando sonar fría.

Cameron no cambió su expresión.

Se limitó a apretar el sobre contra su costado y a dar otro paso hacia mí.

—No. Esto no es algo que quiera discutir con tu abogado, Audrey. Esto es algo entre tú y yo.

Su voz retumbó en el recinto, grave y segura, y las chicas dejaron de cuchichear.

El silencio se extendió por la piscina como un manto pesado.

A mi lado, Priya carraspeó, incómoda, como si buscara un modo de liberar la tensión que acababa de instalarse en el aire.

—Esto… ummm… creo que sería mejor que salieras con él fuera para hablar de lo que sea que tengáis que hablar —dijo Priya al fin, mirando a Cameron y levantando la mano en un saludo vacilante—. A todo esto… hola, Cam. Mucho tiempo sin verte.

Él inclinó la cabeza hacia ella con una media sonrisa que no alcanzó sus ojos.

—Hola, Priya. Sí, demasiado tiempo.

Yo sentí que la sangre me hervía bajo la piel.

El pasado irrumpía en mi presente sin pedir permiso, con todos los testigos posibles para añadir a mi humillación.

—No pienso ir a ninguna parte —repuse, apretando los dientes —. Tengo un entrenamiento que terminar.

Cameron no se inmutó.

Solo se limitó a encajar las manos en los bolsillos, como si tuviera toda la paciencia del mundo.

—Entonces esperaré.

El murmullo de las chicas volvió, esta vez disfrazado de risas nerviosas.

Priya me lanzó una mirada cargada de significado, como si quisiera decirme que sería imposible entrenar con él cerca.

Solté un gruñido frustrado y solo entonces acepté.

—De acuerdo, pero solo tengo cinco minutos —cedí al fin, con un gruñido frustrado.

—Cinco minutos son más que suficientes —replicó Cameron, con esa seguridad que siempre me sacaba de quicio.

Dejé la carpeta sobre el banco y me quité el silbato del cuello, sintiendo las miradas curiosas de todas las chicas perforándome la espalda.

—No te preocupes —dijo Priya—. Yo me ocupo de ellas.

Respiré hondo y avancé hacia la salida, consciente de que Cameron me seguía a pocos pasos.

Me detuve frente a la puerta de mi pequeña oficina, con la mano en el pomo y el corazón golpeando tan fuerte que temí que él pudiera escucharlo.

Entramos y cerré la puerta tras nosotros.

Nos quedamos de pie en medio de la sala, frente a frente.

—Dame —dije al fin, tendiendo la mano hacia el sobre—. Te agradezco que lo hayas traído en persona, pero no hacía falta.

—Sí que hacía falta —respondió él, con la voz grave y firme—. Hacía falta porque no los he firmado.

Parpadeé, llena de confusión.

Arranqué el sobre de sus manos con un gesto brusco y lo abrí de inmediato.

Pasé las páginas una a una, buscando su rúbrica al pie.

Nada.

Estaban limpios, intactos.

—¿Qué quiere decir esto, Cameron? —pregunté, intentando controlar el temblor de mi voz.

—Quiere decir que no pienso concederte el divorcio.

Una risa histriónica se escapó de mi garganta antes de que pudiera contenerla.

—¿Te has vuelto loco? —escupí, alzando la voz—. Han pasado siete años desde que rompimos. Siete. ¿Y ahora decides que no quieres firmar?

—Puede que hayan pasado siete años —replicó, sin apartar la mirada—, pero no he dejado de pensar en ti ni un solo día de estos últimos siete años.

—¿Ah, no? —solté una carcajada incrédula, amarga—. No me digas. Pues lo disimulas muy bien, porque, que yo sepa, has tenido todas las oportunidades del mundo para venir a buscarme durante estos siete años. Y simplemente no lo hiciste.

Cameron apretó la mandíbula.

—No lo hice porque no sabía cómo hacerlo. Estaba roto, Audrey. Y cuando empecé a reconstruirme, simplemente no sabía cómo acercarme a ti.

—¿No sabías cómo acercarte a mí? —repetí, con rabia contenida —. ¿Tenías móvil? ¿Portátil con conexión a internet? ¿Medios de transporte que te llevaran hasta mi casa? Que yo sepa, sí. No es como si estuvieras perdido en una isla desierta sin posibilidad de comunicarte. Así que, si decidiste no hacerlo, no fue porque no supieras cómo. Fue porque no quisiste.

Cameron bajó la mirada un segundo, como si le costara admitir lo que estaba a punto de decir.

—Me veía como un fracasado a tu lado, Audrey. Tú seguías brillando, viajando, ganando… y yo apenas era la sombra de lo que

había sido. No soportaba que me miraras y vieras en mí lo que yo ya no era.

Sentí un pinchazo en el pecho, pero no dejé que se notara en mi rostro.

—¿Y qué pretendes? —repliqué con frialdad—. ¿Que ahora me conmueva tu discurso? Lo siento, Cameron, pero ya es tarde. Eso no me sirve de nada. Estoy con un hombre maravilloso y voy a casarme con él. Queremos hacerlo en primavera, así que tienes que firmar los papeles.

Él me sostuvo la mirada, con los ojos encendidos, como si mi confesión fuera una provocación.

—No. —Su voz fue un golpe seco—. No pienso firmarlos. No quiero que te cases con otro.

—¿Cómo que no? —di un paso hacia él, incrédula—. No puedes impedírmelo.

—Claro que puedo. No firmaré hasta que no me demuestres que realmente no queda nada entre nosotros.

—Voy a casarme con otro hombre, ¿no te parece prueba suficiente?

Cameron negó con la cabeza, firme, implacable.

—Eso no prueba nada. Solo que quieres enterrarlo todo sin enfrentarlo.

—Eres un capullo engreído.

—Todo lo que tú quieras —asintió con una media sonrisa amarga —, pero no podrás casarte sin mi firma.

Sentí la sangre hervirme en las venas.

—Te llevaré a los juzgados y conseguiré que un juez lo apruebe.

—Adelante —respondió él, sin pestañear—. Pero hasta que llegue ese día, seguirás siendo mi esposa.

Mierda.

Sabía que tener que hacer esos trámites alargaría todo demasiado.

Por no hablar del escándalo mediático que se armaría.

Dave acabaría enterándose y se enfadaría por no habérselo contado antes.

No podía permitirme eso. No podía arriesgarme.

—Está bien, ¿qué quieres que haga para demostrarte que ya no queda nada entre nosotros?

—Quiero que convivas conmigo durante un mes.

Me quedé paralizada, incapaz de procesar lo que acababa de decir.

—¿Un mes? ¿Has perdido la cabeza?

—Si en ese mes logro hacerte sentir que lo nuestro sigue vivo, sabrás que no puedes casarte con otro. Si no… —alzó el sobre entre nosotros, como si blandiera un arma— firmaré los papeles y te dejaré en paz para siempre.

Lo miré incrédula.

Me estaba chantajeando.

Y lo peor era que no podía impedírselo.

—¿Y qué se supone que debo decirle a mi prometido durante ese mes? —pregunté, con la voz cargada de furia.

—Ese es tu problema, Audrey —respondió Cameron, sin pestañear—. Tú decides si le cuentas la verdad o si prefieres inventar una excusa.

No dije nada.

El silencio se volvió insoportable, pero no encontraba palabras.

—Tienes hasta que termine la semana para pensarlo —añadió—. Después, mi oferta vencerá y tendremos que vernos en los tribunales.

Me sostuvo la mirada unos segundos más, como si buscara grabar mi reacción en su memoria, y luego salió sin volver la vista atrás.

Me quedé allí, de pie en medio de la oficina, con el sobre aún en las manos y un nudo en la garganta.

Sentía que no tenía alternativa.

4

Blake

SIETE AÑOS Y UN CHANTAJE



—Cameron Blake es el ser más despreciable que existe sobre la superficie terrestre —grité, aplastando una lata de cerveza con tanta rabia que se abolló por completo entre mis manos.

A mi lado, Priya soltó una carcajada.

Estábamos sentadas en el suelo de mi pequeño apartamento, sobre la alfombra, rodeadas de latas vacías y comida hindú del restaurante de los padres de mi amiga.

—¿Por encima de las cucarachas?

—Por encima de las cucarachas, los roedores de alcantarilla y cualquier político corrupto que se te ocurra.

Priya arqueó una ceja, divertida.

—Vaya, eso sí que es estar en el top de tu lista negra.

—Encabezándola con honores —bufé, dando un sorbo a la cerveza antes de dejar la lata de golpe sobre la mesa baja—. ¿Puedes creerlo? Siete años sin dar señales de vida, y aparece para chantajearme como si tuviera algún derecho sobre mí.

—Bueno… técnicamente lo tiene. —Priya levantó las manos en gesto de paz cuando la fulminé con la mirada—. ¡Eh, no me mates! Solo digo que sigue siendo tu marido en los papeles.

—Aún no puedo creer que en su día aceptara casarme con él. ¿En qué diablos estaba pensando? Teníamos veinte años, por el amor de Dios. ¿Quién se casa a los veinte?

Priya se encogió de hombros, llevándose un trozo de samosa a la boca.

—Bueno, en vuestra defensa diré que estabais en Las Vegas… y ya se sabe: dos personas locamente enamoradas allí pueden tomar decisiones precipitadas. Aunque, siendo sincera, nunca entendí por qué lo ocultasteis. Jamás me contaste nada.

—Lo ocultamos porque fue una locura de las nuestras, Priya. Un arrebato. Nos casamos con anillos de gominola y convencimos a dos completos desconocidos para que fueran nuestros testigos.

Priya casi se atragantó con el trozo de naan que acababa de morder.

—¿Me estás diciendo que tu boda fue patrocinada por Haribo y un par de turistas borrachos?

Asentí, riéndome sin ganas.

—Exacto. Y en aquel momento me pareció la decisión más romántica del mundo.

Priya se quedó unos instantes procesando la información hasta que preguntó:

—Vale, ¿y cuál es el chantaje que te ha hecho?

—Quiere que me vaya a vivir con él durante un mes para ver si realmente queda o no algo entre nosotros.

Los ojos de Priya se agrandaron en el acto.

—¡Dios, está loco! ¿Y qué hay de Dave? Dudo que le parezca bien que te mudes en casa de tu ex solo para complacer un capricho absurdo.

—Bueno, técnicamente no se enteraría porque va a estar varias semanas en China. Pero no puedo hacerlo, ¿no? O sea, sería una locura.

—Lo sería. ¿Y si le cuentas a Dave la verdad? Que estás casada, que tu ex no quiere concederte el divorcio y que vais a tener que posponer la boda hasta que tengas el fallo de los tribunales.

—¿Y enfrentarme a la mirada desdeñosa de su familia? No, gracias. Seguro que si se enteran me culpan a mí de arruinar el compromiso y me tachan de ser una irresponsable que arrastra secretos imperdonables.

—Entonces, ¿qué opciones tienes?

—¿Contratar a dos matones y obligarlo a firmar bajo amenaza de romperle las piernas no cuenta como opción, verdad?

Priya chasqueó la lengua contra el paladar, pensando unos instantes.

—¿Y si lo haces?

—¿El qué? ¿Amenazarlo con romperle las piernas?

—No. Vivir con él durante un mes. Es una locura, vale, pero piensa que sería como irte a un piso compartido durante ese tiempo.

Tú le demuestras que lo vuestro está roto, él se da por vencido, firma los papeles y listo.

—¿¡Quieres que acepte su chantaje y me va a vivir con él!?

—Bueno, sería lo más sencillo si realmente quieres terminar con esto sin involucrar abogados.

—Priya, estamos hablando de Cameron Blake. Me destrozó cuando lo dejamos. No creo que soportara vivir con él un mes entero.

—¿Por qué? ¿De qué tienes miedo? ¿De dejarte arrastrar por la tentación?

—No es eso. —Aunque sí, era eso. Por supuesto que era eso.

Porque Cameron no era cualquier persona.

Era el hombre que conseguía hacerme temblar sin ni siquiera tocarme.

Quien me hizo creer en los cuentos de hadas y en los finales felices.

Quien me juró que nada podría separarnos… hasta que la vida se encargó de demostrarme lo contrario.

Y aunque me había repetido miles de veces que ya estaba superado, que ahora tenía una nueva vida con Dave y un futuro brillante por delante, bastó con verlo cruzar la puerta de la piscina para que todos esos muros empezaran a resquebrajarse.

—Oye, pues si tienes dudas, aún con más razón deberías hacerlo —replicó Priya, arqueando una ceja—. Tampoco creo que sea lo mejor casarte con Dave si no sabes si sigues sintiendo algo por tu ex.

Me quedé helada, con la cerveza a medio camino de los labios.

—¿Tú estás escuchando lo que dices? ¿Quieres que tire por la borda mi compromiso, mi futuro, mi estabilidad… solo para darle la razón a Cameron?

—No, solo digo que Cam y tú no cerrasteis bien lo vuestro. Os dejasteis, sí, pero no por falta de amor. Quizás hacer esto sea una forma de cerrar esa etapa de forma definitiva.

Negué, metiéndome una cucharada de arroz especiado en la boca como si la comida pudiera ayudarme a tragar también aquella conversación.

—Dejemos de hablar de mí, hablemos de ti. ¿Tus padres siguen insistiendo en buscarte pretendiente?

—Siguen —hizo una mueca—. Este viernes tengo una cita con el hijo de unos amigos de la familia.

Los padres de Priya, originarios de la India, querían que su hija se casara con alguien de su misma cultura y costumbres, alguien que mantuviera vivas las tradiciones que para ellos eran irrenunciables.

Priya, sin embargo, llevaba años esquivando esas citas organizadas como si fueran trampas, empeñada en vivir su vida a su manera.

—¿Y cómo piensas asustar a su candidato esta vez? —pregunté, arqueando una ceja.

Priya sonrió con picardía y se encogió de hombros.

Siempre que sus padres le concertaban una de esas citas, ella se las apañaba para arruinarlas.

—Podría decirle que solo salgo con hombres que estén dispuestos a tatuarse mi cara en el pecho antes de la segunda cita. O que me gusta la taxidermia y quiero que me acompañe a una

convención. O que colecciono muñecas de porcelana y que todas duermen en mi cama conmigo.

Me atraganté con la cerveza y estallé en carcajadas.

—Eres terrible.

—Soy eficiente —replicó Priya, dándose aires de superioridad—. Ningún candidato sobrevive a la primera media hora conmigo.

Entre comida hindú y cerveza dejamos que las horas se deslizaran sin prisa.

Con Priya siempre era fácil reírse hasta del desastre más grande, como si su humor pudiera poner vendas donde había heridas abiertas.

Pero cuando la noche terminó y el apartamento quedó en silencio, la pregunta volvió a instalarse en mi pecho, terca e incómoda: ¿qué demonios iba a hacer respecto a Cameron?

5

Cameron

UN BESO DE PRUEBA



Estaba en mi oficina, trabajando, concentrado.

O todo lo concentrado que podía estar teniendo en cuenta que no dejaba de pensar en Audrey.

Cuando el día anterior me presenté en su centro de alto rendimiento sin avisar, sabía que la situación se saldría de control.

Aunque no imaginé que tanto.

Volver a verla después de tanto tiempo fue como abrir una puerta directa a mis recuerdos con ella.

Y a mis sentimientos.

Esos sentimientos que siempre habían estado allí, solo que enterrados bajo capas de orgullo, culpa y silencio.

Puede que hubiera seguido su pista en periódicos deportivos, noticias y medios digitales.

Pero siempre lo había hecho desde la distancia.

Alegrándome por ella en silencio, orgulloso de cada logro aunque yo ya no formara parte de su vida.

Cuando se retiró y anunció que entraría como entrenadora en un centro de alto rendimiento, lo supe al instante.

Audrey no era de las que abandonaban su pasión: si ya no podía brillar en la piscina, enseñaría a otras a hacerlo.

Y de algún modo, verla allí, en ese nuevo papel, solo reforzó la certeza de que seguía siendo la misma mujer que me había robado el corazón.

Porque lo nuestro quizás no había sido amor a primera vista, aunque siempre había estado allí, esperando que floreciera en el momento indicado.

Incluso cuando solo éramos amigos, sabía que ella ocupaba un lugar distinto en mi vida.

Que ninguna otra sonrisa me afectaba como la suya.

Que ninguna conversación me llenaba tanto como las que tenía con ella.

Podía engañarme diciendo que era simple complicidad, pero en el fondo siempre supe que lo nuestro estaba destinado a convertirse en algo más.

Y cuando por fin sucedió, cuando pasamos de la amistad al amor, sentí que el mundo entero cobraba sentido.

Por eso perderla me destrozó.

Y por eso, ahora, la idea de verla casada con otro me resultaba insoportable.

Porque no quedaba duda.

La seguía queriendo.

Después de siete años, Audrey seguía siendo la única mujer capaz de hacerme sentir vivo de verdad.

El chasquido de la puerta al abrirse me devolvió de golpe a la realidad.

—Señor Blake —la voz de Clara, mi secretaria, me sacó de la espiral de recuerdos—, lamento interrumpir, pero hay alguien que insiste en verlo.

Fruncí el ceño.

—¿Quién?

Clara consultó la libreta que llevaba en la mano.

—Audrey Wells.

Una sonrisa arrogante se formó en mis labios antes incluso de darme cuenta.

Así que había venido.

En mi cabeza no había otra explicación posible: venía a aceptar mi trato.

Ese trato con trampa que yo mismo había diseñado, porque sabía que si vivíamos juntos un mes no quedaría duda de que lo nuestro seguía ardiendo bajo las cenizas.

Podía negarlo, podía gritarme que estaba loco.

Podía insistir en que amaba a ese tipo con el que pensaba casarse.

Pero yo la conocía mejor que nadie.

Bastaría con tenerla cerca. Bastaría con recordarle quiénes éramos juntos.

—Dígale que pase —ordené, reclinándome en la silla con una calma que no sentía del todo, aunque mi sonrisa no se movió ni un milímetro.

La puerta se abrió y Audrey entró con porte altivo.

Su cabello castaño oscuro caía en ondas suaves sobre los hombros, brillando bajo la luz del despacho, y sus ojos azules, intensos y fríos, se clavaron en los míos como cuchillas.

Llevaba el abrigo ceñido, pero ni siquiera esa prenda ocultaba del todo las curvas de su cuerpo escultural, el mismo que había sido mi perdición años atrás y que aún me perseguía en demasiadas noches de insomnio.

Se acercó al escritorio y se sentó frente a mí sin quitarse el abrigo, con la barbilla erguida y los ojos fijos en los míos.

—Mucho más rápida de lo que creía —comenté, dejando que la sonrisa arrogante se ensanchara en mis labios.

Audrey colocó el sobre con los papeles del divorcio sobre la mesa entre nosotros y lo empujó hacia mí con un gesto seco.

—No he venido a aceptar tu chantaje, Cameron. He venido para convencerte de que firmes los papeles del divorcio.

Arqueé una ceja, divertido.

—¿Convencerme?

—Sí —respondió, abriendo su bolso y sacando un cuaderno—. He hecho una lista con los motivos por los que deberías firmar. Quiero que los pienses bien antes de seguir con este juego.

La miré en silencio, fascinado.

Esa era Audrey en estado puro: obstinada, brillante, convencida de que podía derrotarme con argumentos.

Lo que ella no sabía era que, para mí, aquello no era un juego.

—¿Ah, sí? Dispara, quiero conocer esos motivos —dije, cruzándome de brazos, expectante.

—Está bien. Motivo número uno —empezó Audrey, hojeando su cuaderno—. El otro día aseguraste que siempre me habías tenido presente. Primera mentira. Hay pruebas más que evidentes de que durante estos siete años separados has estado viéndote con otras mujeres. Muchas, en realidad

Fruncí el ceño, inclinándome hacia adelante.

—¿Y eso qué se supone que prueba?

—Que no me has estado esperando, precisamente.

Una sonrisa ladeada se formó en mis labios.

—Un hombre necesita desfogarse de vez en cuando. Y el sexo es solo sexo, Audrey. Nada que ver con lo que siento por ti.

Audrey soltó una carcajada seca, sin pizca de humor.

—Pues para ser «solo sexo» parece que lo has practicado como si fuese un deporte olímpico.

—¿Estás celosa, cielo?

—No estoy celosa. Solo expongo hechos. No me echabas tanto de menos cuando te pasabas las noches saltando de cama en cama.

—¿Y si te dijera que ninguna de esas mujeres importó? —repliqué—. Que aunque estuviera con ellas, en mi cabeza solo estabas tú.

—Entonces te diría que fuiste un cabronazo con todas ellas, porque solo las usaste para llenar un vacío que nunca tuviste el valor de enfrentar.

Me recosté en la silla, dejando que una sonrisa ladeada se dibujara en mis labios.

—*Touché*. —Levanté la barbilla, retándola—. Sí, me acosté con otras. Pero emocionalmente siempre estuve atado a una sola mujer. A ti. ¿Qué más tienes en esa lista, Audrey?

Ella se cruzó de brazos, mirándome directamente.

—Segundo motivo. Solo estás haciendo esto porque odias que esté rehaciendo mi vida mientras que tú sigues atascado en el pasado.

Su acusación me golpeó de lleno, aunque no dejé que lo notara.

—¿Eso crees? —arqueé una ceja—. ¿Que todo esto es simple envidia?

Audrey no pestañeó.

—Eso creo. Porque si de verdad hubieras querido recuperar lo nuestro, lo habrías intentado hace siete años. No ahora, justo cuando estoy a punto de casarme.

—Si lo intento ahora es porque es mi última oportunidad para recuperarte. Para demostrarte que lo nuestro no terminó. No envidio que estés rehaciendo tu vida, solo odio que lo hagas con otro.

Audrey bufó.

—Ya, claro. Seguro que sí. En fin… —Consultó de nuevo el cuaderno—. Motivo número tres: firmar no solo me libera a mí, Cameron. También te libera a ti. Podrías dejar de vivir atado a una historia que terminó hace siete años. Sería una forma de cerrar ese capítulo de una vez por todas y empezar realmente de cero.

—Pero yo no quiero empezar de cero —repliqué.

—Pues deberías.

—Ese es tu criterio, no el mío. ¿Siguiente motivo?

Audrey no se inmutó.

—Motivo número cuatro: ¿de verdad quieres seguir atado a una mujer que ama a otro? ¿Acaso no tienes orgullo?

Clavé mis ojos en los suyos.

—Tengo orgullo, sí. Pero más que eso, tengo memoria. Y sé lo que fuimos. No voy a firmar solo porque ahora quieras convencerte de que amas a otro hombre.

—Yo no quiero convencerme de nada. Lo amo de verdad.

—Ya. Seguro que sí. ¿Tienes más motivos o la lista termina ahí?

Audrey me fulminó con la mirada, cerrando el cuaderno de golpe.

—¡¿Por qué tengo la sensación de que te dé los motivos que te dé siempre vas a encontrar una réplica?!

—Porque es así, Audrey —respondí, con la voz baja, cortante—. No voy a cambiar de opinión ni a firmar nada sin que aceptes mi trato.

—Tu chantaje, no tu trato.

Me quedé mirándola en silencio.

Ella respiraba agitada, con los labios apretados y la barbilla erguida.

Y entonces, como un destello, se me ocurrió una idea.

—Está bien. Hagamos una cosa. —Me tomé un segundo expectante antes de hablar—. Bésame. Si consigues convencerme con un solo beso de que realmente no hay nada entre nosotros… firmaré los papeles.

Los ojos de Audrey se abrieron como platos.

Durante un segundo pareció no haber escuchado bien, pero luego soltó una carcajada seca, incrédula.

—¿Estás de broma?

—¿Te parezco el tipo de hombre que bromea con esto? —repliqué, sin apartar la mirada de la suya.

—No pienso besarte, Cameron.

—Entonces no hay nada más de lo que hablar. Cuando tengas una respuesta para mi propuesta, ya sabes dónde encontrarme.

Audrey refunfuñó en voz baja antes de asentir, llena de enfado.

—Está bien. Hagámoslo y terminemos con esto de una vez.

Me puse en pie despacio, y me acerqué. Audrey dudó apenas un segundo, pero terminó levantándose también.

Y entonces, cuando me detuve frente a ella, me agarró de las solapas, se puso de puntillas y rozó mis labios con un beso tan breve y suave que apenas lo sentí.

Luego se apartó, sin llegar a soltarme de las solapas, y me miró con altivez.

—¿Lo ves? Nada. No he sentido nada. Cero química.

Solté una carcajada incrédula.

—¿Qué? ¿En serio? Eso no se puede considerar ni un beso, Audrey. Apenas nuestros labios se tocaron.

Ella apretó la mandíbula, como si quisiera fulminarme con la mirada.

Yo, en cambio, di un paso más hacia ella, inclinándome lo suficiente para que nuestras respiraciones se mezclaran.

—Deja que te recuerde cómo se besa de verdad. Cómo nos hemos besado tú y yo siempre —susurré.

No le di tiempo a replicar.

La tomé del rostro con firmeza y la besé de verdad, con toda la intensidad que llevaba años conteniendo.

No fue un roce, no fue un tanteo: fue un choque de labios, una invasión directa que reclamaba lo que una vez había sido mío.

Su boca se abrió bajo la mía y aproveché para profundizar el beso.

Mi lengua encontró la suya en un movimiento lento, hambriento, lleno de deseo y de rabia contenida.

Audrey sabía a fuego y a recuerdos, a todo lo que había añorado en silencio durante siete años.

Sentí cómo sus dedos, aún aferrados a mis solapas, se tensaban, tirando de mí más cerca.

No importaba cuánto quisiera odiarme. Su cuerpo reaccionaba igual que entonces.

Cuando nos amábamos.

Cuando éramos uno.

Entonces, el chasquido de la puerta me hizo dar un respingo.

Clara asomó la cabeza, con los ojos muy abiertos al vernos tan cerca.

—Perdón, señor Blake —dijo atropelladamente—. No quería interrumpir… solo recordarle que tiene reunión a las once.

Asentí sin soltar a Audrey, todavía con mi respiración mezclándose con la suya.

—Gracias, Clara. Ya puedes irte.

La puerta se cerró de nuevo y el silencio volvió a ocupar la sala, aún más cargado que antes.

Audrey se apartó de golpe, con los labios rojos, y el pecho agitado.

—¿Y bien? —pregunté.

Ella me sostuvo la mirada un instante, demasiado largo.

—Nada. No he sentido nada.

Era obvio que mentía.

Sus mejillas encendidas, sus labios temblorosos y el leve brillo en sus ojos la delataban.

—No me creo una mierda, Audrey. Sé que lo has sentido. La chispa saltando entre nosotros. El fuego.

—Honestamente, besar un cojín habría sido más emocionante.

Fruncí el ceño, conteniendo una carcajada.

—Lo siento, pero no voy a retirar mi propuesta. Si quieres que firme los papeles del divorcio, tendrás que convivir conmigo un mes.

Ahora, si me permites, tengo una reunión que preparar —añadí, dejando claro que para mí la conversación había terminado.

Con brusquedad, se inclinó sobre mi escritorio para recoger el sobre de los papeles como si quisiera usarlo para golpearme en la cabeza.

—Te odio, Cameron Blake.

La seguí con la mirada, disfrutando de cada paso furioso hacia la puerta.

—Recuerda que tienes hasta el domingo para darme una respuesta —dije justo antes de que desapareciera por el pasillo.

Me quedé solo en la oficina, todavía con el eco de su presencia impregnando el aire.

Y me llevé una mano a los labios, aún ardiendo con el recuerdo de nuestro beso.

Audrey podía intentar engañarse todo lo que quisiera, pero después de besarnos ya no me cabía duda: lo nuestro no había terminado.

Ni entonces, ni ahora.

Y yo pensaba demostrarlo, por mucho que se resistiera.

6

Audrey

BIENVENIDA A CASA



Doblé unos pantalones y los puse dentro de la maleta, junto al resto de ropa que había elegido para llevarme a casa de Cameron.

Aún no podía creer que estuviera dispuesta a hacer aquella locura.

Pasar un mes entero conviviendo con él.

La noche anterior, después de horas debatiendo conmigo misma, le había escrito un mensaje corto y frío: «Acepto. Treinta días. Nada más».

Su respuesta fue inmediata, casi como si hubiera estado esperando con el móvil en la mano: «No necesitaré más».

Priya decía que era la mejor manera de cerrar el capítulo de una vez por todas.

Cameron decía que era la única forma de demostrarme que lo nuestro seguía vivo.

Yo, en cambio, no sabía qué demonios hacía arriesgando mi estabilidad por un capricho de mi aún marido.

El simple hecho de imaginarme despertando cada mañana bajo el mismo techo que él me ponía nerviosa.

No porque siguiera enamorada, sino porque sabía que Cameron no iba a jugar limpio.

Lo conocía desde los seis años.

Sabía que cuando se le metía algo entre ceja y ceja era imposible hacerlo cambiar de opinión.

Tenía esa obstinación de niño competitivo que jamás aceptaba una derrota, y mucho me temía que esta vez no iba a ser distinto.

A fin de cuentas, ya había demostrado que no estaba preparada para enfrentarlo el otro día en su despacho.

Me retó a besarle y salí derrotada.

Aún podía sentir el calor de sus labios en los míos, su lengua enredándose con la mía, sus manos firmes sujetándome como si nunca me hubiera dejado escapar.

Y, Dios… me odiaba por eso.

Me odiaba por haber disfrutado el beso, tal como él intuyó.

Por no haberme mantenido firme y así demostrarle que no sentía nada.

Y, de hecho, aún estaba convencida de que no lo hacía.

De que no sentía nada por él.

¿La reacción al beso?

Pura biología.

Me mordí el labio mientras ajustaba la cremallera de la maleta.

¿En qué momento había pasado de tenerlo todo bajo control a convertirme en la protagonista de un chantaje emocional?

Un mes. Treinta días.

¿Cuánto podría resistir mi corazón?

Sacudí la cabeza con fuerza, como si así pudiera despejar las dudas que amenazaban con apoderarse de mí.

Esto no iba de sentimientos.

No iba de recuerdos, ni de besos pasados, ni de promesas incumplidas.

Iba de cerrar un capítulo que debía haber terminado hace siete años.

Respiré hondo, saqué el móvil del bolsillo del pantalón y busqué el contacto de Dave.

Llevaba horas ensayando la excusa para ausentarme durante esas semanas de casa.

Quería que supiera que no estaba allí por si se le ocurría mandarme flores, un detalle cursi de esos que tanto le gustaban, o si intentaba hacerme una videollamada sorpresa desde Pekín.

Mis dedos temblaban sobre la pantalla mientras el tono de llamada se repetía una y otra vez hasta que respondió.

—Audrey, cariño, me pillas a punto de entrar en una reunión. ¿Todo bien?

Me aclaré la garganta, intentando sonar natural.

—Sí, todo bien. Solo quería avisarte de que voy a quedarme unos días en casa de Priya.

—¿Ah, sí? —su voz sonó distraída, pero detecté un matiz de sorpresa—. ¿Y eso?

—Bueno… He tenido un problema con las cañerías en el apartamento. El fontanero dice que la reparación es más complicada de lo que parece y que llevará varios días.

—Vaya… —suspiró Dave, como si aquello fuese una molestia insignificante dentro de su agenda perfecta—. Entonces quédate en mi piso. Tienes las llaves, sería lo más cómodo.

Sacudí la cabeza, aunque él no podía verme.

—Lo pensé, pero Priya insistió en que me quedara con ella mientras tanto. Dice que así podemos hacernos compañía. Además, su piso está más cerca del trabajo.

—¿Seguro que estarás bien? La convivencia puede ser complicada.

—Tranquilo, Priya y yo nos conocemos desde siempre. No habrá problema.

—De acuerdo, si así lo prefieres. Mientras estés cómoda... —Hizo una pausa—. Me alegra que al menos estés con alguien de confianza.

—Exacto —susurré, con un nudo en la garganta.

—Tengo que entrar en la reunión, cariño. Te llamo después.

—Claro, hablamos después. Suerte.

Colgué antes de que notara el temblor en mi voz.

Apoyé la frente en el borde frío de la maleta y respiré hondo.

La coartada estaba montada.

Dave no sospechaba nada.

Ahora solo quedaba lo más difícil: enfrentarme a Cameron y sobrevivir un mes bajo su mismo techo.

***

Cuando Cameron y yo salíamos juntos, él vivía en un loft pequeñito en Tribeca.

Recuerdo pasar mucho más tiempo en su casa que en la mía, y ser muy feliz entre aquellas cuatro paredes, improvisando cenas con lo que hubiera en la nevera y riéndonos hasta quedarnos dormidos en el sofá.

Ahora las cosas habían cambiado.

Cameron vivía en un dúplex de lujo en el Upper East Side.

Por las fotos que me había mandado, parecía sacado de una revista de diseño: amplios ventanales de suelo a techo, una piscina privada en la terraza y muebles modernos que respiraban elegancia.

Su vida había cambiado mucho desde que lo dejamos, claro.

Antes era un atleta profesional, con horarios de entrenamientos imposibles, competiciones por todo el mundo y una disciplina que marcaba cada minuto de su día.

Ahora era el heredero de un imperio deportivo que llevaba su apellido.

Y se había convertido en el rostro público de una cadena de gimnasios y centros de alto rendimiento.

Ya no era solo Cameron, el chico que me esperaba en la piscina después de clase con una sonrisa arrogante y una toalla al hombro.

Ahora era el señor Blake, empresario, portada de revistas de negocios y dueño de un ático con vistas a Manhattan.

Y yo iba a convivir un mes entero con él.

El ascensor me llevó directamente hasta el último piso.

El corazón me golpeaba con fuerza mientras avanzaba por el pasillo silencioso.

Toqué el timbre y esperé.

Un minuto.

Dos.

Justo cuando pensé que quizá no estaba en casa, la puerta se abrió despacio.

Y allí estaba él.

Cameron iba vestido únicamente con un bañador oscuro.

Llevaba el pelo húmedo pegado a la frente y pequeñas gotas de agua recorrían su torso desnudo.

Tragué saliva con fuerza.

Aquella visión me golpeó como un disparo directo a la memoria.

Me vi de nuevo en una piscina olímpica, años atrás, cuando él y yo vivíamos por y para los entrenamientos diarios.

Cuando compartíamos madrugones, agotamiento, risas en los pasillos de los vestuarios y la ilusión de llegar más lejos cada día.

Eran los años en los que teníamos aspiraciones, sueños y metas comunes.

Una época en la que nada parecía imposible mientras estuviéramos juntos.

—Audrey —dijo esbozando lentamente una sonrisa—. Bienvenida a casa.

Enterré al fondo de mi mente esos recuerdos, cuadré los hombros con altivez y entré en el apartamento sin esperar a que se apartara, empujando con suavidad su torso húmedo.

El contacto me erizó la piel de inmediato, pero fingí indiferencia mientras arrastraba la maleta hacia el vestíbulo.

—No hacía falta que me recibieras en bañador —solté.

—¿Por qué no?

—Porque llevas menos capas de ropa de lo que me parece razonable.

—No es como si fuera la primera vez que me ves así. De hecho, lo has visto todo, cielo. No hay secretos entre nosotros.

El recuerdo de su cuerpo desnudo me golpeó de repente.

Tuve que apretar los muslos, porque era un recuerdo demasiado tentador como para no provocar nada en mí.

A fin de cuentas, Cameron y yo siempre nos habíamos entendido bien.

Demasiado bien.

—¿Dónde está mi habitación? Me gustaría instalarme —dije, intentando mantener la calma.

—Claro —respondió él con naturalidad, cogiendo una toalla de la consola del recibidor y pasándosela lentamente por el torso húmedo —. Sígueme.

Me giré de mala gana y lo seguí por el pasillo, arrastrando mi maleta detrás de mí.

El dúplex era amplio y lujoso, con techos altos y suelos de madera impecables.

Cameron se detuvo frente a una puerta y la abrió sin ceremonias.

Era una habitación enorme, con paredes claras y un ventanal que dejaba entrar la ciudad entera.

Una cama king size ocupaba el centro, vestida con sábanas impecables en tonos grises.

El cabecero tapizado y los muebles minimalistas daban la sensación de estar en la suite de un hotel de cinco estrellas.

Fruncí el ceño.

Había cosas suyas por todas partes, estaba claro que aquella era su habitación.

—¿Me vas a dejar tu cuarto?

Cameron se apoyó en el marco de la puerta y dejó escapar una risita.

—No. Vamos a compartirlo.

Mi estómago se contrajo.

—¿Pretendes que durmamos juntos?

—La cama es king size —replicó con tranquilidad, como si aquello lo resolviera todo—. Hay espacio de sobra.

Lo fulminé con la mirada.

—No pienso dormir contigo.

—No lo harás conmigo, cielo —dijo en un susurro cargado de ironía—. Lo harás a mi lado. Es distinto.

—Nunca mencionaste esto cuando dijiste que teníamos que vivir juntos. De lo contrario, no habría aceptado.

—¿Por qué? —arqueó una ceja, con esa maldita sonrisa ladeada —. ¿A qué tienes miedo? ¿A despertarte cachonda por la noche y no poder resistirte a abalanzarte sobre mí? Recuerdo que antes te pasaba a menudo.

Sentí cómo se me encendían las mejillas hasta las orejas.

Apreté el asa de la maleta con tanta fuerza que mis nudillos se pusieron blancos.

—Eres un imbécil —escupí, girándome hacia él con una mirada fulminante.

—Puede ser —admitió con calma—, pero este imbécil no piensa cambiar sus condiciones. Si quieres el divorcio, acepta mis reglas. Prometo no intentar nada. Solo quiero… ver si de verdad no sientes nada por mí. Si es así, no te será difícil ignorar que compartimos la misma cama.

Lo enfrenté con los ojos llenos de ira.

—A eso se le llama extorsión.

—Para nada. Puedes negarte, rechazar mi acuerdo e ir a juicio. No es como si te dejara sin opciones…

—Te odio.

—Mejor el odio a la indiferencia. —Me dedicó una sonrisa llena de malicia—. Tú decides, ¿qué quieres hacer?

Estudié mis opciones y en todas ellas Cameron ganaba.

—Está bien —dije llena de ira, con la voz casi temblando—. Compartiremos cama, pero si me tocas o intentas nada inadecuado, el acuerdo terminará. —Él asintió demostrando conformidad—. ¿Dónde dejo mis cosas?

Me hizo un gesto con la mano, caminó hasta una puerta lateral y la abrió con un empujón.

Detrás se desplegaba un vestidor tan grande como mi salón: espejos iluminados, cajoneras de madera oscura y una hilera interminable de camisas, trajes y zapatos perfectamente alineados.

—Aquí tienes espacio —dijo con naturalidad, señalando una sección vacía—. La mandé despejar esta mañana.

Lo miré de reojo, entre sorprendida e irritada.

Siempre había querido tener un vestidor, pero cuando busqué piso en Manhattan resultó imposible pagar los precios desorbitados que suponía.

Y eso que yo tenía un buen sueldo, pero en Nueva York un salario decente no alcanzaba para lujos como este.

Dejé la maleta frente a la sección vacía y me giré hacia él.

—Vale, creo que será mejor que me digas ya todas las sorpresas que me quedan por descubrir. Prefiero sufrirlas todas a la vez a ir descubriéndolas poco a poco. Estoy obligada a dormir en tu cama. De acuerdo, ¿qué más?

—La palabra obligada me parece un poco fuerte —replicó con calma, aunque la chispa divertida en su mirada me irritó—. Pero bueno, ahora que lo mencionas… quiero que cenemos juntos todas las noches.

—¿Cenar juntos? —arqueé una ceja, incrédula.

—Ajá. Y los fines de semana… —se tomó su tiempo, como si estuviera alargando la tortura—, quiero que los pasemos juntos. Nada de escapar corriendo a casa de Priya ni de buscar excusas de trabajo.

Me quedé mirándolo, entre indignada y desconcertada.

—No puedo creerlo. ¿De verdad te crees con derecho a imponerme un horario como si fueras mi carcelero?

—¿Qué sentido tendría hacer todo esto si tú buscas cualquier excusa para pasar el día fuera de casa? Si de verdad vas a rechazarme cuando terminen los treinta días, quiero que sea después de haber pasado tiempo juntos.

Abrí la boca para contestar, pero no encontré palabras.

Me limité a fulminarlo con la mirada, con el corazón martilleando en el pecho.

No esperó respuesta.

Se giró y salió del vestidor con paso seguro, como si ya hubiera ganado la primera batalla.

Me quedé allí, sola, con la maleta abierta y la respiración entrecortada.

Tenía razón.

Cameron no pensaba jugar limpio.

Nunca lo había hecho.

Y yo estaba jodida.

Completamente jodida.

7

Cameron

RENDIRSE NO ES UNA OPCIÓN



Ser un capullo manipulador no era lo que quería ser.

Y sin embargo, con Audrey tan decidida a borrar lo nuestro, sentí que esa era mi única opción.

¿Lo de que durmiéramos en la misma cama?

Era una jugada arriesgada, lo sabía.

Pero no se trataba de sexo ni de aprovecharme de ella.

Solo quería recordarle lo que habíamos sido: la cercanía, la complicidad, el simple hecho de respirar el mismo aire y saber que estábamos juntos.

Necesitaba que viera que la tensión entre nosotros no había desaparecido, que seguía ahí, intacta, pese a los siete años de silencio.

Y me aferraba a la esperanza de que un mes fuera suficiente para que Audrey volviera a mí.

Porque éramos Audrey y Cameron.

Habíamos nacido para estar juntos.

Y Audrey también lo sabía, por mucho que se empeñara en negarlo.

Podía repetir mil veces que había pasado página, podía aferrarse a ese anillo en su dedo y a la promesa de un futuro tranquilo con otro hombre, pero yo conocía la verdad.

La había visto temblar con un beso, enrojecer con una sola insinuación, perder la calma con apenas una provocación.

Eso no lo hacía alguien indiferente.

Solo faltaba ver cuánto tardaba en abrir los ojos y aceptar que no lo nuestro seguía vivo.

***

Aquella noche decidí dar un respiro a Audrey y me dirigí al reservado del hotel Luxury.

Era casi un ritual para los cinco del grupo.

Leo Moretti, heredero del imperio hotelero más exclusivo del país, siempre tenía una mesa lista para nosotros.

Allí quedábamos al menos una vez por semana para ponernos al día.

Aunque desde que él estaba con Riley y Julian con Clementine, esas reuniones se habían vuelto menos frecuentes.

Aquella noche estábamos todos menos Julian, que disfrutaba de su luna de miel en Bali con Clementine.

—Brindemos por el cabrón de Hawthorne, que está tumbado en alguna playa de Bali mientras nosotros seguimos aquí aguantando el puto frío de Nueva York —soltó Leo, alzando su copa de whisky con una sonrisa ladeada.

—Y por Clementine, que tiene que aguantarlo a él —añadió Spencer, provocando las carcajadas de todos.

Adam levantó la vista de su móvil lo suficiente para alzar también su copa.

—No sé por qué tendríamos que brindar por algo así. No se me ocurre peor plan que tirarse una semana en la playa. Arena en todas partes, sol insoportable y gente haciéndose selfis como si les fuera la vida en ello.

Leo soltó una carcajada sonora.

—Joder, Sinclair, eres la única persona en el planeta capaz de quejarse de estar en Bali con una mujer espectacular.

—Totalmente —secundó Spencer, riéndose también—. Eres un auténtico grinch de las vacaciones.

Adam se limitó a encogerse de hombros, imperturbable.

—Prefiero un despacho con aire acondicionado y buena conexión a internet.

Leo giró la cabeza hacia mí con esa sonrisa de tiburón que siempre presagiaba problemas.

—Ey, tú. —Me señaló con el vaso de whisky—. Estás muy callado esta noche. Y necesito actualización del tema.

—¿El tema? ¿Qué tema? —preguntó Spencer.

Leo soltó una risa breve.

—A Cameron acaban de pedirle el divorcio.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire unos segundos, hasta que Spencer se atragantó con la bebida y Adam levantó de golpe la vista de su móvil.

—¿Perdona? —Spencer tosió, golpeándose el pecho con la mano —. ¿He oído bien? ¿Divorcio?

—¿Desde cuándo estabas casado? —preguntó Adam, dejando por fin el móvil a un lado, con el ceño fruncido.

Me pasé la mano por la nuca, maldiciendo a Leo en silencio.

Al final, no me quedó más remedio que soltarlo todo.

Les conté que había estado casado con Audrey, que lo habíamos mantenido en secreto todos estos años y que ahora ella me había pedido el divorcio… porque pensaba casarse con otro.

Spencer se quedó mirándome como si acabara de confesar que era un agente doble de la CIA.

—No lo entiendo. Si rompisteis hace siete años, ¿por qué seguíais casados?

—Porque fue un matrimonio impulsivo en Las Vegas y… simplemente nunca lo anulamos —respondí con sequedad.

Spencer arqueó una ceja, divertido.

—¿Simplemente? Joder, Blake, hablamos de siete años. No pagar una multa de aparcamiento es un despiste. Esto es otra liga.

Adam, en cambio, no sonrió.

—Bueno, la solución es sencilla. Firma los papeles y problema resuelto.

—No pienso firmar.

Leo apoyó la copa sobre la mesa con un golpe seco y me miró de frente.

—¿Sigues en tus trece con esa estupidez?

—Sí —respondí sin titubear.

Leo soltó una carcajada incrédula y negó con la cabeza.

—Pues prepárate para hacer el ridículo cuando ella te lleve a juicio, esto salga a los medios y todo el mundo descubra que llevas años casado en secreto… y que pretendes encadenarla a ti como si todavía fuera tuya.

Spencer abrió los ojos como platos.

—Eso suena enfermizo, tío.

Adam asintió, serio.

—Y peligroso para tu reputación. Nadie va a entenderlo.

—Relajaos —dije, alzando una mano con calma—. Eso no va a pasar. Audrey y yo hemos llegado a una especie de acuerdo.

Leo entrecerró los ojos.

—¿Acuerdo? ¿Acaso la has visto?

—Fui a verla hace unos días —confesé, dándole un sorbo al whisky—. Le dije que firmaría los papeles del divorcio… si convivía conmigo un mes.

Spencer se llevó la mano a la frente, como si acabara de escuchar la mayor locura del mundo.

—Dime que es broma. Por favor, dime que es broma.

Adam me observó en silencio, con expresión gélida.

—Eso no es un pacto, es chantaje.

—La cuestión es que Audrey ha aceptado, y ahora mismo está en casa, esperando a que regrese… tumbada en mi cama.

Spencer se incorporó de golpe, como si acabara de oír la mayor barbaridad del siglo.

—¿Estás enfermo? ¿No has dicho que iba a casarse con otro?

Leo, apoyó el codo en la mesa, lleno de incredulidad.

—No me digas que has conseguido que tu ex, futura esposa de otro, acepte dormir contigo bajo el mismo techo durante un mes.

—¿Y a su novio ya le parece bien ese chanchullo turbio que os traéis? —preguntó Adam.

Me encogí de hombros, dándole un trago al whisky con toda la calma del mundo.

—Ni idea de lo que piensa ese tipo de todo esto. Ni me interesa. Lo único que quiero es que Audrey recuerde lo que siente por mí.

—¿Y si no funciona? —intervino Adam, clavando en mí su mirada fría como el acero—. ¿Y si, a pesar de todo, decide seguir adelante con la boda?

No quería pensar en esa posibilidad.

Apreté la mandíbula, girando el vaso entre mis manos.

—No va a pasar.

Spencer soltó una carcajada nerviosa.

—Dios, estás tan convencido que das miedo.

—Porque lo estoy —repliqué sin titubeos—. Audrey puede engañarse un tiempo, incluso convencerse de que quiere otra vida.

Pero cuando estamos juntos … lo siente. Que estamos hechos el uno para el otro. Igual que yo.

Leo alzó su copa, con esa sonrisa ladeada que nunca sabía si era burla o apoyo.

—Entonces, brindemos de nuevo. Por Audrey. La pobre no sabe en qué lío se ha metido.

Yo choqué mi vaso con el suyo sin apartar la vista de mi whisky.

No iba a permitir que Audrey Wells decidiera su futuro sin mí en él.

Quizá para los demás sonara a locura, incluso a egoísmo.

Para ellos no tenía sentido aferrarse a alguien que ya había elegido otro camino.

Pero no era tan simple.

No se trataba de atarla a mí a la fuerza ni de impedirle ser feliz: se trataba de darle una última oportunidad a lo nuestro.

Porque yo la conocía mejor que nadie, y estaba convencido de que lo que nos unía seguía ahí, enterrado bajo años de orgullo y silencio.

Si después de un mes ella seguía creyendo que lo nuestro estaba muerto, lo aceptaría.

La dejaría marchar y firmaría lo que hiciera falta.

Pero hasta entonces… no pensaba rendirme.

8

Audrey

OPERACIÓN HORRORIZAR A CAMERON



Me miré en el espejo y respiré hondo.

Había llegado el momento de poner en marcha la Operación horrorizar a Cameron.

Me enfundé el pijama más espantoso que tenía, uno de franela a cuadros rosas y verdes, con un estampado de ositos que parecían salidos de una pesadilla infantil.

Me calcé unos calcetines de lana hasta la rodilla, uno azul y otro amarillo chillón, y me puse las pantuflas en forma de patito que graznaban cada vez que daba un paso.

En el pelo me coloqué rulos gigantes, del tamaño de latas de refresco, sujetos con una redecilla a lunares que me daba un aire entre jubilada excéntrica,

Después me embadurné la cara con una mascarilla verde fosforito que olía a hierbas podridas y para rematar, me puse las gafas de leer de montura roja que me agrandaban los ojos hasta parecer un pez globo.

Como guinda final: me rocié con colonia de eucalipto mezclada con repelente de mosquitos.

El resultado: un perfume que podría desalojar un teatro entero en segundos.

Volví a mirarme en el espejo del cuarto de baño, que conectaba con la habitación principal, y asentí con satisfacción.

—Perfecta. Si con esto no espanto a Cameron, nada en este mundo lo hará.

En cuanto escuché el sonido de la puerta, salí disparada y me metí corriendo en la cama, fingiendo absoluta calma.

Abrí un voluminoso ejemplar de *Los cien asesinos en serie más perturbadores de la historia de Nueva York* y lo sostuve bien alto, como si fuese mi lectura relajante de todas las noches.

La puerta se entreabrió y Cameron asomó la cabeza.

Se quedó inmóvil en el umbral, como si hubiera entrado por error en el set de una película de terror de bajo presupuesto.

Frunció el ceño lentamente.

Sus ojos verdes recorrieron la escena.

Se posaron en mis rulos gigantes, en la mascarilla verde fosforescente resquebrajada, las pantuflas de patito asomando bajo la cama y el libro abierto en mis manos con un capítulo titulado *El caníbal de Brooklyn*.

El silencio se estiró unos segundos, incómodo y glorioso a la vez.

—¿Qué… demonios… estás haciendo? —preguntó al fin, con voz incrédula.

Yo pasé la página con toda la naturalidad del mundo.

—¿Nunca has leído sobre asesinos en serie antes de dormir? Relaja un montón.

—¿Y es necesario hacerlo de esa guisa? —replicó Cameron, entrando un poco más en la habitación y mirándome con la nariz arrugada—. ¿A qué huele? Es una mezcla de vómito de perro con ambientador barato de baño público.

—¿En serio? —dije, haciéndome la tonta mientras cerraba el libro con un chasquido—. Si te molesta, entenderé que prefieras que duerma en otro sitio hoy.

Me incorporé con gesto digno, dirigiéndome hacia la puerta.

—Para el carro, Audrey —su voz me detuvo en seco, grave, firme—. De eso nada. ¿Crees que no me doy cuenta de que todo esto es una treta?

Lo miré con los ojos muy abiertos, fingiendo inocencia, mientras él cruzaba los brazos y se apoyaba en el marco de la puerta, mirándome como si pudiera leerme hasta el último pensamiento.

—¿Una treta? Esto… —me señalé de arriba abajo con solemnidad—. Es mi rutina de noche.

—¿Ah, sí? —arqueó una ceja, sus ojos verdes brillando de diversión—. Pues debo decirte que hueles como si te hubieras bañado en sopa de col podrida y después hubieras dormido en un contenedor.

—¿Qué pensabas? ¿Que me ibas a encontrar en la cama con un picardías y lencería de encaje? —repliqué con sarcasmo—. Lamento haberte fastidiado la fantasía.

—Eso me hubiera encantado, lo reconozco. Pero me habría conformado con que no hubieras intentado espantarme con un pijama feo y ese olor fétido. ¿Crees que eso va a alejarme? —Su sonrisa ladeada apareció, insolente—. Cielo, sé lo que hay debajo de ese pijama… y sé cómo hueles de verdad. No hay mascarilla, ni rulos, ni mejunje apestoso capaz de borrarlo de mi memoria. Y ahora, si me permites, te he traído algo.

Se inclinó y me tendió una bolsa de papel que reconocí de inmediato.

El corazón me dio un vuelco.

Era de una pastelería francesa que me encantaba.

—¿Me has traído macarons? —pregunté, incapaz de ocultar la sorpresa.

—Claro. Recuerdo que eras capaz de zamparte una docena en una noche si te dejaba. —Sus ojos brillaban de diversión mientras soltaba la bolsa sobre mis manos.

Me mordí el labio.

No quería que me afectara, pero lo hizo.

Dave nunca me había comprado macarons.

Decía que eran «pura chatarra disfrazada de lujo», y que una mujer debía cuidar lo que comía para mantenerse en forma.

Y, sin embargo, allí estaba Cameron.

Después de siete años, aún recordaba mi debilidad favorita.

—Subiré un rato a la piscina antes de acostarme.

—¿Ahora? —pregunté, arqueando una ceja.

—Me gusta nadar un poco antes de dormir. Me relaja y me ayuda a conciliar el sueño.

—¿Tienes problemas para conciliar el sueño?

Él se detuvo un instante, apoyado en el marco, y me sostuvo la mirada.

—Sí. Desde hace siete años.

Sentí un nudo cerrarse en mi estómago.

Entendí la referencia sin que tuviera que explicarla: no dormía bien desde que lo dejamos.

No dije nada.

Él tampoco añadió más.

Simplemente se giró y salió de la habitación, dejándome a solas con el eco de sus palabras y la bolsa de macarons en las manos.

Suspiré.

Lo primero que hice fue quitarme aquel mejunje asqueroso de la cara.

Imaginé el desastre que sería ingerir por accidente un trocito de arcilla verde mezclado con crema hidratante.

Una cosa era intentar espantar a Cameron con mi disfraz de ogro, y otra muy distinta arruinar los mejores macarons de Manhattan con restos de mascarilla facial.

Me miré al espejo mientras me limpiaba, observando mi reflejo sin la coraza absurda de pepinos, rulos y olores nauseabundos y abrí la bolsa con manos temblorosas.

El olor a almendra y azúcar me envolvió al instante, despertando recuerdos de noches de entrenamiento, cuando Cameron aparecía

con una cajita igual y yo me la devoraba sin piedad, riéndome de su cara de resignación.

Tomé uno, lo mordí despacio y cerré los ojos.

Dulce, crujiente, perfecto.

Me odié por disfrutarlo tanto.

Me odié más por sentir que, en el fondo, aún me conocía demasiado bien.

***

Me había quedado dormida en la cama, después de terminarme los macarons y haber cambiado de capítulo en el libro.

Al final, leer sobre asesinos en serie resultó más soporífero que aterrador, y la combinación de azúcar y cansancio me venció.

Fue un ruido el que me despertó, y al abrir los ojos distinguí la silueta de Cameron entrando en la habitación.

Caminó con paso seguro hasta la mesilla, apagó la lámpara y la estancia quedó sumida en penumbra.

Olía a cítricos, fresco y limpio, como si acabara de ducharse después de la piscina.

Se dejó caer en la cama, y aunque era lo suficientemente grande como para que yo, desde mi esquina, no notara demasiado el peso, el colchón se hundió bajo su cuerpo y el movimiento me alcanzó como una onda inevitable.

El roce de las sábanas me envolvió con su calor, y mi piel reaccionó antes que mi cabeza.

Un cosquilleo descendió por mi columna vertebral hasta enterrarse entre mis muslos.

Apreté los labios, furiosa conmigo misma.

¿En serio? ¿Tan solo con que se dejara caer a mi lado ya estaba reaccionando así?

Maldije en silencio la memoria de mi cuerpo, siempre dispuesto a traicionarme.

Me giré un poco, fingiendo buscar una posición más cómoda, pero en realidad estaba alejándome lo máximo posible de él.

Aun así, era inútil: lo sentía.

Sentía su respiración pausada, el calor que irradiaba, el aroma cítrico que impregnaba el aire.

Cerré los ojos con fuerza, intentando convencerme de que podía ignorarlo, que aquello no significaba nada.

Que no era más que un reflejo físico, una estupidez biológica.

Entonces escuché su voz, baja, casi un susurro contra la oscuridad.

—Buenas noches, Audrey.

Mi corazón dio un vuelco.

Fingí estar dormida, aunque la respiración entrecortada me delataba.

Ni siquiera llevaba veinticuatro horas en aquella casa y ya sentía que olvidaba el verdadero motivo por el que estaba allí.

No era para revivir viejos recuerdos ni para dejarme arrastrar por sensaciones que deberían estar enterradas.

Era para demostrarle a Cameron que lo nuestro estaba muerto, que ya no quedaba nada.

Me repetí esas palabras una y otra vez, como si fueran un conjuro contra la cercanía de su cuerpo.

Pero cada vez que aspiraba ese aroma cítrico mezclado con el olor de su piel, la armadura que había levantado se hacía más débil.

Tenía que mantenerme firme.

Por mí.

Por Dave.

Por el futuro estable que había elegido.

9

Audrey

PLANES DE SÁBADO



Los primeros días en casa de Cameron no resultaron tan terribles como había previsto.

Sí, compartíamos la cama.

Sí, cenábamos juntos.

Sí, me miraba de una manera tan seductora que muchas veces conseguía que perdiera el hilo de lo que estaba diciendo.

Pero, aun así, no intentó nada.

Fue caballeroso, atento y considerado.

No había intentado acorralarme contra ninguna pared, ni aprovecharse de que dormíamos en la misma cama para meterme mano bajo las sábanas.

Y aquello era un alivio, aunque también una especie de decepción que no estaba dispuesta a admitir ni bajo tortura.

Porque lo último que necesitaba era recordar cómo se sentían sus manos sobre mi piel.

Lo último que necesitaba era comprobar que mi cuerpo todavía respondía a él con la misma intensidad de antes.

Aun así, cada noche, cuando se daba la vuelta en la cama y yo escuchaba el ritmo tranquilo de su respiración, me sorprendía esperando algo más.

Pero, por suerte, o por desgracia, no sucedía.

Y ese silencio controlado se convirtió en el campo de batalla más peligroso que había conocido jamás.

De hecho, terminé cancelando mi plan inicial de poner en marcha la «operación horrorizar a Cameron». Me había dado cuenta de que no funcionaba: cuanto más intentaba sacarlo de quicio, más disfrutaba él del reto.

No estaba segura de que podía esperar de él.

Priya, riendo, decía que aquello era como la versión moderna de La Bella y la Bestia, a excepción de que Cameron no se parecía en nada a la Bestia.

Porque Cameron me obligaba a vivir con él bajo las mismas condiciones de un chantaje disfrazado de trato.

Igual que Bella, atrapada en un castillo, yo estaba atrapada en su ático de lujo, fingiendo que podía salir de aquello ilesa.

La diferencia era que, en los cuentos, la heroína siempre acababa descubriendo la bondad escondida tras los colmillos.

Yo, en cambio, temía descubrir que lo más peligroso no era su arrogancia ni su terquedad… sino lo fácil que resultaba volver a sentirme suya.

Y cada vez que Dave me llamaba preguntando qué tal iba todo, que cómo estaba con Priya y si me sentía cómoda en su piso, una punzada de culpa me atravesaba el pecho.

Le mentía sin parpadear, con la voz serena de quien tiene todo bajo control.

—Sí, Priya está encantada de tenerme allí. Pasamos las noches viendo películas malas y comiendo helado —decía, forzando una risa ligera.

Y me creía.

Porque Dave nunca dudaba de mí.

Y eso me hacía sentir mal, claro.

Pero estaba haciendo aquello por nosotros.

Eso me repetía como un mantra, una y otra vez.

Lo hacía por nuestro futuro, por la boda que se avecinaba, por la vida estable que ambos habíamos planeado.

Si soportaba un mes bajo el mismo techo que Cameron, todo terminaría y quedaría libre de ese pasado que aún me ataba.

Libre para convertirme en la señora Harrington.

***

Después de esos primeros días de convivencia llegó el primer sábado.

Sabía que Cameron tenía planes.

Según nuestro acuerdo, debía reservarle los próximos fines de semana hasta que aquello terminara o tuviera por fin el divorcio en mis manos.

Así que aquella mañana me desperté, me acicalé en el baño y me dirigí al salón, donde Cameron ya estaba preparando el desayuno.

Todas las mañanas era igual.

Cameron se despertaba antes que yo y se dormía después.

Puede que, a fin de cuentas, sí tuviera un problema con el sueño.

—¿Qué planes tenemos para hoy? —dije, sentándome en la isleta de cocina.

Él sirvió unas tortitas en forma de Mickey Mouse en mi plato y sonrió como si fuera lo más normal del mundo.

Esas tortitas tenían historia… antaño, cuando estábamos juntos, me las preparaba las mañanas que me quedaba a dormir en su piso. Era extrañamente nostálgico volver a probarlas a diario.

—Es sorpresa. Solo prepara una mochila con un bañador dentro.

Fruncí el ceño, cortando la oreja de Mickey con el tenedor.

—¿Un bañador?

—Sí. Y nada de quejarte. Te aseguro que te va a gustar.

—¿Y si no me gusta?

—Entonces regresaremos a casa, pero sé que no hará falta.

La palabra *casa* quedó flotando en el aire, más pesada de lo que debería.

Noté un nudo extraño en el estómago, como si de pronto ese ático no fuera solo suyo, sino nuestro.

Como si en su voz hubiera un nosotros implícito que yo no estaba preparada para reconocer.

Me obligué a apartar la mirada y a clavarla en las tortitas medio destrozadas de mi plato.

Era absurdo darle vueltas a una sola palabra… y, aun así, mi corazón no opinaba lo mismo.

***

El viaje duró un par de horas en coche.

Cameron no soltó prenda durante todo el trayecto, salvo para preguntarme si estaba cómoda o si quería parar a tomar un café.

Yo respondía con monosílabos, demasiado ocupada intentando adivinar a dónde me llevaba.

Cuando por fin redujo la velocidad y aparcó frente a un complejo deportivo, mis ojos se abrieron como platos.

Reconocí de inmediato la fachada de ladrillo, el logo descolorido en la entrada, el olor a cloro que me golpeó en cuanto bajé del coche.

Era la piscina olímpica de un pequeño centro de alto rendimiento, a las afueras de Filadelfia.

El lugar donde, casi quince años atrás, habíamos entrenado juntos en un campus de verano.

El lugar donde, una noche después del entrenamiento, nos habíamos escapado a escondidas y, entre risas nerviosas y agua helada, nos habíamos besado por primera vez.

—No puede ser… —murmuré, llevándome una mano a la boca.

Cameron sonrió, satisfecho con mi reacción.

—Sabía que lo recordarías.

—Claro que lo recuerdo —contesté con la voz entrecortada—. Aquí fue donde…

—Donde por fin dejamos de fingir que solo éramos amigos. —Terminó él por mí, con una calma que me desarmó.

El silencio entre los dos se cargó de electricidad.

—¿Por qué me traes aquí, Cameron?

—Porque este fue el lugar donde empezamos de verdad. Y porque quiero que recuerdes cómo se sentía. —Sus ojos verdes se clavaron en los míos, intensos, determinados—. Quiero que recuerdes quiénes éramos antes de que todo se torciera.

Salimos del coche.

El aire fresco me golpeó en la cara mientras colgaba mi bolso del hombro.

Cameron tomó mi mochila sin pedirme permiso, como si cargar con mis cosas fuera lo más natural del mundo.

Con la otra mano agarró la suya y me guio hacia la entrada del recinto.

Un guardia de seguridad nos esperaba en la puerta.

Lo saludó con un gesto de cabeza y enseguida abrió para dejarnos pasar, como si ya estuviera todo planeado.

Dentro, el olor a cloro y el eco hueco de la piscina olímpica me golpearon de lleno, transportándome años atrás.

El silencio del lugar vacío resultaba casi reverencial, y las luces se reflejaban en la superficie inmóvil del agua como un espejo.

—¿Has… alquilado todo el recinto? —pregunté, incrédula.

—Por supuesto. —Se encogió de hombros—. No quería testigos.

Me sostuvo la mirada y, con una media sonrisa que me revolvió el estómago, dijo:

—Ve a cambiarte. Te espero dentro.

Agarré la mochila y me dirigí hacia los vestuarios femeninos.

El eco de mis pasos resonaba demasiado fuerte, como si el lugar entero quisiera recordarme lo que había vivido allí.

Crucé la puerta con el corazón acelerado y la sensación asfixiante de volver a ser esa niña de catorce años que descubrió el amor por primera vez.

10

Cameron

PRIMER BESO



Estaba dentro de la piscina, dando brazadas sin prisas, mientras esperaba que Audrey apareciera.

No había elegido este sitio al azar.

Había pasado días dándole vueltas a cómo hacerla bajar la guardia, cómo conseguir que recordara lo que sentíamos antes de que todo se derrumbara.

Y entonces lo vi claro: debía traerla aquí, al lugar donde empezó todo, donde nos besamos por primera vez, donde confesamos lo que sentíamos.

Me impulsé bajo el agua y recorrí un largo entero, dejando que los recuerdos me persiguieran como sombras.

La risa nerviosa de Audrey, el sabor a cloro en sus labios, la certeza de que, con ese beso, el mundo había cambiado para siempre.

Me apoyé en el borde y me pasé la mano por el pelo mojado, controlando la respiración.

Pronto saldría del vestuario y caminaría hacia mí, y tenía claro que verla aquí, en este lugar cargado de memoria, iba a removerle tanto como a mí.

Quizá estaba loco por pensar que un escenario podía reavivar lo que nos unía.

Pero si existía una mínima posibilidad, aunque fuera diminuta, iba a aferrarme a ella.

Entonces la vi aparecer.

Audrey salió de los vestuarios con paso lento, envuelta en una toalla blanca que le cubría el cuerpo.

Su cabello oscuro estaba recogido en un moño improvisado y sus ojos azules brillaban con cautela.

Me acerqué al borde, apoyando los brazos mojados en la pared.

—Vamos, métete —le dije con una sonrisa ladeada.

Ella me miró como si estuviera a punto de ponerme en mi sitio, pero al final soltó un bufido resignado.

—Espero que esto no sea otra de tus ideas estúpidas, Cameron.

Dejó la toalla sobre la bancada y, sin más, se lanzó al agua.

El chapoteo retumbó por todo el recinto, y enseguida desapareció bajo la superficie.

Se deslizó como un delfín hacia el otro lado.

Yo sabía que Audrey había sido buena, pero había olvidado cuán buena.

Su resistencia era algo fuera de lo normal, forjada en años de natación sincronizada, donde cada segundo bajo el agua contaba.

Cuando por fin emergió al otro lado de la piscina, su respiración apenas se alteró.

Se apartó los mechones mojados de la cara y me lanzó una mirada desafiante.

No lo dudé.

Me sumergí de nuevo y nadé hacia ella con brazadas firmes.

Entonces empezó lo inevitable: una especie de reto silencioso.

Hicimos varios largos sin hablar, sin romper el contacto visual cuando emergíamos en cada extremo de la piscina.

El agua nos devolvía a quienes éramos: dos competidores empujándose al límite, dos cuerpos acostumbrados a exigirse más de lo razonable.

Y, por unos minutos, no existió nada más.

Solo el chapoteo, la tensión en los músculos y esa conexión muda que siempre nos había unido dentro del agua.

Al final, nos apoyamos en el borde, hombro con hombro, recuperando el aliento.

Gotas resbalaban por su rostro, brillando bajo las luces, y el recuerdo de su risa juvenil me golpeó con tanta fuerza que tuve que contener el impulso de tocarla.

—¿Recuerdas lo bien que lo pasamos aquel verano? —pregunté con una sonrisa nostálgica.

—Recuerdo lo mal que se comía en la residencia del campus —replicó enseguida, arqueando una ceja.

Solté una carcajada.

—Por eso te alimentabas a base de chocolatinas y patatas fritas de las máquinas expendedoras.

Audrey rodó los ojos, pero no pudo evitar sonreír.

—No era mi culpa que la comida del comedor supiera a cartón. Entrenábamos doce horas al día. Necesitaba combustible.

—Por eso dejabas a los demás sin provisiones —repliqué, fingiendo indignación—. Más de una vez vi a compañeros maldiciendo porque la máquina estaba vacía… y todos sabíamos quién había pasado antes por allí.

Nuestras miradas se cruzaron, sostenidas por una sonrisa compartida que parecía demasiado peligrosa.

Y entonces, en medio de esa tensión evidente, escuché el rugido inconfundible del estómago de Audrey.

Solté una carcajada y ella me fulminó con la mirada.

—¿Qué? No es mi culpa. Hace horas que comí las tortitas de Micky. Y después de nadar siempre me entra hambre.

Salimos de la piscina, empapados, y caminamos por el pasillo hasta una pequeña sala con un par de sofás y, en la pared del fondo, nuestras amigas, las máquinas expendedoras.

Me saqué unas monedas de una pequeña bandolera que había traído conmigo y marqué un número sin pensarlo.

Un Snickers doble cayó en la bandeja con un golpe seco.

Lo recogí y se lo tendí con una sonrisa ladeada.

—Tu preferido.

Audrey lo miró como si hubiera visto un fantasma.

—¿Cómo puedes acordarte de que es mi preferido?

Le sostuve la mirada, sin apartarme ni un centímetro.

—¿Cómo olvidarlo? Sabías a esta chocolatina la primera vez que nos besamos.

El silencio entre nosotros se hizo denso, palpable.

Audrey parpadeó, como si las palabras la hubieran golpeado de lleno, y bajó la vista hacia el Snickers, apretando el envoltorio con los dedos mojados.

—Recuerdo aquella noche como si fuera ayer —dije con una sonrisa nostálgica—. Tú querías colarte en la piscina y me convenciste para que te acompañara. No sé de dónde habías conseguido la llave para abrir la puerta, y nos metimos como dos delincuentes. Me dijiste que necesitabas entrenar porque no podías dormir, pero en realidad lo que querías era hacer el idiota.

Audrey soltó una risa breve, sacudiendo la cabeza.

—Y tú eras el mayor idiota de todos. ¿Te acuerdas de cómo resbalaste al tirarte y casi te rompes la nariz?

—Eso es porque me retaste a lanzarme desde el trampolín más alto —repliqué, levantando las cejas—. Y como siempre, no podía negarme a un reto tuyo.

—Pues deberías haberlo hecho —rio, dándome un leve empujón en el hombro—. Casi te partes la crisma.

—Pero sobreviví. —Sonreí, inclinándome un poco hacia ella—. Y gracias a eso gané algo mucho más valioso que un simple salto.

Audrey me miró, sin entender del todo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué se supone que ganaste?

—Un beso tuyo—respondí en un susurro, sin apartar mis ojos de los suyos.

El silencio volvió a envolvernos, pesado, palpitante, como si todo el recinto hubiera retenido el aliento junto con nosotros.

Sabía que en ese momento ella también lo recordaba.

Cómo emergí del agua con la nariz sangrando un poco, cómo se preocupó por mí, nadó hasta sacarme y no paraba de preguntar si estaba bien.

Salimos empapados, muertos de la risa, y ella me pasó su toalla para que me limpiara.

Nos sentamos en el suelo, todavía tiritando, y en cuanto la tensión se disipó, el hambre se hizo presente.

Audrey sacó un Snickers de su mochila, lo abrió sin pensarlo y se lo llevó a la boca.

En menos de un minuto se lo había terminado entero.

Solo entonces, al ver el envoltorio vacío entre sus manos, levantó la mirada hacia mí con las mejillas encendidas, dándose cuenta de que no me había ofrecido ni un trozo.

—Lo siento… —murmuró, avergonzada—. No me di cuenta. Estaba hambrienta.

Yo solté una carcajada baja, inclinándome hacia ella.

—Al menos podrías dejarme probar un poco.

—¿Cómo? Si ya no queda… —contestó, encogiéndose de hombros, todavía sonrojada.

Entonces coloqué una mano en su nuca y, con suavidad, junté mis labios contra los suyos, que sabían a chocolate, caramelo y un toque de cacahuete salado.

Solo fue un roce breve, tímido, como una pregunta sin palabras.

Después me aparté apenas unos centímetros, lo suficiente para mirarla a los ojos y comprobar si a ella le parecía bien aquello.

Yo hacía tiempo que me había dado cuenta de que me gustaba, pero aún no me había atrevido a decírselo.

Hasta esa noche.

Hasta ese beso.

Ella me miró confusa.

—Cameron, ¿qué se supone que significa esto? Yo… no quiero ser una de esas chicas con las que te enrollas cuando te aburres.

Me quedé en silencio un instante, todavía con la mano en su nuca, sintiendo su respiración agitada contra mis labios.

Negué despacio.

—Tú no eres una de esas chicas, Audrey.

—¿Entonces qué soy? —susurró, con un temblor en la voz—. Porque… no podría soportar que me besaras solo para entretenerte.

La miré fijamente, queriendo grabar en mi memoria la mezcla de miedo y esperanza en sus ojos.

—Eres la única que importa. —Mi voz salió ronca, más sincera de lo que había planeado—. La única a la que de verdad quiero besar.

—No digas eso si no lo sientes —murmuró—. Llevo demasiado tiempo enamorada de ti como para que me ilusiones si solo es un juego.

Mi corazón empezó a golpearme el pecho con fuerza, tan rápido que apenas podía respirar.

No, aquello no era un juego.

Nunca lo había sido.

—No es un juego, Audrey. —Mi voz tembló con la verdad desnuda—. Es amor. Siempre lo fue.

No le di tiempo a dudar.

La atraje hacia mí y volví a besarla, esta vez sin freno.

Mis labios buscaron los suyos con hambre y ella respondió con la misma urgencia, abriéndose a mí.

Nuestras lenguas se encontraron en un choque eléctrico, profundo, que me hizo olvidar todo lo demás: el dolor en mi nariz, el frío de la piscina pegado aún a nuestra piel, incluso el miedo a lo que significaba cruzar esa línea invisible que habíamos mantenido tanto tiempo.

Solo existía Audrey.

Su sabor a chocolate y caramelo, su risa nerviosa apagada contra mi boca, la calidez de sus manos aferrándose a mi torso desnudo como si temiera que me apartara.

Y yo no pensaba hacerlo.

Jamás.

Estaba convencido de que lo nuestro duraría para siempre.

Lástima que yo decidiera estropearlo todo más tarde.

Un golpe metálico de la máquina expendedora me devolvió al presente.

Audrey estaba sentada a mi lado, con el Snickers en la mano.

Lo miró en silencio unos segundos y después lo dejó sobre la mesita auxiliar.

—Ya no tengo hambre —dijo en voz baja, sin mirarme—. Y no quiero seguir nadando. Necesito salir de aquí.

Se levantó, recogió la toalla y se dirigió hacia el vestuario.

Yo me quedé allí, solo.

El olor a cloro impregnaba el aire, las luces zumbaban sobre mi cabeza y el silencio que se instaló a mi alrededor se parecía demasiado al que nos había separado años atrás.

11

Audrey

CHARLA Y ESPRESSO



La sala de café del centro de alto rendimiento olía a espresso recién hecho.

Priya y yo aprovechábamos el descanso de las chicas para sentarnos junto a la máquina y recuperar un poco de energía.

El murmullo lejano de las risas en la piscina se mezclaba con el goteo constante de la cafetera.

—¿Así que Cameron decidió aprovechar el fin de semana para hacer un tour por vuestros recuerdos? —preguntó Priya, levantando las cejas mientras removía su café con calma.

Asentí, sujetando mi taza como si el calor me ayudara a mantener los pies en la tierra.

—El sábado me llevó a la piscina donde nos dimos nuestro primer beso. Y el domingo, al cine donde tuvimos nuestra primera

cita en Manhattan. Incluso alquiló la sala entera para que proyectaran la misma película.

Priya abrió mucho los ojos y soltó un suspiro exagerado.

—Ohhh, eso suena muy romántico.

Solté una carcajada amarga, dando un sorbo largo a mi café.

—No, Priya. No es romántico. Es manipulador.

Ella me miró divertida.

—Venga ya. Si alguien alquila un cine entero para ti, al menos deberías agradecer el detalle.

—¿Agradecer qué? —bufé—. ¿Que intente usar mis recuerdos contra mí, como si pudiera borrar siete años de silencio con un par de flashbacks?

Priya apoyó la barbilla en la mano, claramente disfrutando de la conversación.

—Bueno, admítelo. Un poquito de cosquilleo sí que sentiste.

Rodé los ojos, intentando no sonrojarme.

—No pienso darte ese placer.

Pero… tenía razón.

Por supuesto que sentí un cosquilleo.

¿Cómo no hacerlo?

Mi historia con Cameron siempre fue especial.

No solo porque fuera mi primer amor, sino porque fue mi primera vez en todo.

Mi primer beso, mi primera cita, mi primera noche sin dormir por nervios… incluso mi primer «para siempre» susurrado a escondidas.

Quizá por eso cada recuerdo con él seguía latiendo bajo mi piel, aunque me empeñara en negarlo.

Pero estaba convencida de que ese cosquilleo no significaba nada.

Solo era un eco de lo que había sentido en el pasado, algo que se activaba cuando los recuerdos estaban demasiado cerca.

Necesitaba creer que era así.

Porque si no lo hacía… estaba perdida.

—Bueno —dijo Priya, encogiéndose de hombros—, él solo está jugando sus cartas lo mejor que puede para recuperarte.

—Supongo… —murmuré, removiendo el café—. Pero ¿de qué sirve volver al pasado? El pasado ya no está. Lo que importa es el presente. Y voy a casarme con Dave.

Priya asintió despacio.

—¿Y cómo llevas lo de mentirle a Dave?

Sentí que el café se me atragantaba en la garganta.

Aparté la mirada hacia la ventana, fingiendo interés por el ir y venir de los chicos en la pista de atletismo.

—No lo llamaría exactamente mentir… —balbuceé.

Priya arqueó una ceja.

—Claro, porque inventarte que te quedas en mi casa mientras en realidad convives con tu ex no cuenta como mentira.

—Lo estoy haciendo por nosotros, Priya. —Me llevé la taza a los labios, aunque el café ya estaba frío—. Para que podamos casarnos en primavera, sin retrasos, ni escándalos.

—Bueno, al menos has superado la primera semana.

—Eso es, solo me faltan tres. Y cuando Dave regrese de Pekín tendré los papeles del divorcio firmados y podremos empezar a preparar la boda.

Lo dije como un mantra, como si intentara convencerme a mí misma.

Priya no respondió.

Se limitó a mirarme en silencio y luego, con un gesto rápido, decidió cambiar de tema.

—Yo también he tenido un fin de semana de lo más interesante…

—¿Ah, sí?

Asintió, con una sonrisa misteriosa.

—Salí de fiesta con unas amigas y conocí a un tipo.

—Vaya… —arqueé una ceja, agradecida por la distracción—. ¿Qué clase de tipo?

—La clase de tipo que te monta en todas las posiciones posibles —contestó Priya con una sonrisa descarada, dándole un sorbo a su café como si acabara de decir lo más normal del mundo.

Me atraganté con el mío, tosiendo entre carcajadas.

—¡Priya!

—¿Qué? —Alzó las manos, inocente—. Tú me preguntas, yo respondo.

—¿Y volverás a verlo?

—Pues no lo sé. Es que es… —bajó la voz como si confesara un pecado—. Sus padres nacieron en Bombay y él es médico. ¡Es de origen indio y bien posicionado! Mis padres lo aprobarían al instante.

Me reí, llevándome la mano a la frente.

—¿Y eso es malo?

—Mucho. No puedo salir con alguien que mis padres aprobarían. Ya sabes cómo funciona mi libido. Es pura psicología inversa.

—Pero te liaste con él —dije, alzando una ceja con sorna.

Priya se encogió de hombros, divertida.

—No había mucha iluminación en la disco, ni siquiera sabía que era indio antes de aceptar que me comiera la boca. Olía bien, bailaba bien… ¿qué más podía pedir?

No pude evitar reírme a carcajadas.

Con Priya siempre pasaba lo mismo: me hacía olvidar mis problemas aunque fuera por unos minutos.

***

Cuando terminó la jornada, me cambié en los vestuarios y recogí mis cosas.

Mientras me ponía el abrigo, marqué el número de Dave.

Una, dos, tres veces… nada.

Solo el maldito buzón de voz.

Suspiré, guardé el móvil en el bolso y empujé la puerta de salida del centro.

El aire frío me golpeó en la cara.

Y entonces lo vi.

Apoyado contra su coche, con los brazos cruzados y esa sonrisa ladeada que conocía demasiado bien, estaba Cameron.

Esperándome.

Maldije a mi corazón por latir demasiado rápido.

Y a mi entrepierna por palpitar al verlo torcer su sonrisa.

Pero es que… estaba sexy.

Llevaba vaqueros oscuros, una chaqueta de cuero y el pelo un poco despeinado, como si hubiera salido de un anuncio de colonia.

Me obligué a caminar hacia él con calma, aunque por dentro sentía un terremoto.

—¿Qué haces aquí, Cameron? —pregunté, arqueando una ceja.

Él se separó del coche y se acercó, con esa seguridad irritante que parecía venir de serie con su ADN.

—Quiero llevarte a cenar.

Lo miré incrédula, cruzándome de brazos.

—No me digas… ¿quieres llevarme a un restaurante para revivir algún momento del pasado? Porque ya has hecho el tour de los *greatest hits* este fin de semana.

Sus labios se curvaron en una sonrisa lenta.

—No. Esta vez no quiero rebuscar en el pasado, Audrey. Hoy quiero construir nuevos recuerdos.

Ahí estaba, el maldito cosquilleo.

Pero fingí indiferencia.

—¿Y dónde se supone que piensas hacer eso?

—Hay un restaurante cerca que me gusta. Sé que a ti también te gustará. —Sus ojos verdes se iluminaron con una determinación tranquila—. Dame una oportunidad de demostrártelo.

12

Cameron

FIGURANTE EN UNA COMEDIA DE ENREDOS



Sabía que había empezado a romper la coraza de Audrey gracias a mi truco del fin de semana.

Remover recuerdos era una buena forma de recordarle que lo nuestro había sido real, intenso, imposible de borrar.

Ahora tocaba demostrarle que no solo habíamos sido felices en el pasado.

Que también podíamos ser felices en el presente.

Y eso empezaba por crear momentos nuevos.

Por eso aquella noche no la llevé a ningún sitio cargado de recuerdos.

En lugar de eso, reservé en *Le Jardin Étoilé*, uno de los restaurantes franceses más reconocidos de Manhattan.

Sabía que la gastronomía francesa era su debilidad: los croissants de mantequilla, los soufflés, cualquier plato con esa

mezcla de elegancia y mimo que tanto le fascinaba.

Mientras conducía hasta allí, la miraba de reojo.

Fingía indiferencia, pero el ligero golpeteo de sus uñas sobre el regazo me decía que estaba nerviosa.

Cuando aparqué frente al restaurante y vio el letrero iluminado, Audrey parpadeó sorprendida.

—¿Un francés?

—Uno de los mejores. —Abrí su puerta y le tendí la mano, disfrutando de la mezcla de desconfianza y curiosidad en sus ojos—. Sé que te gusta demasiado la cocina francesa como para resistirte. Este en concreto tiene lista de espera de tres meses, pero para mí hicieron una excepción.

Audrey arqueó una ceja, cruzando los brazos.

—Claro, el señor Blake siempre consigue lo que quiere.

Sonreí, ladeando la boca.

—Especialmente cuando se trata de ti.

Audrey bajó la mirada y, para mi satisfacción, vi cómo un rubor suave le coloreaba las mejillas.

No dijo nada más y entramos en el restaurante.

Un maître impecable, de traje negro y sonrisa ensayada, nos recibió en la entrada y nos condujo hasta una mesa junto a un ventanal desde donde se veía Manhattan iluminado.

Audrey no podía ocultar su fascinación.

Cuando nos sentamos y nos ofrecieron la carta, ella recorrió cada línea con la emoción contenida de alguien que realmente disfrutaba de aquello.

Pedimos un menú degustación con maridaje de vinos, y mientras retiraban las cartas, yo me incliné un poco hacia ella.

—Entonces… —dije con calma, jugando con la servilleta entre mis manos—, ¿cómo te ha ido el día?

Ella me lanzó una mirada cargada de ironía, pero sus labios se curvaron en una sonrisa ligera.

—Bien. Ya sabes, entrenamientos, gritos de «más expresión» y chicas bufando porque soy demasiado exigente. Lo de siempre. ¿Y tú?

Me encogí de hombros.

—Hoy tuve una reunión con los socios. Estamos pensando en abrir un centro de alto rendimiento en Barcelona. Pero es un proyecto arriesgado.

Audrey levantó las cejas, interesada.

—¿Ariiesgado? ¿Por qué?

—Es un mercado competitivo y Barcelona ya cuenta con varios centros deportivos de primer nivel. —Corté un trozo de pan y jugueteé con él antes de añadir—. Además, allí todo el mundo compite por fichar a los mejores entrenadores. No es tan fácil abrirse hueco.

Audrey asintió pensativa, ofreciéndome su punto de vista.

Y mientras lo hacía, apasionada como siempre cuando algo le interesaba, me dije que era realmente agradable.

Estar allí los dos, hablando de nuestras cosas cotidianas, como una pareja normal.

Confieso que me dio rabia pensar que, si no teníamos eso, era solo por mi culpa.

Yo había sido quien lo estropeó.

Quien se dejó arrastrar por la frustración, por la ira, por el miedo a no ser suficiente.

Y ahora la veía delante de mí, con esa luz en los ojos, y me parecía la mayor estupidez del mundo haberla perdido por mi propio orgullo.

Estaba a punto de decirle que la había echado de menos, que aún me dolía no haberla tenido a mi lado los últimos siete años, cuando la puerta del restaurante se abrió.

Audrey se quedó rígida, y sus ojos se abrieron como platos al fijarse en alguien que acababa de entrar.

Seguí su mirada y vi a una pareja de unos sesenta años, elegantes y estirados, como si hubieran nacido con un cóctel en la mano y una lista de contactos en la otra.

—¿Qué pasa? —susurré.

—Mierda, joder, mierda…

—¿Qué pasa, Audrey?

Ella me miró con puro pánico en el rostro.

—Son los padres de Dave. —Mi mente se quedó en blanco un segundo. ¿Quién demonios era Dave?—. Mi prometido.

Entendí de golpe su agonía.

—No hay tiempo. —Se inclinó sobre la mesa y me agarró del brazo con fuerza—. Tienes que meterte debajo de la mesa.

—¿Perdón?

—Venga, rápido. No pueden verte. Tú no los conoces, son insoportables. Si me ven contigo empezarán a hacer preguntas. O se

las harán a Dave y… Dios, no puedo permitirme esto ahora. Por favor, métete ahí abajo. —Levantó el mantel

La miré incrédulo.

—¿De verdad pretendes que me esconda como un crío en un juego de escondite?

—Sí —Sus ojos brillaban de desesperación—. ¡Hazlo ya, Cameron!

Y para mi propia consternación, obedecí.

Me deslicé bajo la mesa, maldiciendo en silencio y procurando no darme con la frente en el borde.

El mantel caía como una cortina, pero aún así me sentía ridículo, agazapado en un restaurante de lujo como si estuviera en medio de una misión secreta.

—Increíble… —murmuré, acomodándome torpemente junto a sus piernas—. Un hombre como yo, reducido a esto.

—Calla —susurró Audrey por encima del mantel, con la voz tensa—. Vienen hacia aquí.

Escuché el tintinear de unos tacones y el grave murmullo de voces acercándose.

El olor a perfume caro se coló bajo la tela justo antes de que la voz de una mujer sonara encima de mi cabeza:

—¡Audrey! Qué sorpresa encontrarte aquí.

Audrey soltó una risa nerviosa, tan falsa que casi me hizo estallar en carcajadas desde mi escondite.

—Señora Harrington… qué coincidencia.

—¿Has venido sola? —preguntó la mujer con tono inquisitivo.

—Eh… sí —balbuceó Audrey—. Me encanta la gastronomía francesa, y como su hijo está fuera… pensé que era un buen plan para distraerme.

—Entiendo —respondió la señora Harrington—. Pues nos sentaremos contigo.

Me quedé helado bajo la mesa.

¿Qué?

Sentí cómo se arrastraban las sillas y, en cuestión de segundos, dos pares de zapatos carísimos ocuparon el espacio frente a mí.

Audrey carraspeó nerviosa, y yo me vi obligado a replegarme aún más, pegando la espalda al suelo para evitar rozarles los pies.

Perfecto.

De todas las mesas vacías del restaurante, tenían que elegir la nuestra.

—¿Cómo le va a Dave en Pekín? Es difícil hablar con él con la diferencia horaria.

Encogido bajo la mesa, solo pude sentir cómo Audrey se removía en la silla.

Sus piernas se tensaron a centímetros de mí, golpeando el suelo con un leve taconeo nervioso.

—Bien… muy bien —respondió, con un tono demasiado alto para sonar natural—. Está ocupado con reuniones, ya sabe cómo es él. Pero hablamos siempre que podemos.

Un breve silencio y la señora Harrington volvió a hablar.

—¿No te parece de mal gusto venir sola a un restaurante como este? Ya sabe cómo es la gente… las apariencias son importantes.

—Lo que pensarán es que he salido a comer. Nada más.

—Tal vez. Pero quizá deberías cuidar un poco más tu figura. Al fin y al cabo, te vas a casar, ¿no? Dave nos dio la noticia la mañana antes de marcharse. No querrás que el día de la boda el vestido te quede… poco favorecedor.

¿Y ese tono pasivo-agresivo?

¿Cómo se atrevía a hablarle a Audrey con esa superioridad?

Estuve a punto de salir de debajo de la mesa para defenderla cuando el sonido de pasos firmes se acercó a nuestra mesa.

Reconocí la voz grave de un camarero que empezó a preguntar algo, aunque no alcanzaba a oír bien sus palabras desde allí abajo.

Audrey lo interrumpió enseguida, con la voz apurada, casi atropellada:

—Olvide todo lo que ha visto antes, ya no comeré sola, ahora lo haré acompañada.

El camarero guardó silencio un par de segundos que se me hicieron eternos.

Desde mi escondite solo escuché el roce de su libreta y el carraspeo incómodo con el que respondió:

—Muy bien, señorita. —Se aclaró la garganta—. Entonces… ¿qué desean pedir?

Audrey soltó una risa nerviosa y volvió a pedir, junto a los señores Harrington.

Yo me quedé ahí agazapado, con cara de idiota, preguntándome por qué demonios seguía allí debajo como un adolescente castigado en clase.

¿Qué se supone que tenía que hacer?

¿Quedarme allí toda la velada mientras escuchaba a esa mujer sacar veneno de su lengua fina y bien entrenada?

—Dime, Audrey —continuó la señora Harrington—, ¿ya has pensado en los arreglos florales? Espero que no se te ocurra algo vulgar. En una boda como la vuestra, los detalles lo son todo.

—Por supuesto. No se preocupe, señora Harrington, estará todo a la altura.

—Eso espero, querida. Recuerda que ya no se trata solo de ti, sino de nuestra familia.

Yo apreté los puños en mi escondite, deseando incorporarme de un salto y recordarle a Audrey que no debía permitir que nadie le hablara así.

Pero, entonces, Audrey volvió a hablar.

—Uy… ¿no sienten eso? Hay una corriente helada justo aquí.

—Yo no noto nada, querida —respondió la señora Harrington, con voz seca.

—Pues yo sí. —Audrey insistió, golpeando nerviosa el pie contra el suelo a centímetros de mi cara—. Me está calando los huesos. Si no nos cambian de mesa, voy a pescar una pulmonía.

Rodé los ojos desde mi escondite.

Una pulmonía.

Claro.

Perfecta excusa, Wells.

El maître apareció enseguida, preocupado, y en cuestión de segundos ya estaban organizando el traslado a otra mesa.

Entre el arrastre de sillas y el murmullo de los Harrington, sentí la mano de Audrey deslizándose bajo el mantel, apretando la mía un instante.

Era su señal: espera y sal de aquí cuando nos hayamos marchado.

Respiré hondo y me quedé quieto, escuchando cómo se alejaban los pasos de la pareja.

Al fin, el silencio volvió a la mesa vacía.

Solo entonces me atreví a alzar un poco el mantel para comprobar que la zona estaba despejada.

Los vi instalarse en una mesa muy alejada.

Aproveché el momento y salí de debajo de la mesa, incorporándome con todo el sigilo posible.

Noté la mirada curiosa de una señora mayor sentada en la mesa de al lado, que me observaba como si acabara de presenciar un número de circo.

Me puse un dedo en los labios y le dediqué una sonrisa cómplice.

La mujer parpadeó, desconcertada, antes de bajar la vista a su plato.

Me levanté del todo, estirándome como si acabara de sobrevivir a un campo de batalla, y caminé hacia la salida del pasillo, sin mirar atrás.

Solo pude pensar en lo bajo que había caído: de atleta de élite… a figurante en una comedia de enredos.

13

Audrey

UNA CONFESIÓN A OSCURAS



Llegué a casa de Cameron con un dolor de cabeza insoportable.

Todavía me ardían las mejillas de la vergüenza.

No podía creer la mala suerte de haberme topado con los padres de Dave justo en ese restaurante.

De todos los sitios de Manhattan, tenían que aparecer allí, en el preciso instante en el que yo estaba con Cameron.

Puede que obligarle a esconderse bajo la mesa hubiera sido un poco exagerado.

Pero en ese momento fue lo único que se me ocurrió.

Presentarlo como un simple conocido o amigo habría sido un error.

No necesitaba despertar suspicacias. Ni que hicieran preguntas.

Solté un suspiro cansado y me quité los tacones en la entrada, deseando que el suelo me tragara.

Avancé unos pasos… y me lo encontré en el sofá, esperándome.

Cameron alzó la vista, recostado con toda la calma del mundo, y me lanzó una mirada cargada de sarcasmo.

—Vaya, al fin has regresado. Muy divertido el numerito de esta noche. —Se llevó una mano al pecho, fingiendo dramatismo—. Jamás pensé que mi carrera deportiva acabaría en semejante hazaña: campeón olímpico en esconderse bajo una mesa.

Me crucé de brazos, apretando los labios para no soltar una réplica inmediata.

—No había otra opción.

—¿Ah, no? —arqueó una ceja, disfrutando demasiado—. Podrías haber dicho que era un amigo de la infancia, tu primo lejano… Pero no, me mandaste directo al suelo, a compartir espacio con tus tacones.

—Era cuestión de vida o muerte. La señora Harrington es una harpía.

—Eso ya lo he visto. Cinco minutos escuchándola hablarte y casi salgo de mi escondite solo para decirle cuatro cosas. —Me fulminó con la mirada burlona—. ¿Y dime, piensas sobrevivir a toda una vida con semejante suegra? Porque yo en tu lugar ya estaría redactando el testamento y preparando el chupito de cianuro.

Le lancé una mirada exasperada, aunque en el fondo no podía evitar darle la razón.

—No es tan terrible como parece. Y no voy a casarme con ella. Me casaré con su hijo, y su hijo es… —me detuve, sentándome a su lado— distinto.

Cameron esbozó una medio sonrisa áspera.

—¿Distinto? Audrey, si es capaz de soportar a esa mujer desde que nació, lo más probable es que sea igualito a ella, solo que con traje.

—No lo conoces, no tienes derecho a opinar sobre él.

—Tienes razón, no lo conozco. Háblame sobre él. ¿Qué clase de persona es? —repitió Cameron, mirándome fijamente, como si quisiera leer en mis ojos más que en mis palabras.

Me removí incómoda en el sofá.

—Es… responsable, atento. Tiene claro lo que quiere en la vida.

—¿Y a qué se dedica?

—Es consultor internacional en una de las firmas más prestigiosas del mundo —respondí, intentando sonar firme—. Viaja mucho, siempre está con reuniones y proyectos en diferentes países.

Cameron frunció el ceño, con una mueca incrédula.

—Vaya, no es el tipo de persona con el que te habría imaginado. ¿Una atleta de élite con un hombre de negocios que vive con la maleta hecha? No me encaja.

—Exatleta —lo corregí con frialdad—. Y a mí me encaja del todo. Dave es justo el tipo de persona que necesito ahora: estable, centrado, predecible.

—O sea, mi opuesto.

—Es posible. —Lo miré con frialdad—. Desde luego, no es el tipo de persona que aparta a quienes quiere solo porque esté mal. O que desaparece durante siete años sin dar señales de vida.

El gesto de Cameron se endureció, como si mis palabras le hubieran atravesado.

—Supongo que merezco que me digas eso —admitió en voz baja, con una sinceridad que me descolocó—. Ahora, sigue hablándome de Don Perfecto. ¿Cómo os conocisteis?

—En un pub. Me invitó a tomar una copa y… terminé dándole mi móvil antes de que acabara la noche.

—Qué romántico. Todo un flechazo digno de película —murmuró Cameron con sarcasmo—. ¿Y qué fue lo que te convenció? ¿Su sonrisa perfecta? ¿La promesa de estabilidad? ¿O simplemente querías demostrarte que podías enamorarte de otro?

—¿Me estás sometiendo al quinto grado o qué? —bufé, cruzándome de brazos.

—Es solo curiosidad. —Se encogió de hombros—. Y dime… ¿es bueno en la cama?

—Cameron… —mi voz salió cargada de advertencia.

—Lo digo en serio. Si realmente es mi opuesto, supongo que no. Porque recuerdo perfectamente cómo gemías cuando estaba dentro de ti… —Su tono bajó hasta rozar lo íntimo—. Y dudo que él consiga arrancarte esos sonidos.

Sentí que la sangre me subía a las mejillas de pura rabia.

—Eres un imbécil.

—No me has contestado. ¿Te satisface Don Perfecto? ¿Te hace eso con la lengua que te volvía loca? ¿Es capaz de hacer que te corras solo…?

—¡Basta! —exploté, saltando sobre él, tapándole la boca con las dos manos antes de que pudiera terminar la frase.

El gesto nos dejó a escasos centímetros, tan cerca que podía sentir su respiración cálida contra mis dedos.

Sus ojos verdes me atraparon con esa intensidad que siempre había sido mi condena.

El silencio se volvió espeso.

Nadie se movió.

Solo el golpeteo acelerado de mi corazón llenaba mis oídos.

Y entonces lo sentí: un palpito eléctrico entre mis piernas, traicionero, imposible de controlar.

Me odié por ello, por reaccionar a su cercanía igual que antes, como si mi cuerpo no hubiera aprendido la lección que mi mente repetía una y otra vez.

Cameron arqueó una ceja bajo mis manos, con su mirada fija en la mía, como si ya supiera lo que me estaba pasando.

Me aparté de golpe, como si me hubiera quemado.

—Esta conversación ha terminado. Tengo sueño.

No esperé su respuesta.

Fui al baño, me lavé la cara con agua fría, intentando borrar el rubor que todavía me ardía en las mejillas.

Después me puse el pijama y me lavé los dientes, como si cada gesto mecánico pudiera devolverme el control que había perdido en el sofá.

Al terminar, me metí bajo las sábanas de un salto, buscando la seguridad que me negaba mi propio cuerpo.

Pocos minutos después lo sentí entrar.

El colchón se hundió a mi lado cuando se dejó caer, y el silencio de la oscuridad nos envolvió como una manta demasiado pesada.

Cerré los ojos con fuerza, fingiendo dormir.

Entonces, su voz rompió la calma, baja, grave, cargada de algo que rara vez dejaba asomar.

—Audrey…

No respondí.

—Lo siento. —Su susurro apenas fue un roce contra la penumbra—. No solo por lo de antes… por haberme pasado de la raya. Sino por todo lo demás. Por esos siete años en los que me quedé callado, desaparecido.

Tragué saliva, sintiendo cómo mis defensas se tambaleaban en la oscuridad.

—Dejemos el pasado donde está.

—De acuerdo —murmuró él tras una pausa breve—. Pero antes de eso debes saber algo. Una vez fui a buscarte. Fue después de años de terapia. Mi psicólogo me insistía en que debía cerrar heridas, hablar contigo, aunque fuera para pedir perdón. Y un día… decidí intentarlo. Conduje hasta tu centro de entrenamiento. Te vi desde el coche. Estabas fuera con las demás. Aún no te habías retirado. Estabas tan brillante, Audrey… tan llena de vida, de metas. Y yo… yo solo era una sombra. Un hombre roto que ya no podía darte nada.

Tragué saliva, con el pecho apretado.

—¿Qué podía ofrecerte? —susurró—. Todos los sueños que compartimos de triunfar juntos se habían desvanecido. Yo me hundía y tú brillabas más que nunca. Y entonces lo sentí: no era suficiente para ti. Así que me marché. Desde entonces ha habido muchas otras veces en que he querido ir a buscarte. Pero cuanto más tiempo pasaba, más difícil se me hacía. Cada día añadía un peso nuevo sobre mis hombros. Me decía que ya era tarde, que habrías seguido

adelante, que yo no era más que un recuerdo molesto del que no necesitabas volver a saber nada.

Inspiró hondo, con la voz quebrándose un poco.

—Recibir los papeles del divorcio me hizo reaccionar. Tenía que intentarlo una última vez. Porque perderte sin luchar… sería lo único de lo que nunca podría perdonarme.

No contesté.

Cerré los ojos, fingiendo dormir, aunque las palabras me golpeaban una a una.

El corazón me dolía, sí, pero ya no era solo rabia.

Había algo más, una punzada distinta, como si parte de mí comprendiera lo que acababa de confesar.

Lo imaginé allí, en aquel coche, viéndome desde la distancia y convenciéndose de que no era suficiente para mí.

Y por primera vez en años, esa imagen no me enfadó: me entristeció.

Sentí que una grieta se abría en el muro que había construido entre nosotros.

No era perdón, todavía no, pero sí una sombra de comprensión.

La certeza de que, aunque me había hecho daño, también se había hecho daño a sí mismo.

Me giré despacio, dándole la espalda, y apreté los párpados, como si pudiera contener el torbellino de emociones.

Mi respiración tembló apenas, pero en mi interior, la herida ardía con un calor distinto, más suave, casi reparador.

A mi lado, Cameron guardó silencio.

Su presencia llenaba la habitación, y por primera vez en mucho tiempo, no me sentí tan sola con mi dolor.

14

Audrey

UNA VISIÓN INESPERADA EN EL BAÑO



Habían pasado dos semanas desde que me mudé al ático de Cameron, y solo una desde que me confesó que, en el pasado, había estado a punto de ir a por mí.

No lo reconocería en voz alta, pero aquella revelación me había descolocado.

Desde entonces lo miraba con otros ojos.

Seguía viéndolo como el hombre que me rompió el corazón, pero también como alguien que había sufrido más de lo que yo había querido admitir.

Y esa mezcla hacía que todo resultara más confuso.

El caso es que la convivencia se había vuelto sorprendentemente llevadera.

Cameron cumplía sus condiciones con disciplina militar. Cenas juntos. Fines de semana compartidos. La cama king size como territorio común. Pero no intentaba traspasar ninguna línea.

Ni un beso robado, ni una caricia sospechosa.

Nada.

Y, aunque la tensión estaba ahí, suspendida entre nosotros como una cuerda tensa a punto de romperse, empecé a pensar que podría sobrevivir al mes sin problemas.

O al menos, eso era lo que me repetía cada día.

El problema es que cuando tensas demasiado una cuerda… muchas veces termina por romperse.

Y aquello ocurrió aquel día.

La mañana empezó como cualquier otra, tranquila, silenciosa.

Hasta que abrí los ojos y, en cuanto miré el reloj de la mesilla, un golpe de adrenalina me recorrió el cuerpo.

—¡Mierda! —Salté de la cama de un brinco—. ¡Llegaré tarde!

Tenía que estar en el centro antes de lo habitual: la competición internacional estaba a la vuelta de la esquina y las chicas necesitaban horas extra de entrenamiento.

Me vestí a toda prisa con la primera ropa deportiva que encontré en el vestidor y corrí hacia el baño, dispuesta a lavarme la cara y salir volando.

Abrí la puerta de golpe… y me quedé congelada.

Cameron acababa de salir de la ducha.

El vapor aún cubría el espejo y su piel húmeda brillaba bajo la luz blanca del techo.

Una gota resbalaba lentamente desde su clavícula hasta perderse entre los surcos de su abdomen.

Otra bajaba por la línea de su cadera, trazando un camino imposible de ignorar.

Estaba completamente desnudo.

Mis ojos lo recorrieron, traicioneros, sin mi permiso.

Primero sus muslos firmes, aún tensos por el ejercicio de cada mañana.

Después, sin querer, o queriendo demasiado, el centro mismo de su desnudez: su miembro, pesado y semi-erecto, que me arrancó un jadeo involuntario.

Tragué saliva, intentando apartar la vista, pero el impulso fue más fuerte.

Seguí subiendo, recorriendo su torso amplio, el pecho que recordaba sobre mí tantas veces, el cuello húmedo… hasta que, al fin, nuestros ojos se encontraron.

Él me estaba mirando. Con la sonrisa ladeada y la expresión insolente.

Verde intenso en la mirada.

—¿Te gusta lo que ves, Audrey? —murmuró, con la voz grave, casi ronca.

El aire se me atascó en los pulmones.

Ni siquiera recordaba por qué había entrado corriendo en el baño.

Avergonzada, retrocedí de golpe, casi tropezando con el marco de la puerta.

—Perdón —balbuceé, sin atreverme a mirarlo de nuevo.

—No tienes por qué irte si no quieres.

Salí disparada, como si huyera de un incendio, con el corazón martilleándome en las sienes.

Ni siquiera me lavé la cara.

Cogí la mochila y salí del ático con la respiración desbocada, sintiéndome una completa idiota.

El trayecto hasta el centro se me hizo eterno.

El metro iba lleno, el aire estaba cargado y yo apenas podía pensar con claridad.

Cada vez que cerraba los ojos, lo veía.

Cameron.

Desnudo.

Mojado.

Sonriente.

Su cuerpo grabado en mi retina como una maldita tortura.

Cuando llegué al centro intenté disimular, pero estaba sofocada.

Me até el pelo en una coleta alta y me obligué a fingir normalidad, aunque por dentro era un caos.

Durante el calentamiento, mientras las chicas hacían estiramientos al borde de la piscina, me descubrí perdida en mis pensamientos, con los ojos fijos en un punto cualquiera.

En realidad, lo único que veía era a Cameron, el agua resbalando por su piel y su sonrisa ladeada preguntándome si me gustaba lo que veía.

—Entrenadora, ¿estás bien? —preguntó una de las chicas, frunciendo el ceño.

Me forcé a reaccionar.

—Sí, sí. Seguid con la secuencia —respondí con una sonrisa nerviosa.

Pero cuando Priya se acercó con la carpeta de notas, arqueó una ceja al verme las mejillas encendidas.

—Estás colorada —comentó en voz baja, ofreciéndome un vaso de agua—. ¿Seguro que no te pasa nada?

Lo bebí de golpe, como si el frescor pudiera apagar el incendio interior.

—Estoy bien. Solo… tengo calor —mentí.

Intenté concentrarme en el trabajo, en marcar tiempos, en corregir movimientos.

Pero a la mínima distracción, la imagen regresaba.

Era desesperante.

Cada vez que parpadeaba lo veía.

Cada vez que respiraba, lo sentía.

Y lo peor de todo era reconocer, aunque fuera solo para mí, que lo que más me atormentaba no era la imagen de Cameron desnudo.

Era lo mucho que me había gustado mirarlo.

No sabía por qué me afectaba tanto.

Lo había visto desnudo miles de veces antes, durante los diez años que compartimos.

Conocía su cuerpo al detalle: la curva de su espalda, la firmeza de sus hombros, las cicatrices pequeñas que nunca desaparecieron del todo después de las competiciones.

Había dormido pegada a él, me había refugiado en su calor, lo había amado con cada parte de mí.

Pero esa mañana fue distinto.

Quizá porque hacía siete años que no lo veía así.

Siete años desde la última vez que mi piel rozó la suya.

Siete años en los que intenté convencerme de que lo había superado.

Y descubrir que todavía podía enrojecer como una adolescente al sorprenderlo desnudo fue lo más humillante de todo.

Aquella tarde, cuando regresé al ático y comprobé que Cameron no había llegado aún, me dejé caer en la cama con un suspiro pesado.

Necesitaba desconectar.

Necesitaba apagar la mente y, sobre todo, aplacar la tensión que llevaba dos semanas acumulándose bajo mi piel.

Hacía demasiado que no tenía sexo.

Apenas dos semanas desde la última vez con Dave, pero se me antojaban meses.

Y no era solo el tiempo: era la sensación de que su manera correcta y medida de hacer el amor nunca terminaba de llenarme.

Me repetía que la estabilidad estaba por encima de todo, que lo importante era la seguridad, el futuro… pero mi cuerpo clamaba otra cosa.

Me mordí el labio y, casi sin pensarlo, dejé que mi mano se deslizara por mi vientre hasta colarse entre mis muslos.

Cerré los ojos y busqué la imagen de Dave: sus labios besándome, sus manos recorriéndome, su boca descendiendo hasta mi sexo.

Gimoteé suavemente hundiendo un dedo en mi clítoris, frotándolo con suavidad, intentando aferrarme a esa fantasía, a la idea de que era él quien conseguía provocarme ese calor en la piel.

Pero el problema era que Dave nunca había sido muy dado a complacerme de esa forma.

La imagen se resquebrajaba, borrosa, incompleta.

Así que insistí.

Intenté recrear a Dave bajando por mi vientre, lamiéndome con paciencia, acariciando mi clítoris con una entrega que rara vez había mostrado.

Gemí, aferrándome a esa versión idealizada de él, tocándome sin parar, pero la fantasía se tambaleaba.

Su rostro se desdibujaba, sus gestos resultaban poco convincentes… y, sin darme cuenta, la imagen cambió.

Ya no era Dave quien me besaba allí abajo.

Era Cameron.

Cameron, que lo había hecho tantas veces antes, porque él sí disfrutaba complaciéndome.

Ahora era su lengua la que acariciaba mi clítoris, su boca la que lo succionaba con suavidad.

Cerré los ojos, incapaz de apartar su imagen de mi cabeza, sin dejar de tocarme.

Dios… Cameron sabía exactamente cómo devorarme hasta volverme loca.

Mi espalda se arqueó contra las sábanas, los gemidos escaparon de mis labios sin control y, en cuestión de segundos, el placer me envolvió por completo.

Me corrí con violencia, hundiendo el rostro en la almohada mientras su nombre latía en mi mente con la misma fuerza que el orgasmo.

Cuando por fin el temblor remitió, me quedé inmóvil, jadeando, con la piel en llamas.

La realidad me golpeó como un cubo de agua helada.

No había pensado en Dave.

Me había corrido con Cameron en mi cabeza.

La culpa me atravesó como un cuchillo.

¿Qué demonios me estaba pasando?

15

Cameron

SILENCIO



No soportaba el silencio del ático.

Desde aquella mañana en que Audrey abrió la puerta del baño y me encontró desnudo, algo había cambiado.

Ya no me miraba igual.

Evitaba rozarme, hablaba lo justo y, cuando creía que no la veía, se tensaba como si yo fuera un extraño al que debía temer.

Y eso me corroía.

Porque, maldita sea, no había hecho nada malo.

No la había tocado.

No había cruzado ninguna línea.

Solo estaba allí cuando ella entró de golpe.

¿Qué demonios esperaba que hiciera, taparme como un adolescente?

No podía quedarme encerrado viendo cómo me esquivaba de un lado a otro del ático.

Así que esa noche cogí las llaves del coche y conduje directo al hotel Luxury. Cuando llegué al reservado descubrí que Julian estaba allí.

Más moreno que nunca, con el brillo relajado de quien acaba de volver del paraíso.

Sonrió en cuanto me vio y levantó la copa a modo de saludo.

—Mira quién ha decidido aparecer —dijo, con esa calma elegante que siempre lo acompañaba—. Espero que no vengas a estropearme la buena racha.

El cabrón estaba feliz.

Feliz de verdad.

Sus ojos hablaban solos: Clementine, la luna de miel, el tipo de amor que yo había dejado escapar.

Me dejé caer en la silla de enfrente, con un gruñido que apenas disimulaba mi humor de perros.

—¿Qué tal Bali? —pregunté, mientras el camarero me servía un whisky.

—Un sueño —respondió Julian, con una sonrisa que parecía indestructible—. Clementine y yo necesitábamos ese tiempo solos. No hay nada como alejarse del ruido para recordar lo esencial.

Levanté la copa y di un trago largo.

Antes de que pudiera contestar, la puerta del reservado se abrió de golpe.

Leo entró primero, con la camisa impecable pero el pelo algo revuelto, esa media sonrisa insolente que siempre llevaba cuando había disfrutado demasiado.

Spencer lo seguía de cerca, riéndose a carcajadas.

—Míralo —dijo Spencer, señalándolo—. Esa cara la reconozco en cualquier parte. Es la cara de post orgasmo más descarada de Manhattan.

Leo arqueó una ceja y se dejó caer en la silla como un rey satisfecho.

—Eres un imbécil, Callahan. Estaba con Riley, ¿qué coño esperabas que hiciera? ¿Hablar de poesía?

Spencer soltó otra carcajada, sentándose también.

—Pues oye, nunca se sabe. Igual ahora que tienes novia oficial te ha dado por la vida contemplativa.

Leo le guiñó un ojo.

—Riley es mi mejor amiga y la mujer de mi vida. Si me ves con cara de post orgasmo es porque por fin lo estoy haciendo bien.

Julian rodó los ojos, divertido.

Yo forcé una sonrisa, pero por dentro no podía evitar sentir el contraste.

Ellos estaban felices, completos, orgullosos de lo que tenían.

Yo, en cambio, me desmoronaba cada vez que Audrey me esquivaba la mirada.

Leo aún presumía con descaro mientras Spencer no paraba de reírse, y Julian sacudía la cabeza con esa paciencia infinita suya.

Entonces la puerta se abrió de nuevo.

Adam entró con el móvil en la mano, los ojos fijos en la pantalla, y el traje perfectamente planchado como si viniera de una reunión de alto nivel.

Apenas levantó la vista cuando se acercó a la mesa.

—Llegas tarde —soltó Leo, arqueando una ceja.

—Estaba cerrando una operación en Tokio —respondió Adam con calma, guardando el móvil en el bolsillo de la americana—. Y créeme, me ha resultado bastante más productiva que escuchar tus anécdotas de alcoba, Moretti.

Spencer estalló en carcajadas, alzando su copa hacia él.

—Por fin alguien lo dice en voz alta.

Adam se sentó en la butaca libre, y en cuanto el camarero se acercó, pidió un whisky sin pestañear.

Cuando la copa llegó, la sostuvo unos segundos en la mano antes de dar un sorbo lento.

Y ahí estábamos.

Todos.

Los cinco.

Como en los viejos tiempos: el reservado del Luxury, whisky en la mesa, la ciudad rugiendo al otro lado de los ventanales.

Solo que, esta vez, todos parecían tener su vida encarrilada.

Julian con Clementine.

Leo con Riley.

Incluso Spencer, en su eterno juego de conquistas, rebosaba despreocupación.

Adam seguía siendo el de siempre: frío, implacable, pero con ese brillo de quien siempre gana.

Y yo… yo era el único que tenía la vida hecha un puto desastre.

Me llevé el vaso a los labios, escondiéndome tras el amargor del whisky.

Julian apoyó el vaso sobre la mesa y se inclinó hacia atrás, relajado, con esa serenidad que parecía haber traído de Bali pegada a la piel.

—Os lo juro, fue espectacular —empezó, con una media sonrisa —. Playas de arena blanca, agua tan clara que podías ver los peces a tu alrededor, templos escondidos entre la selva… Clementine estaba fascinada.

Spencer chasqueó la lengua.

—Suena demasiado idílico para ser verdad. Seguro que en realidad os quedasteis encerrados en la habitación como conejos.

Leo rio por lo bajo.

—Si yo hubiera tenido a Riley en Bali, ni habría visto el mar.

Julian rodó los ojos con paciencia, acostumbrado a sus bromas, y siguió describiendo su viaje: la ceremonia hindú a la que asistieron, la cena en la playa iluminada solo con antorchas, el silencio absoluto de las noches bajo un cielo lleno de estrellas.

—Lo que más me sorprendió —añadió, dándole un sorbo a su whisky— fue lo sencillo que resulta todo cuando estás con la persona adecuada. Es como si el resto del mundo dejara de importar.

Se detuvo un momento, pensativo.

Y entonces sus ojos se clavaron en mí.

—A ver, Blake… ¿qué te pasa? —preguntó, inclinándose un poco hacia delante—. Tienes cara de estar en cualquier sitio menos aquí. Cara de… bueno, de todo menos de vacaciones en Bali.

Las miradas de los demás se giraron hacia mí, expectantes.

Inspiré hondo, jugueteando con el vaso entre mis dedos.

Quizá no debería decirlo.

Quizá era una locura exponerme así delante de ellos.

Pero llevaba días tragándome el maldito nudo en la garganta y, por una vez, pensé que a lo mejor podían ayudarme a entender qué demonios estaba pasando.

Leo arqueó una ceja.

—¿Qué pasa ahora con Wells?

Me pasé la mano por la nuca, incómodo.

—El otro día me encontró desnudo en la ducha. No fue premeditado, simplemente sucedió, y desde entonces me evita… como si ver lo que ya conocía fuera ahora un crimen imperdonable.

—¿En serio, Blake? Igual la pobre se llevó un susto al encontrarse con toda la mercancía de golpe y sin previo aviso.

Fruncí el ceño, indignado.

—¿Un susto? Por favor… ya me vio desnudo cientos de veces antes. No era nada nuevo para ella.

Leo sonrió ladeado, divertido.

—Quizá ahí esté el problema. Recordarle lo que ya conocía puede ser peor que mostrárselo por primera vez.

Adam, que hasta entonces había permanecido en silencio, apoyó la copa en la mesa con un golpe seco.

—Sea lo que sea, no sirve de nada especular. Si quieres respuestas, pregúntaselas a ella. Es más eficiente que volverte loco con teorías.

Me quedé en silencio, digiriendo la frialdad práctica de Adam.

—Puede que Sinclair tenga razón —añadió Julian, con su voz tranquila—. ¿Por qué no hablas con ella? No es por ponerte prisas, Blake, pero te queda poco para que tu pacto termine… y, siendo sinceros, por ahora no has conseguido nada.

El nudo en mi estómago se apretó aún más.

Sabía que lo decía sin malicia, pero escucharlo en voz alta me golpeó como una condena. Menos de dos semanas faltaban para que el pacto terminara.

Estar con ella ya era un regalo, una segunda oportunidad que nunca pensé tener.

Pero si no conseguía nada más, si Audrey seguía evitando mirarme, tocarme o siquiera admitir que aún había algo entre nosotros… entonces tenían razón.

Aquello no habría servido de nada.

No tendría motivos para seguir negándome a darle el divorcio.

Y todo terminaría ahí.

Con un trago largo vacié el vaso, intentando ahogar la idea antes de que me devorara entero.

16

Audrey

TÓCATE, NENA



Estaba en la cama, desnuda, con el móvil en la mano, dispuesta a llevar a cabo lo que llevaba horas dándole vueltas.

Si conseguía ver a Dave, aunque fuera a través de una pantalla, si escuchaba su voz y lograba que la conversación terminara en algo más, en una videollamada cargada de sexo y complicidad, todo volvería a encajar.

Se acabarían las dudas, los recuerdos inoportunos, las sacudidas de deseo cada vez que Cameron estaba demasiado cerca.

Dave era mi presente. Dave era mi futuro.

Tenía que recordárselo a mi cuerpo, aunque fuera a la fuerza.

Suspiré, desbloqueé el móvil y marqué el número.

Cuando la pantalla se iluminó, lo vi en su despacho de Pekín, con las mangas de la camisa arremangadas y la corbata floja.

Guapo. Muy guapo.

—Cariño —dijo, sorprendido—. ¿Sabes qué hora es aquí? Estoy en la oficina.

Tragué saliva, obligándome a sonreír. Maldita diferencia horaria.

—Lo sé… pero no podía dormir. Te echo de menos.

Él arqueó una ceja, curioso.

—¿Dónde estás ahora? ¿Es la habitación de Priya?

—Sí. Estoy en su piso —mentí, porque Dave nunca había estado en el piso de Priya. Sabía que no sospecharía.

—¿Y estás sola? —Asentí y él sonrió—. Yo también te echo de menos. Pero me pillas en medio de una mañana complicada.

Bajé la sábana despacio, dejando que mis hombros desnudos quedaran a la vista.

—Quería sentirte cerca, aunque fuera así.

Vi cómo su expresión cambiaba, pasando de la sorpresa al interés.

Se acomodó en la silla, apoyando el codo en la mesa.

—Audrey… —su voz bajó un tono—. Estás preciosa.

Sentí un cosquilleo en la piel y, sin pensarlo demasiado, bajé la sábana del todo para mostrarle mi desnudez.

Su sonrisa se ensanchó apenas un segundo antes de que girara la cabeza, como asegurándose de que no había nadie más.

—Dame un momento —murmuró, poniéndose en pie.

La cámara tembló mientras cruzaba el despacho y echaba el pestillo de la puerta.

Después regresó y se dejó caer en la silla, inclinándose hacia la pantalla con los ojos cargados de deseo.

—Ahora sí… enséñame más.

Sentí un cosquilleo en la piel y, sin pensarlo demasiado, aparté del todo el móvil para que pudiera verme entera, desnuda bajo la luz tenue de la habitación.

Con una mano acaricié mis pechos, jugando con los pezones endurecidos, y luego deslicé el teléfono hacia abajo hasta mostrarle mi sexo desnudo.

La respiración de Dave se volvió más áspera.

Sus pupilas se dilataron, y pude ver cómo tragaba saliva antes de carraspear.

—Joder… —murmuró, casi sin voz.

Me humedecí los labios y susurré:

—Me gustaría que estuvieras aquí… sentirte dentro de mí.

Él se removió en la silla, jadeando con fuerza.

La cámara vibró cuando se echó hacia atrás, desabrochó el cinturón con un chasquido metálico y se abrió el pantalón.

Su mano desapareció bajo la tela y empezó a acariciarse, con los labios entreabiertos y la respiración cada vez más entrecortada.

—Dime… —su voz era un gruñido grave—, dime qué me harías si estuviera allí contigo.

Me repetí a mí misma que estaba funcionando.

Sí, estaba excitada, al fin.

El calor se extendía por mi vientre mientras mi mano bajaba despacio y mis dedos encontraban mi clítoris.

Lo rocé en círculos lentos, con la respiración entrecortada, y le susurré con voz temblorosa:

—Si estuvieras aquí… lo primero que haría sería liberarte la polla y metérmela en la boca.

Dave jadeó fuerte, y su cuerpo se agitó sobre la silla.

La cámara temblaba con el vaivén de su mano dentro del pantalón.

—Dios, Audrey… —murmuró, entre gemidos cortos—. Y yo… si estuviera ahí… lo primero que haría sería comerme tus tetas. Sabes que me vuelven loco.

Sus palabras llegaron a través del altavoz como un disparo, encendiendo la imagen que él intentaba construir.

Yo arqueé la espalda y apreté los labios, frotándome con más fuerza.

—Me tragaría tu polla hasta el fondo —jadeé, con la voz rota por la excitación.

—¿En serio? —Dave dejó escapar un gruñido, apretando más la mano bajo el pantalón.

—Hasta provocarme una arcada —susurré, acariciando con fuerza el clítoris—. Y dejaría que me cogieras del pelo y tirases de mí. Oh, sí… disfrutaría sintiendo lo mucho que te pone.

El gemido grave que estalló en su garganta me confirmó que estaba a punto de correrse.

Su respiración se volvió irregular, entrecortada, cada vez más acelerada.

Yo cerré los ojos, empapada, convencida de que lo estaba logrando.

Que al fin había conseguido excitarme con Dave, como debía ser.

Como tenía que ser.

Pero entonces él se corrió.

El gemido ahogado que escapó de su garganta, seguido del temblor de sus hombros, me confirmó que había llegado al final antes que yo.

—Un segundo… —murmuró, apartándose de la cámara mientras rebuscaba en el escritorio.

El sonido áspero de un papel arrancado llenó el silencio.

Yo seguía con los dedos en mi clítoris, al borde del abismo, suplicando en silencio que no se detuviera, que siguiera hablando, jadeando, dándome algo más para terminar lo que había empezado.

Pero, de repente, unos golpes firmes resonaron al otro lado de su puerta.

—Mierda… —maldijo Dave, mirando de reojo hacia la entrada—. Nena, lo siento. Tendremos que seguir con esto en otro momento.

—Espera… —alcancé a decir, pero fue inútil.

La pantalla parpadeó y la llamada se cortó.

Me quedé inmóvil, con la respiración entrecortada, las mejillas encendidas y la piel palpitando de deseo.

El eco de mi propio jadeo llenó la habitación vacía.

O eso pensaba yo, porque cuando levanté los ojos, me encontré a Cameron mirándome desde la puerta.

Desde la maldita puerta de la habitación.

¿Había olvidado cerrarla? ¿Qué hacía aquí tan pronto?

Por puro instinto, me metí corriendo debajo de las sábanas, como si aquello pudiera borrar lo que acababa de pasar.

—¿Qué hacías mirando? —solté, con el corazón desbocado—. ¿No te has dado cuenta de que era una conversación privada?

Cameron arqueó una ceja, apoyándose en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

Sus ojos destilaban puro deseo, una intensidad que me atravesó como un rayo y me dejó sin aliento.

—Privada, dices. No lo parecía. Tus gemidos se escuchaban desde el pasillo.

—Se suponía que no debías estar en casa —repliqué, tratando de sonar firme aunque las sábanas me ardían sobre la piel—. Siempre que sales con los chicos llegas tarde.

Cameron dio un paso hacia dentro, sin apartar los ojos de mí.

—Quería llegar temprano para hablar contigo.

—Pues me pillas en mal momento.

Él ladeó la sonrisa, insolente, como si disfrutara cada segundo de mi incomodidad.

—Ya veo. Te pillo… ¿necesitada? —Sus ojos descendieron un instante hacia la sábana que me cubría y luego volvieron a atraparme—. Espero que los polvos con Don Perfecto sean mejores que eso, porque… ¿cuánto ha aguantado? ¿Tres minutos?

Sentí cómo la rabia me hervía bajo la piel, mezclada con una excitación que no quería admitir.

—Eso no te incumbe —escupí, apretando las sábanas contra mi pecho—. Y ahora dame unos minutos para vestirme.

Cameron no se movió hacia la puerta.

Al contrario, avanzó despacio hasta el borde de la cama y se dejó caer a mi lado.

—¿De verdad eso es lo que quieres? —preguntó en voz baja, con los ojos fijos en los míos—. Porque yo podría ayudarte a terminar.

Mi respiración se aceleró de golpe.

—¿De qué vas?

Una chispa peligrosa cruzó su mirada.

—Podría explicarte qué haría contigo si me dejaras. Sin tocarte. Prometo usar solo palabras.

Sabía que tenía que decirle que no, que se callara, que no siguiera.

Pero… no dije nada.

El silencio me delató, y él lo interpretó como un «sí».

Se acercó un poco más, hasta que su rostro quedó a pocos centímetros del mío. Sentí su aliento mezclarse con el mío. Su olor envolverme.

—Lo que haría ahora mismo si me dejaras —susurró, con la voz ronca—, sería apartar la sábana, meter mi dedo en tu coño y probar tu sabor una vez más. Lo echo tanto de menos…

Un gemido ahogado se escapó de mis labios antes de que pudiera contenerlo.

Cameron se inclinó más cerca.

—Y luego me pondría entre tus piernas —añadió—. Hundiría la lengua en ti hasta que te olvidaras del resto del mundo.

Mi cuerpo me traicionó: el temblor, el calor, el deseo que no quería admitir.

—Tócate, nena.

La orden salió de su boca con una firmeza que me atravesó como un rayo.

Y, sin poder evitarlo, llevé una mano entre mis muslos, apartando la tela de la sábana.

Un jadeo se me escapó al rozar mi sexo húmedo con la yema de mis dedos.

Cameron me miró, con sus ojos brillando de deseo.

—Eso es… Imagina que no son tus dedos. Imagina que soy yo.

Tragué saliva, incapaz de detenerme.

—Tocaría tu clítoris con la punta de la lengua —continuó, bajando aún más la voz—, lento al principio, jugando contigo, hasta que me suplicaras más.

Un gemido escapó de mi garganta, tembloroso, mientras mis dedos obedecían el ritmo que me dictaba su voz.

Cameron sonrió de lado, satisfecho.

—Y cuando ya estuvieras temblando, lo rodearía una y otra vez… hasta que no pudieras aguantar ni un segundo más.

Mi espalda se arqueó contra el colchón, con el corazón bombeando a mil por hora.

Era un juego peligroso, lo sabía.

Pero en ese instante lo único que importaba era su voz, la imagen que dibujaba en mi mente… y lo húmeda que estaba bajo mis propios dedos.

—Luego lo succionaría con la boca —susurró—. Sé que te encantaba eso. Siempre que lo hacía, gemías tan alto que tenía que taparte la boca para que no nos oyeran los vecinos.

Un gemido se me escapó, ronco, incontrolable.

Cerré los ojos con fuerza, frotándome más deprisa, perdida en el recuerdo que él me obligaba a revivir.

Cameron acercó sus labios a los míos, sin llegar a tocarlos.

—Y llegados a este punto, te follaría con un dedo. Primero uno… después otro. Los metería dentro de ti, arqueados, mientras mi lengua seguiría en tu clítoris, haciéndote perder la cabeza.

Un gemido escapó de mi garganta, más alto esta vez, mientras mis dedos lo imitaban, entrando en mí, siguiendo el ritmo que él me marcaba con su voz.

—Eso es, nena… —murmuró, con los ojos ardiendo de deseo—. Imagíname dentro de ti, mi lengua jugando, mis dedos llenándote, empujándote cada vez más fuerte hasta que no puedas más.

El calor explotó en mi vientre como un relámpago.

La tensión que me consumía se liberó en una oleada que me arqueó contra el colchón.

Gemí sin control, mordiendo mi labio para no gritar su nombre, mientras mi cuerpo se sacudía bajo las sábanas.

Me corrí con fuerza, deshecha, jadeando, sintiendo cómo el orgasmo me recorría entera hasta dejarme temblando.

Cuando abrí los ojos, Cameron seguía allí, demasiado cerca, observándome con una intensidad que me quemaba por dentro.

Y yo… yo no podía negar la verdad: no había terminado pensando en Dave.

Mierda.

Me había corrido pensando en Cameron. Otra vez.

—¿Mejor ahora? —murmuró él, ladeando una sonrisa insolente, como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

El rubor me subió a las mejillas, por la rabia y la vergüenza.

Me cubrí con las sábanas hasta la barbilla, odiando lo vulnerable que me hizo sentir su mirada.

Ante mi silencio, Cameron no dijo nada más.

Se incorporó despacio y caminó hacia la puerta.

Antes de salir, me lanzó una última mirada que me atravesó como un cuchillo. Después cerró la puerta tras de sí.

Me quedé sola en la habitación, con el corazón desbocado y las sábanas pegadas a la piel húmeda.

Sabía lo que acababa de pasar, y lo peor era admitirlo: aquello había sobrepasado todas las líneas.

No me había acostado con él.

Él no me había tocado.

Y, sin embargo, me había corrido pensando en las cosas que él me haría si se lo permitiera.

Lo odiaba por provocarlo.

Me odiaba a mí misma por permitirlo.

Y, aun así, el recuerdo de su voz susurrando obscenidades seguía vibrando dentro de mí como una herida abierta.

Porque aunque no le había sido infiel a Dave en el sentido más literal, en el fondo sabía que lo había traicionado igual.

Mi cuerpo había elegido, y no era a él a quien había respondido.

17

Audrey

DUDAS Y CONFUSIÓN



Al día siguiente en el centro de alto rendimiento fue un desastre.

Intenté concentrarme en el entrenamiento, en los detalles técnicos, en marcar cada tiempo con precisión… pero mi cabeza no dejaba de regresar a la noche anterior.

A su voz.

A mis gemidos.

Al orgasmo que me había sacudido el cuerpo sin que ni siquiera me tocara.

Y eso estaba mal. Muy mal.

La competición internacional estaba a la vuelta de la esquina y mis chicas necesitaban que yo estuviera al cien por cien.

No podía permitirme flaquear, no ahora.

Priya lo notó enseguida.

Lo notó en mis silencios, en cómo me equivocaba al dar las órdenes, en las miradas distraídas que se me escapaban hacia ninguna parte.

Cuando terminó la sesión, me cogió del brazo y me arrastró hasta su casa.

Pidió comida en el restaurante de sus padres, que se la trajo uno de sus hermanos, y dejó que me desahogara.

Se lo conté todo.

Que llevaba días pensando en Cameron de una forma poco apropiada, que el día anterior había intentado mantener una videollamada con Dave, pero que él se había corrido antes que yo… y que Cameron terminó lo que él empezó.

—No me tocó —aclaré rápido, con la voz tensa—. Pero me habló. Me describió lo que me haría… y yo… me corrí.

Priya se tapó la boca por la sorpresa.

—Dios, Audrey… —susurró, apartando despacio la mano de sus labios—. Puede que técnicamente eso no sea una infidelidad, porque no hubo contacto, pero en tu cabeza y en tu cuerpo sí lo fue. Y eso pesa igual o más.

Sentí un nudo en la garganta.

—No sé qué me pasa, Priya. Yo quiero a Dave… pero con Cameron es como si todo se descontrolara.

Ella me sostuvo la mirada con firmeza.

—¿Seguro que lo quieres o quieres quererlo?

—¿A qué te refieres? —pregunté, confundida.

Priya se acomodó en el sofá, sin apartar los ojos de mí.

—A que he vivido tu relación con Cam, y luego tu relación con Dave, y déjame decirte que no se parecen en nada. Con Cameron era fuego, intensidad, vida. Con Dave… siempre te he visto más tranquila, sí, pero también más apagada. Como si estuvieras cumpliendo con lo que se supone que deberías querer, no con lo que de verdad deseas.

Me mordí el labio, incómoda.

—Dave es estabilidad. Con él no tengo que preocuparme de nada. Es seguro.

—Exacto —replicó ella con suavidad—. Lo quieres porque representa lo que deberías tener: seguridad, calma, futuro. Pero cada vez que mencionas a Cameron… es como si tu voz cambiara, como si aún tuvieras esa chispa que él siempre te encendía.

Yo aparté la mirada, con el estómago encogido.

—Entonces… ¿qué debería hacer, Priya? —pregunté en un susurro, como si temiera escuchar la respuesta.

Ella suspiró y apoyó una mano en la mía.

—Lo primero: dejar de engañarte. Y lo segundo: dejar de engañar a Dave. Merece saber la verdad, aunque duela. Y tú mereces aclararte, aunque sea un infierno pasar por ello.

—¿Y si lo pierdo todo? —Mi voz se quebró.

—Peor sería vivir atrapada en una vida que no es la tuya. —Sus ojos brillaban con firmeza—. Hazte una pregunta: ¿quieres pasar el resto de tu vida apagando lo que sientes, o prefieres arriesgarte a buscar lo que de verdad te enciende?

Me quedé callada, con el corazón golpeándome tan fuerte que apenas podía respirar.

Pero al menos, ahora, tenía claro lo que tenía que hacer: dejar de huir y enfrentar la verdad, por dolorosa que fuera.

***

Al salir del centro no volví al ático de Cameron.

No podía.

La idea de hablar con Dave desde allí me revolvía el estómago.

Cogí un taxi directo a mi apartamento, y me acomodé en el sofá con el corazón latiendo a toda velocidad.

Marqué su número y esperé, con el móvil temblando entre mis manos.

Al tercer tono, su voz apareció al otro lado de la línea.

—Audrey, cariño. —Su tono sonaba alegre, despreocupado—. Perdona lo de ayer… sé que te dejé a medias, pero ahora tengo tiempo. Trabajo desde casa esta mañana, son las nueve aquí.

Tragué saliva, cerrando los ojos un instante.

Habían sido tiempos felices a su lado. Tranquilos, seguros. Sencillos. Y lo iba a tirar todo por la borda sin saber muy bien por qué.

—No, Dave —dije al fin—. No llamo para eso. Tenemos que hablar.

Hubo un silencio breve al otro lado.

Después escuché cómo se acomodaba, con expresión seria.

—Vale… ¿qué pasa?

Yo apreté el móvil contra la oreja. Sentía que me faltaba el aire.

Sabía que en cuestión de segundos podía poner mi vida patas arriba.

—Estas últimas semanas han pasado cosas, estoy confundida y creo que… por el bien de los dos deberíamos dejarlo. Al menos durante un tiempo.

El silencio que siguió me heló la sangre.

Podía escuchar su respiración al otro lado, lenta, contenida.

—¿Hay otra persona implicada? —preguntó al fin, con voz grave.

Me quedé paralizada, incapaz de negar ni de admitirlo.

—Dave, yo…

—No quiero explicaciones —me interrumpió con calma, aunque percibí un matiz de dureza en su tono—. Haz lo que tengas que hacer. Con quien quieras. Lo único que te pido es que te aclares. Sé que cuando lo hagas, sabrás que lo correcto es seguir conmigo.

Lo miré en la pantalla sin entender, con el estómago encogido.

—¿Dices que te parece bien que vea a alguien más?

Él negó despacio, apretando la mandíbula.

—No es que me parezca bien, Audrey. Pero dime, ¿cuál es la alternativa? ¿Romperlo todo de golpe? —Hizo una pausa, mirándome con esa serenidad que siempre parecía imbatible—. Yo sé que estamos hechos el uno para el otro. Es normal que tengas dudas antes de casarte. Resuelve lo que tengas que resolver y, cuando lo hagas, regresa a mí.

Me quedé en shock, con el móvil temblando en la mano.

Su seguridad contrastaba con el caos que yo llevaba dentro.

—Dave, no lo entiendes… —murmuré.

—Entiendo más de lo que crees —me interrumpió—. No necesito los detalles, ni nombres, ni explicaciones. Haz lo que necesites, piensa lo que necesites. No volveré a ponerme en contacto contigo hasta que regrese de China. Cuando lo haga fijaremos la fecha de la boda. No tengo dudas de que harás la elección correcta.

Abrí la boca, pero no salió nada.

—Cuídate —añadió, bajando la voz—. Y no olvides quién ha estado siempre aquí para ti.

La pantalla se oscureció de golpe y sentí el peso de sus palabras hundirme el pecho: Dave había cerrado la conversación con la seguridad de un hombre convencido de que yo acabaría volviendo a él.

Yo, en cambio, me quedé con la certeza de que mi mundo acababa de fracturarse en dos caminos imposibles de conciliar.

18

Cameron

UNA OPORTUNIDAD



El agua caliente de la piscina climatizada me envolvía como un refugio.

En la terraza del ático todo estaba en silencio, salvo por el rumor lejano de la ciudad y el chapoteo de mis brazadas.

No había querido quedarme dentro, no con la tensión que me quemaba desde la cena.

O mejor dicho, desde la no-cena.

Audrey había roto nuestro pacto y no se presentó.

Era la primera vez que lo hacía, que faltaba a una de nuestras cenas, y aunque intenté convencerme de que no importaba, lo cierto es que me dolía.

Me impulsé bajo el agua y nadé hasta el otro extremo de la piscina, intentando sofocar esa inquietud en cada brazada.

Al emerger, me apoyé en el borde, respirando hondo.

El cielo nocturno de Manhattan brillaba sobre mí, pero esa noche ni las luces de la ciudad parecían suficientes para calmarme.

Quizá había ido demasiado lejos.

Quizás no tuve que haberle susurrado aquellas cosas al oído.

Quizá debía pedir disculpas.

Quizá podría recordarle que, por encima de todo, lo único que quería era que volviera a confiar en mí.

Me pasé la mano por el pelo mojado y me giré para salir del agua… y entonces la vi.

Audrey.

Era la primera vez que venía a mi piscina, como si hasta ahora hubiera considerado este espacio un territorio enemigo en el que no debía poner un pie.

Estaba de pie en la terraza, con un bikini negro que contrastaba con el brillo suave de su piel bajo las luces de la ciudad.

Llevaba el cabello recogido en un moño deshecho y la toalla colgada del brazo.

El aire se me atascó en los pulmones.

No solo por la visión de su cuerpo recortado contra Manhattan, sino porque en su rostro había algo extraño, un matiz que me descolocó.

Era tristeza.

Una sombra silenciosa que me golpeó con más fuerza que cualquier reproche.

Sin decir nada, Audrey dejó la toalla sobre la tumbona y saltó al agua.

El chapoteo resonó en la terraza y la superficie se quebró en ondas que se expandieron hasta llegar a mí.

Yo no me moví.

La observé avanzar con brazadas firmes hasta el otro extremo de la piscina y luego volver, como si necesitara expulsar de su cuerpo algo que la consumía por dentro.

Cuando emergió frente a mí, a escasos centímetros, me quedé mirándola en silencio.

Gotas de agua resbalaban por su rostro, y sus ojos azules, intensos y turbios, se clavaron en los míos.

—¿Va todo bien? —pregunté al fin, con la voz más suave de lo que esperaba.

—Sí —respondió ella rápido, quizá demasiado.

—No apareciste para la cena —añadí, arqueando una ceja—. Te esperé. Incluso intenté llamarte, pero no respondiste.

El silencio que siguió fue más elocuente que cualquier respuesta.

—¿Seguro que va todo bien? —insistí

Ella apartó la mirada, concentrándose en el agua que se agitaba entre nosotros.

—Solo he tenido un día duro —murmuró, con la voz baja.

La estudié en silencio, buscando en su gesto algo más que cansancio.

—¿Es por lo de anoche? —pregunté al fin, directo, sin rodeos.

—No.

Tragué saliva, dudando un instante.

—No sé si me sobrepasé —admití—. No quiero que pienses que voy a forzar ninguna situación. Quizá… —me interrumpí, bajando la mirada al agua— quizá me dejé llevar demasiado.

—No fue tu culpa. Yo debí haberte detenido. Dejé que pasara. Lo permití. Y... y lo disfruté. Ese es el problema en realidad.

—¿El problema?

Me miró fijamente, como si por fin se permitiera ser honesta conmigo.

—Tú sabías que pasaría, ¿verdad? Sabías que no podría resistirme a ti.

—Bueno… —Inspiré hondo, sosteniendo su mirada—. No negaré que tenía la esperanza de que sucediera. Pero en ningún momento quise que supusiera una obligación para ti.

—¿Seguro? —espetó, con la voz temblorosa—. ¡Me chantajeaste para que viniera a vivir contigo, me obligaste a dormir en tu cama…!

—Audrey —la interrumpí, acercándome un poco más—, sí, te puse condiciones. Pero jamás habría cruzado una línea sin que tú lo permitieras. Lo único que quería, en realidad, era demostrarte que lo que teníamos seguía vivo en alguna parte.

—Tus métodos fueron manipuladores.

—¿Eso crees? —dije, y esta vez no pude evitar que la voz se llenara de verdad—. Tienes razón, no dejé nada en la recámara. Lo arriesgué todo, porque sabía que si no lo hacía, te perdería. Era mi última oportunidad. Cuando se trata de ti… soy un obstinado en el amor. Pero si a estas alturas sigues pensando que tu destino está al lado de ese Dave y su familia estirada, lo aceptaré.

Sus ojos se clavaron en los míos, duros.

—¿Ahora te das por vencido? ¿Ahora que es demasiado tarde?

—¿Demasiado tarde?

Ella tragó saliva, como si le pesara cada palabra antes de lanzarla al agua.

—Esta noche llamé a Dave. Le dije que necesitaba tomarme un tiempo de lo nuestro... Que estaba confundida.

El latido en mi cuello se aceleró.

—¿Por mí? —pregunté, sin adornos.

Ella cerró los ojos un segundo y, cuando los abrió, la verdad me atravesó más que cualquier reproche.

—Por mí —respondió—. No podía hacer como si nada después de lo que ha pasado estas últimas semanas. No puedo seguir negando que cuando estoy contigo siento cosas. El problema es que no sé si lo que siento pertenece al pasado… o al presente.

Me incliné hacia ella, incapaz de frenar la urgencia en mis palabras.

—¿Y si es ambas cosas? El pasado que nunca cerramos y el presente que aún late entre nosotros.

—Quizás sí… O quizás no. No puedo prometerte nada, Cameron. No sé lo que siento. Estoy hecha un lío… Dave está dispuesto a darme espacio para aclararme.

—Yo no quiero darte espacio, Audrey. Todo lo contrario. Lo que quiero es ayudarte a aclararte estando cerca. Déjame intentarlo.

—Cameron…

—Nos queda una semana y media de convivencia, ¿no? —Mi voz sonó como un ruego—. Dame ese tiempo para demostrarte lo que podría ser si estuviéramos juntos. Sin censura. Sin máscaras. Sin miedo.

Ella tragó saliva. Sus labios se entreabrieron como si quisiera protestar, pero no le salió ni una palabra.

El reflejo de las luces de Manhattan bailaba en sus ojos azules, y por primera vez no vi solo rabia o reproche: vi el temblor de alguien que estaba a punto de ceder.

Me incliné un poco más, hasta reducir la distancia entre nosotros a un suspiro.

—Al final de esta semana y media, si de verdad quieres marcharte… lo harás con la certeza de que lo intentamos. Y yo firmaré lo que me pongas delante.

El agua caliente vibraba alrededor, como si también contuviera la respiración.

Audrey no apartó la mirada.

—Tengo miedo —susurró ella, clavando los dedos en el borde de la piscina como si fuera la única ancla que le quedara.

—¿De qué?

—De volver a confiar en ti y que me hagas daño.

Se me encogió el estómago.

No era una acusación; era una confesión.

Una herida que llevaba abierta mucho tiempo.

—No puedo borrar el pasado ni las cosas que nos rompieron antes. Pero prometo esforzarme para que no vuelvas a sufrir. No voy

a volver a alejarme de ti, Audrey. Eres la mujer de mi vida. ¿Me dejas demostrártelo?

Ella tardó un segundo en responder.

Luego, con la respiración aún temblorosa, dejó escapar un *sí* apenas audible. Un sí que no tenía la seguridad de antaño, pero sí la rendición de quien, por fin, decide probar.

No lo pensé.

La distancia entre nosotros se evaporó en un parpadeo.

Me impulsé hacia ella con la urgencia de todo lo no dicho y apoyé las manos en el borde de la piscina a ambos lados de su rostro.

El vapor calentó nuestras mejillas.

La miré a los ojos un instante, buscando en su mirada la misma concesión que sentía en mi pecho, y luego hundí mi boca en la suya.

El beso fue cortante y blando a la vez: súbito, hambriento, como si ocurriera en el filo de algo peligroso.

Al principio fue solo un choque de labios, pero en cuanto ella abrió la boca, mi lengua buscó la suya con desesperación.

El contacto me atravesó como una descarga.

Audrey respondió, no con furia, sino con un temblor agradecido; sus manos encontraron mi cuello y me apretaron contra ella, profundizando el beso, dejándome saborearla como si hubiéramos esperado siete años para esto.

El calor del agua se mezclaba con el de nuestros cuerpos, y cada roce de su lengua contra la mía era un recordatorio de todo lo que seguía vivo entre nosotros.

Cuando por fin nos separamos para respirar, nuestras frentes quedaron apoyadas, compartiendo el calor.

La ciudad seguía allí fuera, indiferente, pero dentro de la piscina climatizada todo parecía haberse reducido a ese latido compartido.

—No lo arruines —murmuró ella.

—No lo haré. Esta vez no.

19

Audrey

BAJO LA NOCHE DE MANHATTAN



El agua seguía envolviéndonos como un secreto compartido, cargada del mismo calor que ardía entre nuestros cuerpos.

Cuando sus labios volvieron a buscar los míos, comprendí que no había marcha atrás.

Esos besos no eran un error, ni un descuido: era una elección.

Mía. Nuestra.

Me aferré a sus hombros, temblando, y antes de pensarlo mis piernas se cerraron alrededor de su cintura bajo el agua.

Lo sentí gruñir contra mi boca. Sus manos me sujetaron con fuerza, como si hubiera esperado siete años para volver a sostenerme así.

Una parte de mí cargaba con la culpa de estar entregándome a él apenas unas horas después de haber hablado con Dave.

Pero la otra gritaba que ya había esperado demasiado.

Después de semanas de ganas contenida, de noches de insomnio y de recuerdos que ardían bajo mi piel, era inevitable acabar entre sus brazos.

Su lengua reclamó la mía con hambre y cada roce me arrancó un gemido que el agua apagaba a medias.

Me sabía a pasado, a presente, a todo lo que había intentado enterrar y que ahora regresaba con más fuerza.

Me odiaba por ceder, pero me habría odiado todavía más si lo hubiera rechazado.

Lo que sentía no tenía nada que ver con dudas ni confusión.

Era deseo puro.

Era amor disfrazado de necesidad.

Era Cameron.

Sus manos descendieron por mi espalda hasta colarse bajo el bikini. Me acarició el trasero con firmeza, con posesión, como si necesitara recordar cada curva de mi cuerpo.

Un escalofrío me recorrió y me pegué más a él, apretándome contra la dureza que tensaba su bañador.

El gemido ronco que escapó de su garganta me encendió aún más.

De repente se detuvo y, con la respiración agitada, me sostuvo por las caderas.

Con un movimiento seguro me impulsó hacia arriba y me sentó en el borde de la piscina.

El contraste del aire fresco de la noche sobre mi piel mojada me hizo estremecer, pero bastaba con la intensidad de sus ojos para mantenerme ardiendo.

Quedé con las piernas abiertas a cada lado de él, jadeante, mirándolo desde arriba, vulnerable y expuesta, mientras él permanecía en el agua, encajado entre mis muslos, como un depredador a punto de lanzarse sobre su presa.

Cameron apoyó las manos en mis muslos y me sostuvo firme.

Sus labios subieron por mis muslos, dejando besos húmedos que me hicieron temblar de anticipación.

Apartó con decisión la braguita del bikini y mi respiración se quebró. Su mirada oscurecida me atravesó como un latigazo.

—Por fin voy a volver a probar mi sabor favorito… —murmuró con voz grave, cargada de hambre.

No me dio tiempo a reaccionar.

Su lengua se hundió en mi humedad con un movimiento lento y profundo que me arrancó un gemido ahogado.

Me aferré al borde de la piscina, incapaz de sostenerme. Lo sentí ascender hasta alcanzar mi clítoris y el contacto me hizo arquear la espalda.

Un gemido desgarrado escapó de mi garganta mientras él jugaba con mi punto más sensible con la destreza que conocía demasiado bien.

Abrió más mis muslos, acomodándolos sobre sus hombros, y acercó la boca a mi centro expuesto.

Acarició mi sexo con la punta de la lengua, trazó un trazo lento y húmedo que me arrancó un jadeo.

Después dibujó círculos sobre mi clítoris, primero suaves, luego más intensos, hasta que mi respiración se volvió irregular.

—Dios… —susurré con la voz rota.

Él respondió con un gruñido bajo contra mi piel y hundió la lengua en mi interior.

Cada roce de su lengua me sacudía por dentro.

Alternaba lamer y succionar, de la forma que sabía que me volvía loca.

Me aferré al borde con las uñas, incapaz de contener los gemidos.

La presión creció dentro de mí en un nudo de placer que amenazaba con estallar.

—Cameron… voy a… —ni siquiera terminé la frase.

Un orgasmo feroz me atravesó.

Grité su nombre contra la noche, arqueando la espalda mientras mi cuerpo se deshacía bajo el poder de su lengua y sus labios.

Él me sostuvo hasta que el temblor cedió y me dejó sin fuerzas, jadeante.

Entonces tiró de mí con suavidad y me bajó de nuevo al agua.

Me atrajo contra él y, en cuanto mis pies tocaron la piscina, buscó mi boca. El beso fue salvaje, húmedo, impregnado del sabor de mi propio placer mezclado con el cloro.

Me quedé enredada en sus brazos, temblando, incapaz de recuperar el aliento.

Sus labios se movieron despacio sobre los míos, más suaves ahora, hasta que se separó apenas un centímetro para mirarme a los

ojos.

—No tienes idea de cuánto he echado de menos hacerte esto durante todos estos años —murmuró con la voz ronca.

Su confesión me atravesó más que el propio orgasmo. El calor de su cuerpo, la firmeza de sus manos sujetándome, la intensidad de su mirada… No pude dejarlo ahí.

Busqué bajo el agua, entre la tela húmeda de su bañador, hasta encontrarla.

Su polla dura y caliente llenó mi mano.

Cameron gimió contra mi boca en un sonido ronco que volvió a encenderme.

—Audrey… —jadeó, cerrando los ojos—. Déjame follarte. Llevo demasiados años soñando con hacerlo otra vez.

Asentí, incapaz de pronunciar palabra.

Me quitó las braguitas con un movimiento decidido y después se quitó el bañador. Nos quedamos desnudos bajo el agua, piel contra piel, con las respiraciones desbocadas.

Lo rodeé por la cintura con las piernas, aferrándome a su espalda.

Antes de hundirse en mí, me miró con seriedad.

—¿Sigues tomando la píldora?

—Sí —contesté con un hilo de voz—. Y estoy limpia.

—Yo también.

Se alineó conmigo y, con un solo empuje, me llenó por completo.

Un gemido escapó de mis labios mientras me aferraba con fuerza a él.

Hacía mucho que no lo hacía dentro de una piscina y la sensación me resultó abrumadora.

El agua templada contrastaba con el ardor de su cuerpo invadiéndome y me hizo estremecer de arriba abajo.

Cameron apoyó la frente contra la mía y soltó un gruñido bajo.

—Dios, Audrey… no sabes cuánto te deseo.

Lo estreché aún más con las piernas y sentí cómo empezaba a moverse despacio.

—Más… —supliqué contra su boca.

Él obedeció con un gruñido gutural, me empotró contra la pared de la piscina y aumentó el ritmo.

El agua chapoteaba a nuestro alrededor, pero lo único que escuchaba eran nuestros jadeos, mezclados, desbordados.

El placer se acumuló con rapidez en mi vientre. Me aferré a su cuello, gimiendo sin control.

—Cameron… estoy a punto…

—Hazlo conmigo —jadeó él sin detenerse—. Quiero sentirte explotar a mi alrededor.

La presión me venció y me corrí con un grito ahogado y el cuerpo arqueado, temblando contra él mientras el orgasmo me desgarraba.

Cameron me sujetó de las caderas, contra la pared de la piscina, maldijo entre dientes y, segundos después, se corrió dentro de mí con un gemido ronco, hundiéndose hasta el fondo mientras su cuerpo se agitaba contra el mío.

Quedamos pegados, jadeantes, con el agua rodeándonos como testigo cómplice.

Él apoyó la frente en mi hombro, aún dentro de mí, y yo lo abracé con fuerza, sin saber si reír o llorar. Habíamos cruzado la última frontera. Y ya no había vuelta atrás.

20

Audrey

MÁS ALLÁ DE LA CULPA



El sol se filtraba por los ventanales del ático cuando abrí los ojos.

Durante un segundo no supe dónde estaba, hasta que sentí el calor a mi lado.

Cameron.

Seguía allí. Dormido.

Me quedé quieta, observándolo en silencio.

Hacía años que no compartíamos un amanecer así.

Anoche, después de la piscina, no fue suficiente.

Me llevó en brazos hasta el dormitorio y volvimos a hacerlo.

Una, dos veces más, como si quisiéramos recuperar de golpe todo lo que nos habíamos negado en siete años.

Y ahora… ahora lo veía dormir con el ceño relajado, respirando profundo, como si al fin hubiera encontrado un descanso que llevaba demasiado tiempo persiguiendo.

Recordé que me confesó que dormía poco y mal.

Tal vez la sesión de sexo maratoniana había sido su mejor somnífero.

Una sonrisa se me escapó sin querer.

Me sentía ligera, plena, feliz.

Hacía siete años que no despertaba con esta sensación de pertenecer a algo.

Alcé la mano para apartarle un mechón de la frente, pero su voz grave me sorprendió.

—Deja de mirarme así —murmuró sin abrir los ojos.

Me sobresalté.

—¿Así cómo?

Una sonrisa perezosa se dibujó en su boca.

—Como si fueras a devorarme otra vez.

Me mordí el labio, atrapada entre la risa y el rubor.

—Igual sí estaba pensando en eso…

Sus párpados se abrieron despacio y me atrapó con esos ojos verdes que tanto me enloquecían.

—Entonces vuelve a hacerlo —susurró, antes de inclinarse hacia mí.

Me besó con suavidad, nada que ver con la urgencia de la noche anterior.

Sus labios se movieron lentos, como si quisiera grabar en su piel el derecho a despertarse a mi lado.

Le respondí, dejándome llevar por esa calma que tanto había anhelado.

No era sexo salvaje bajo el agua ni un arranque de deseo incontenible: era intimidad, pura y sencilla, el tipo de beso que solo compartes cuando la persona frente a ti importa demasiado.

—Buenos días —susurró contra mi boca.

—Buenos días —respondí, con la voz aún ronca.

—Deja que te prepare el desayuno —murmuró Cameron, besándome una última vez antes de incorporarse.

Se levantó de la cama, y yo me quedé unos segundos embobada, observando el movimiento de sus músculos.

Su trasero firme y torneado me hizo morderme el labio.

Esas vistas siempre me habían vuelto loca, y ahora, después de tanto tiempo, me resultaban un regalo prohibido.

La culpa asomó de inmediato.

Dave.

Miré mi dedo anular, ahora desnudo. Me había quitado el anillo después de hablar con él.

¿Estaba bien hacer aquello a pocas horas de haber hablado con él?

Enseguida recordé sus palabras, el permiso implícito para aclararme, ese espacio que me había concedido sin siquiera pedírselo.

¿No era esto, precisamente, lo que él sabía que podía pasar?

Cameron abrió un cajón, sacó unos bóxers y se los puso con naturalidad.

Yo, sin pensarlo, busqué entre sus cosas y me enfundé una de sus camisetas, que me quedaba grande y suave, como si llevara parte de él conmigo.

—Vamos —dijo con esa media sonrisa ladeada, tendiéndome la mano.

Lo seguí hasta la cocina.

El ático estaba en silencio, salvo por el murmullo lejano de la ciudad que entraba por los ventanales.

Cameron se movía con soltura, abriendo armarios, sacando ingredientes, como si fuera lo más normal del mundo.

En cuestión de minutos ya tenía la sartén al fuego, vertiendo la masa con destreza.

Reí en cuanto vi la forma que tomaban.

—¿Tortitas de Mickey Mouse? ¿Otra vez ?

—Las mismas de siempre —respondió, orgulloso, volviendo a girar la sartén con un gesto ágil.

Me acomodé en la isla, observándolo.

Había paz en aquella escena que dolía y sanaba a la vez.

—Parece que hoy has dormido bien —comenté, alzando una ceja.

Él se giró apenas, con la espátula en la mano, y me regaló una sonrisa sincera.

—Hacía siete años que no dormía tan bien.

Sus palabras me golpearon en el pecho, cargadas de una verdad que no quería escuchar pero que me hacía estremecer.

Porque yo tampoco recordaba la última vez que había amanecido así: plena, ligera, feliz.

Desayunamos en la isla de la cocina, con las tortitas todavía humeantes y el aroma del café envolviendo el aire.

—Están perfectas —dije, dando un bocado a la tortita y fingiendo exageración—. Igual deberías dejarlo todo y abrir una cafetería.

—Ya lo pensé —replicó con tono serio, aunque la chispa de sus ojos lo delataba—. Solo que en vez de cafetería sería una cadena de tortitas exclusivas y carísimas, con mi cara en el logo.

Solté una carcajada que me devolvió a otra época, cuando todo era fácil entre nosotros.

La risa se me atascó un instante en la garganta, porque esa ligereza era justo lo que más temía: la facilidad con la que me hacía olvidar el resto.

Él apoyó los codos en la encimera, observándome en silencio durante unos segundos.

—Estaba pensando… —empezó, girando el tenedor entre los dedos—. Este fin de semana podríamos hacer una escapada.

—¿Una escapada?

—Sí. —Sus labios se curvaron en una media sonrisa—. Es el último fin de semana antes de que se acabe nuestro acuerdo, y no quiero que lo pasemos aquí encerrados. Me gustaría… no sé, hacer algo especial.

Bajé la vista hacia el plato, jugando con un trozo de tortita.

Parte de mí quería decirle que no, que bastante locura era ya todo esto.

Pero la otra parte… la otra se iluminó con la idea de escapar, de permitirme un respiro lejos de la ciudad y del mundo entero.

—Podría montármelo. Aunque la competición está a la vuelta de la esquina.

—Deja a Priya los entrenamientos extra —replicó con naturalidad —. Sabes que puede hacerlo igual de bien que tú.

Sonreí sin querer, porque tenía razón.

Priya era perfectamente capaz de encargarse unos días, y yo… yo necesitaba aire.

—Está bien —dije al fin, levantando la mirada hacia él—. Pero solo un par de días.

—Trato hecho. —Su sonrisa se ensanchó, como si acabara de ganar otra batalla.

Y por un instante, mientras el sol entraba a raudales por los ventanales y nuestras manos se rozaban sobre la mesa, me permití dejar a un lado la culpa y la duda.

Al menos hasta que tocara enfrentar la realidad.

21

Audrey

ENDGAME



El eco del agua aún retumbaba en la piscina cuando entramos en los vestuarios.

El olor a cloro se mezclaba con el de los jabones baratos de los dispensadores, y el silencio de las chicas ausentes nos regalaba un raro instante de calma.

Me senté en el banco de madera, quitándome las zapatillas con un suspiro.

Sentía el cuerpo agotado, pero era un cansancio que me venía bien: me mantenía ocupada, lejos de las preguntas que me perseguían desde la noche en la piscina.

Priya apareció a mi lado, secándose el cabello con una toalla enorme.

Se dejó caer en el banco con un bufido exagerado.

—Tus chicas me van a matar —dijo, rodando los ojos—. Hoy casi me gritan por el ejercicio extra de expresión.

—Te dije que no les gusta —contesté, sonriendo de medio lado mientras me quitaba la camiseta húmeda.

—No les gusta nada que implique esfuerzo —replicó, arqueando una ceja—. Pero al final me hacen caso, porque saben que tengo razón.

Ambas reímos, y por un instante todo pareció normal.

Como si mi vida no fuera un desastre sentimental a punto de explotar.

Priya me miró de reojo mientras se ponía los leggins limpios.

—Por cierto… —dijo con ese tono inocente que nunca presagiaba nada bueno—, ¿cómo va la convivencia con cierto hombre testarudo y demasiado guapo para su propio bien?

Mi estómago se contrajo.

—No quiero hablar de eso.

—Lo cual significa que va demasiado bien —sentenció, divertida.

La fulminé con la mirada, pero ella no se inmutó.

Se agachó para atarse las zapatillas, y después me miró con calma, como quien lanza la bomba con toda la naturalidad del mundo.

—Mira, Audrey. Siempre pensé que Cameron sería tu *endgame.*

Parpadeé, desconcertada.

—¿Mi qué?

—Tu *endgame*. —Hizo un gesto con las manos, como si fuera lo más obvio del mundo—. El destino, la meta final, la persona con la que terminas pase lo que pase.

Me quedé callada, con el sujetador deportivo a medio colocar, sintiendo cómo me ardían las mejillas.

—Eso es ridículo. Hemos estado separados durante siete años.

—Y aun así, cuando lo nombras, te brillan los ojos —replicó—. Con Dave nunca te pasa.

Abrí la boca para protestar, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

Priya apoyó una mano en mi rodilla, firme, cómplice.

—Creo que has hecho bien en pedirle tiempo a Dave. No tenía sentido seguir atada a él cuando está claro que sigue habiendo algo entre tú y Cameron. Y, por la forma en la que has sonreído hoy, diría que el sexo con él sigue siendo tan alucinante como antes.

El calor me subió a las mejillas de golpe.

—¡Priya!

—¿Qué? —se encogió de hombros, divertida—. Te conozco demasiado bien, Audrey. Nunca sonríes así sin un motivo.

Me tapé la cara con las manos, intentando ocultar el rubor.

Pero la risa nerviosa me traicionó.

—Esto es un desastre —murmuré, entre risas y suspiros.

—No, amiga. Esto es la vida —replicó ella, levantándose para guardar su toalla en la taquilla—. Y si me preguntas a mí, diría que por fin estás empezando a vivirla de verdad.

Me quedé en silencio, mirando mi reflejo en el espejo del vestuario.

La sonrisa aún estaba ahí, suave, involuntaria.

Y aunque el miedo y la culpa me atenazaban, no pude negarme la verdad: Priya tenía razón.

Algo en mí había vuelto a despertar.

Y ese algo llevaba el nombre de Cameron.

—Al menos una de las dos tiene un plan divertido para este fin de semana —añadió Priya, cerrando la taquilla con un portazo ligero.

La miré desconcertada.

—¿A qué te refieres?

—A que mis padres han vuelto a programarme una cita —bufó, dejándose caer otra vez en el banco, como si ya estuviera agotada solo de pensarlo.

—¿Otra? —pregunté, sorprendida, aunque no debería estarlo. Llevaba años lidiando con aquello.

—Otra. Con el hijo de un conocido de un conocido de un conocido… —Hizo una mueca—. Médico, respetable, con doctorado y, según mi madre, «un partido ideal».

—Suena… —torcí la boca, buscando una palabra amable—, intenso.

—Suena a aburrimiento mortal —replicó Priya, tirando la cabeza hacia atrás—. Ya sabes cómo va: él me mirará como si yo fuera un proyecto de esposa, y yo acabaré diciendo alguna barbaridad para espantarlo antes del postre.

No pude evitar reírme, recordando todas las veces que había hecho lo mismo.

—No sé cómo sigues soportando estas citas a ciegas.

—Porque soy buena hija —dijo con sarcasmo, llevándose la mano al corazón—. O al menos lo intento. A veces pienso que debería fingir salir con cualquiera de ellos para que me dejaran en paz una temporada. Luego recuerdo que tengo dignidad y se me pasa.

Terminamos de arreglarnos en silencio, cada una ocupada en sus cosas.

Priya se echó el abrigo al hombro mientras yo recogía mi bolsa de deporte y me anudaba el pelo en una coleta rápida.

Al salir juntas del vestuario, el aire fresco del pasillo nos envolvió como un recordatorio de que fuera de esas paredes el mundo seguía girando, con sus rutinas y obligaciones.

—¿De verdad vas a poder con las chicas tú sola este fin de semana? —pregunté, intentando sonar despreocupada, aunque en realidad la culpa me pinchaba por dentro.

Priya me lanzó una mirada cargada de confianza y alzó una ceja.

—Claro que sí. No sería la primera vez que te cubro, Audrey. Además, ya sabes que ellas me temen un poquito más que a ti.

No pude evitar sonreír.

—Eso no es cierto. Yo soy el poli malo de las dos.

—Cierto. Pero prometo imitarte muy bien. Así que no te preocupes. Dedícate a lo tuyo —añadió, dándome un codazo cómplice—. Y cuando vuelvas, quiero todos los detalles.

Saliendo al exterior, el aire frío de la calle me golpeó de lleno en las mejillas.

Y entonces lo vi.

Apoyado con toda la calma del mundo en su coche, traje oscuro y una sonrisa ladeada, estaba Cameron.

En su mano sostenía un vaso de cartón que reconocí al instante: mi café favorito, de la cafetería de la esquina que tanto me gustaba.

—Justo a tiempo —dijo, tendiéndomelo—. Pensé que necesitarías un extra de energía después del entrenamiento.

Lo tomé con un murmullo agradecido, intentando disimular el vuelco que me dio el corazón.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte para llevarte a cenar. Espero esta vez no terminar escondido debajo de ninguna mesa.

Priya, que observaba la escena con los brazos cruzados y una sonrisa traviesa, intervino antes de que yo pudiera replicar.

—Si vas a esconderte otra vez, Cam, que al menos sea para hacerla disfrutar.

Le guiñó un ojo descaradamente, y yo casi me atraganté con el primer sorbo de café.

—¡Priya! —protesté, entre rubor y risa nerviosa.

Ella se alejó hacia la parada del metro con un gesto divertido de la mano.

Cameron, en cambio, no apartó la mirada de mí.

Esa maldita sonrisa suya se ensanchó, cargada de picardía.

—Tendré en cuenta el consejo.

Y yo, con las mejillas ardiendo, supe que el fin de semana que se avecinaba iba a ser todo menos tranquilo.

22

Cameron

NUESTRA CASA EN LA PLAYA



Llevábamos casi cuatro horas en el coche y Audrey no había dejado de preguntarme a dónde demonios la llevaba.

—¿Al menos me vas a dar una pista? —insistió por quinta vez, cruzándose de brazos mientras giraba la cara hacia la ventanilla.

Sonreí, intentando mantener la calma en el volante.

—Paciencia, Wells. Ya casi estamos.

En realidad, yo era el que estaba nervioso.

El estómago se me encogía con cada kilómetro, porque estaba a punto de mostrarle algo que había guardado en secreto durante años.

Algo que compré en un arrebato, convencido de que, tarde o temprano, volveríamos a encontrarnos.

La carretera se abrió paso entre árboles hasta que, de pronto, apareció el letrero verde a un lado del camino: Welcome to Newport.

Tragué saliva.

Audrey frunció el ceño al leerlo.

—¿Newport? —me miró de reojo, desconfiada—. ¿Qué hacemos aquí?

Me limité a apretar un poco más el volante, conteniendo la sonrisa nerviosa.

—Ya lo verás.

Porque ¿cómo le explicaba que, en medio de su ausencia, cuando aún me dolía no tenerla, compré una casita frente al mar pensando en nosotros?

¿Cómo le decía que, por muy roto que estuviera, una parte de mí nunca había dejado de imaginar un futuro a su lado?

Y ahora estaba a punto de descubrirlo.

Audrey no apartaba los ojos de mí, como si intentara leerme la mente.

—Cameron, ¿qué clase de sorpresa requiere cuatro horas de coche y este nivel de misterio?

—Una buena.

Ella arqueó una ceja, desconfiada.

—Espero que no sea otra de tus ideas raras de revivir recuerdos, porque ya hemos tenido bastante de eso últimamente.

Me mordí el interior de la mejilla.

—Confía en mí, Audrey. Solo… confía.

Rodó los ojos y se dejó caer contra el respaldo, aunque el ceño fruncido seguía ahí.

El coche avanzó unos minutos más hasta que doblé hacia una carretera secundaria.

Los árboles se abrieron y, de repente, apareció la costa: el mar grisáceo extendiéndose hasta el horizonte, las olas rompiendo contra las rocas y el aire cargado de sal.

Audrey se enderezó en el asiento, sorprendida.

—Cameron…

—Ya casi —murmuré, con el corazón golpeándome como un tambor en el pecho.

Giré de nuevo, atravesando una verja discreta de hierro negro.

El camino se estrechó hasta que, al final, apareció la casa: una construcción de madera blanca con contraventanas azules, amplia pero acogedora, rodeada de hortensias marchitas por el otoño.

Y detrás, la playa privada que se abría como un secreto compartido entre la casa y el océano.

Apreté los frenos despacio, dejando que el motor se apagara.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí miedo de verdad.

Audrey me miraba con los labios entreabiertos, sin entender.

—¿Qué es esto? —preguntó en un susurro.

Respiré hondo, con los dedos aferrados al volante.

—Es… nuestra casa en la playa.

Audrey me miró sin saber qué decir, con los ojos muy abiertos, como si la imagen de la casa la hubiera dejado sin aliento.

Yo tragué saliva, incapaz de aguantar más ese silencio.

—¿Recuerdas aquel día que me dijiste que, cuando dejáramos de competir, te gustaría que nos compráramos una casita en la playa? Para venir los fines de semana, y los veranos, lejos de todo…

Su ceño se frunció un poco, como si las palabras abrieran una grieta en sus defensas.

—Aquella tarde en el campus, después de entrenar —continué, aferrándome a su mirada—. Estabas agotada, tirada sobre la hierba, y dijiste que algún día querías algo así. Un sitio donde no importaran las medallas ni los horarios, solo nosotros y el mar.

—Pero… —Audrey parpadeó, todavía incrédula—, ¿cuándo lo hiciste? ¿Cuándo la compraste?

Tragué saliva, con mis dedos aún apretados contra el volante.

—Cuando leí que te retirabas.

Ella me miró sin pestañear, como si las palabras no encajaran en su cabeza.

—¿Qué…?

—Sí. —Inspiré hondo—. Apareció la noticia en un artículo deportivo, hablaban de tu despedida, de tu nueva etapa como entrenadora… Y yo… —Me pasé una mano por la nuca, nervioso—. No sé, Audrey. Fue un impulso. Estaba convencido de que tarde o temprano volverías a mi vida, y quería cumplir ese sueño que habías compartido conmigo aquella tarde en el césped.

—¿Entonces… de verdad creíste que volveríamos juntos?

La miré de frente, sin apartar la vista de sus ojos azules.

—Siempre lo creí —admití—. Aunque fuera demasiado cobarde para ir a buscarte. Porque sí, me escondí en mi dolor, en mi orgullo…

y te dejé ir. Pero nunca dejé de imaginar un regreso. Nunca dejé de creer que lo nuestro no podía acabar así.

La vi tragar saliva, con los ojos brillantes mientras miraba la fachada blanca frente a nosotros.

—Cameron… —susurró, como si aún no pudiera creérselo—. Me compraste una casa.

Negué despacio, con el corazón latiéndome en la garganta.

—Nos compré una casa.

El silencio se alargó unos segundos, roto solo por el rumor del mar.

Entonces extendí la mano hacia ella.

—¿Entramos?

Audrey bajó la vista a mis dedos entreabiertos, dudando.

Sus labios temblaron, como si quisiera protestar, pero finalmente deslizó su mano en la mía.

Salimos del coche, abrí la puerta y pasamos el umbral.

El interior olía a madera limpia y a flores frescas.

No era casualidad.

—He mandado a alguien a limpiarla y adecentarla para cuando llegáramos —expliqué, cerrando la puerta tras de nosotros.

Audrey giró despacio sobre sí misma, observando el salón amplio con los ventanales abiertos al mar.

No dijo nada, pero el brillo en sus ojos hablaba por ella. Me acerqué un paso, sin soltar su mano.

—Nunca había traído a nadie aquí. Siempre supe que este lugar era para nosotros.

Ella me miró, temblando entre la emoción y el desconcierto.

—Ven —dije al fin, guiándola por el pasillo.

Ella me siguió en silencio, recorriendo con la mirada cada rincón como si no pudiera asimilarlo.

Subimos unos peldaños y abrí la puerta al final del corredor.

El dormitorio se desplegó frente a nosotros: una cama amplia, sábanas recién cambiadas, las cortinas claras ondeando con la brisa salada que entraba por el ventanal abierto al mar.

Audrey se detuvo en el umbral, con los labios entreabiertos.

—Es precioso, debe haberte costado un dineral. Y mantenerla todo este tiempo sin uso… —dijo Audrey, con la voz cargada de incredulidad.

Me apoyé en el marco de la puerta, observándola.

—El dinero nunca importó, Audrey. Lo único que importaba era tener este lugar esperando por nosotros.

Ella giró el rostro hacia la ventana, como si necesitara refugiarse en el mar para no enfrentarse a mis palabras.

Yo avancé despacio hasta quedar a su lado.

—Mientras esta casa existiera, seguía existiendo una posibilidad de estar juntos —confesé en un murmullo.

Sus ojos se encontraron con los míos, brillando con una emoción que ya no pudo contener.

Y antes de que yo dijera nada más, Audrey se lanzó hacia mí y me besó.

Al principio fue solo un roce, pero enseguida su boca se abrió bajo la mía y nuestras lenguas se encontraron en un choque hambriento, húmedo.

El beso subió de intensidad de golpe. Sus manos se aferraron a mi nuca mientras yo la estrechaba contra mi cuerpo con una fuerza que rozaba la desesperación.

Gemí contra sus labios, perdido en el sabor que nunca había dejado de buscar en otras, con la certeza de que ningún beso podía compararse a esto.

Con un movimiento instintivo la alcé en brazos y la empujé suavemente sobre la cama.

Audrey cayó entre las sábanas recién tendidas, jadeante, con el cabello desordenado y los labios hinchados por mis besos.

Me incliné sobre ella, con la respiración desbocada, y volví a capturar su boca, más profundo, más exigente, mientras mis manos exploraban con urgencia el contorno de su cuerpo.

Tardé apenas unos segundos en desnudarnos a los dos.

Me incliné sobre ella y recorrí su cuerpo con la boca, besando cada curva, cada centímetro de su piel, como si quisiera memorizarla de nuevo.

Audrey se arqueó bajo mis labios, gimiendo, con las manos enredadas en mi pelo, hasta que ya no pude esperar más.

Me acomodé entre sus piernas y, con un empuje lento pero firme, la penetré por completo.

Un gemido ronco escapó de su garganta al sentirme dentro, y yo tuve que apretar los dientes para no perder el control demasiado pronto.

—Dios, Audrey… —susurré contra su boca antes de besarla de nuevo, profundo, mientras empezaba a moverme dentro de ella.

Cada embestida arrancaba un nuevo gemido, más alto, más urgente, mientras sus uñas se clavaban en mi espalda.

Aceleré el ritmo, hundiéndome una y otra vez con fuerza, reclamándola como mía, hasta que la sentí temblar bajo mí, con su cuerpo derrumbándose contra las sábanas llegando al orgasmo.

Yo tampoco pude resistir más.

Con un gruñido gutural me hundí hasta el fondo y me corrí dentro de ella, estremeciéndome mientras la llenaba por completo, con su nombre en mis labios.

Nos quedamos pegados, jadeando, temblando todavía, como si el mundo entero se hubiera reducido a ese instante.

Juntos. En nuestra casa de la playa.

23

Audrey

BRINDIS POR EL FUTURO



Cameron nos había comprado una casa en la playa y yo no podía sentirme más feliz.

Era una locura, lo sabía, pero mientras su lengua me arrancaba gemidos, no podía pensar en nada más que en lo bien que me hacía sentir.

Habíamos hecho el amor nada más llegar y ahora me estaba llevando al límite de nuevo, con la boca, con la destreza de quien conoce cada rincón de mi cuerpo.

Me aferré a las sábanas, arqueando la espalda mientras los gemidos escapaban sin control de mi garganta.

Su lengua jugueteaba con mi clítoris, alternando succiones y caricias que me volvieron completamente loca.

Sentí cómo la presión crecía en mi vientre, implacable, hasta que el orgasmo me atravesó de golpe, feroz, deshaciéndome bajo él.

Grité su nombre, temblando contra las sábanas, con las piernas apretadas alrededor de su cabeza mientras mi cuerpo se sacudía en oleadas de placer.

Él me sostuvo con firmeza, prolongando mis espasmos hasta que caí exhausta, jadeante, empapada de sudor y de deseo satisfecho.

Cameron se incorporó despacio, con esa sonrisa arrogante que tanto me desarmaba, y me besó con suavidad, como si quisiera saborear mi rendición.

—Vístete, cielo —murmuró, apartándome un mechón del rostro —. Vamos a dar una vuelta.

Lo miré, aún recuperando el aliento.

—¿Ahora? ¿Después de esto?

—Sí —replicó con serenidad—. Aunque haga frío y no podamos bañarnos, el mar en invierno tiene algo especial. Quiero que lo veas conmigo.

Y mientras él se levantaba a buscar nuestras cosas, comprendí que aquel fin de semana no se trataba solo de sexo.

Cameron quería darme algo más: un recuerdo nuevo, lejos del pasado, grabado en la arena helada de Newport.

Me vestí a regañadientes, aún con el cuerpo temblando por lo que acababa de hacerme.

Cameron me tendió mi abrigo y salió conmigo al porche.

El aire frío nos recibió de inmediato, cortante, cargado de sal.

—¿De verdad no podemos quedarnos un rato más? —me quejé, apretándome el abrigo contra el pecho.

—No seas perezosa, Wells. Quiero enseñarte algo.

Descendimos por el pequeño sendero que llevaba hasta la playa privada.

La arena estaba húmeda y oscura, y el mar rugía con fuerza, rompiendo en olas que parecían más salvajes que en verano.

El cielo gris se confundía con el horizonte, pero había una belleza en aquella crudeza que me dejó sin palabras.

Al notar que mis manos estaban heladas, Cameron se detuvo, sacó un par de guantes de su bolsillo y me tendió uno.

Luego se puso el otro y, con gesto natural, tomó mi mano libre, la que seguía desnuda, y la deslizó dentro de su bolsillo, junto a la suya.

El contacto me estremeció.

Esa había sido siempre nuestra rutina: yo con las manos frías, él con la excusa perfecta para guardarlas en su abrigo.

Un gesto simple, cotidiano… y tan íntimo que me desarmó más que cualquiera de sus besos.

—Siempre igual… —murmuré, sin atreverme a mirarlo.

—Siempre tú —replicó él, apretando un poco más mi mano dentro de su bolsillo.

El rugido del mar nos envolvía, pero en mi pecho solo resonó esa frase, peligrosa y dulce, como si el invierno entero pudiera derretirse entre sus dedos.

Seguimos caminando por la orilla. Mis botas se hundían en la arena húmeda.

El viento me azotaba el rostro, pero la calidez de mi mano en su bolsillo me mantenía en pie.

—¿A dónde vamos? —pregunté al fin, con un escalofrío.

—Ya lo verás.

Unos metros más adelante, entre unas rocas que protegían la playa del viento directo, lo vi.

Una pequeña carpa blanca, de lona gruesa, esperaba montada sobre la arena.

En su interior brillaba la luz cálida de un calefactor portátil, y una manta se extendía sobre una alfombra.

Junto a ella, una cesta con una botella de vino, dos copas y algo de comida para picar.

Me detuve en seco, sorprendida.

—¿Qué… qué es esto?

Cameron me miró con satisfacción contenida.

—Un rincón solo para nosotros. No todo va a ser sexo y discusiones, Audrey.

Entramos y nos sentamos sobre la manta.

El zumbido suave del calefactor llenó el espacio, y en cuestión de segundos el frío dejó de calarme hasta los huesos.

El contraste con el aire helado del exterior era tan reconfortante que no pude evitar soltar un suspiro.

—Se está… increíblemente bien aquí dentro —admití, estirando las manos, ahora ambas desnudas, hacia la fuente de calor.

Cameron descorchó el vino con la misma naturalidad con la que se había inventado aquel refugio secreto.

Vertió en dos copas y me tendió una, sin dejar de mirarme con esos ojos verdes que siempre parecían ver demasiado.

—Brindemos —dijo.

—¿Por qué?

—Por el futuro. Por regresar aquí siempre que queramos. Por construir una vida juntos.

—Cameron…

—Sé que estás confundida, que aún tienes mucho que pensar —dijo, mirándome con una calma que contrastaba con el temblor en mi pecho—. Pero ya conoces mis intenciones, y no pienso disfrazarlas solo porque tú tengas la cabeza hecha un lío. Dicho esto… comamos. No has probado nada desde el desayuno y, créeme, no quiero enfrentarme a una Audrey hambrienta.

Solté una carcajada, incapaz de contenerme.

—Eres increíble. Me sueltas una confesión así y acto seguido hablas de comida.

—Porque me conozco el peligro —respondió con una sonrisa ladeada mientras destapaba la cesta—. Has sido más temible hambrienta que en cualquier competición internacional.

Me hizo gracia la naturalidad con la que lo dijo, y más aún el modo en que empezó a colocar sobre la manta pequeños platos: queso, uvas, pan recién horneado y una cajita con macarons de frambuesa.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Macarons?

—Al menos en esta ocasión podrás disfrutarlos sin ese olor fétido con el que intentaste espantarme la última vez. —Se inclinó hacia mí, divertido—. Tuve que contratar a alguien para que limpiara la habitación al día siguiente del olor que dejaste.

No pude evitar reír, tapándome la boca con la mano.

—Yo solo quería espantarte.

—No hay nada que puedas hacer para espantarme, cielo —replicó él, con una seguridad insolente que me erizó la piel.

Lo miré, intentando mantener el gesto desafiante, pero la sonrisa me traicionó.

—¿Ah, no?

—No. —Se inclinó un poco más, con sus ojos verdes fijos en los míos—. Puedes disfrazarte de ogro, cubrirte de mascarillas apestosas o ponerte el pijama más horrible del planeta… y aun así voy a seguir queriendo besarte.

El aire se espesó entre nosotros, cargado de electricidad.

Yo jugueteé con la copa de vino para no ceder demasiado rápido, aunque el rubor ya me ardía en las mejillas.

—Dime, ¿sigues queriendo espantarme? —preguntó ante mi silencio.

¿Cómo decirle que no?

Que lo que quería era justamente lo contrario.

Sentí que si me quedaba un segundo más bajo esa mirada iba a terminar buscándole la boca sin remedio.

Así que decidí cambiar de tema.

—¿Cómo están tus padres?

Cameron arqueó una ceja, claramente divertido por mi huida, pero me siguió el juego.

—Están bien. Ya sabes cómo son… Mi madre sigue obsesionada con que me siente en todos los consejos de administración posibles, y mi padre todavía intenta colarse en las piscinas como si tuviera veinte años menos.

—Eso suena exactamente a ellos.

No pude evitar sonreír. La madre de Cameron siempre había sido la más interesada en involucrarlo en el mundo de los negocios. Su padre, en cambio, también había sido nadador profesional, y era muy parecido a él.

—Te echan de menos. De vez en cuando me preguntan por ti, con la esperanza de que les traiga buenas noticias. —añadió él, mirándome de reojo—. ¿Y tu madre cómo está?

Tragué saliva, bajando un instante la mirada.

—Bien… —respondí despacio—. Se jubiló hace un par de años y ahora dedica el tiempo libre a su huerto. Se pasa horas con sus tomates y sus rosales. Dice que es más gratificante que discutir con adolescentes en clase. —Sonreí al recordar sus años como profesora —. Yo le digo que debería salir y conocer hombres, pero ella insiste en que ya conoció una vez al hombre de su vida y que no quiere a nadie más.

Cameron se quedó en silencio, observándome.

Sus labios se curvaron apenas en una sonrisa suave, pero sus ojos brillaban con una sombra de melancolía.

—Supongo que entiendo cómo se siente —murmuró al fin.

Levanté la vista, sorprendida por el tono de su voz.

En ese instante, el rugido del mar contra la lona pareció desvanecerse, dejándonos solos en aquel silencio cargado de significados no dichos.

24

Audrey

MARCANDO TERRITORIO



Regresamos a la casa justo cuando una fina lluvia empezó a caer, envolviendo la playa en una bruma plateada.

Cameron preparó té caliente y lo llevamos al porche, donde nos acomodamos bajo una manta, escuchando el repiqueteo del agua contra la barandilla y el rugido del mar al fondo.

Era un momento simple, tranquilo, casi perfecto.

Me sorprendió lo cómodo que resultaba estar allí, sin necesidad de hablar demasiado, solo compartiendo el calor de la manta y el silencio.

Entonces, mi móvil vibró sobre la mesa.

Miré la pantalla y el corazón se me encogió.

Dave.

Me quedé inmóvil unos segundos, incapaz de reaccionar.

Había jurado que no me llamaría, que me daría espacio hasta regresar de China.

Si lo hacía ahora era porque algo había pasado.

—¿Todo bien? —preguntó Cameron, notando mi tensión.

Tragué saliva y forcé una sonrisa que no me salió del todo convincente.

—Sí… es solo que tengo que responder esta llamada.

Sin decir quién era, me levanté del sofá y me aparté hacia el interior de la casa, con el corazón golpeando en mi pecho.

Crucé el salón en silencio y contesté con la voz en un susurro.

—¿Dave?

Al otro lado se escuchó un murmullo confuso, música alta, risas y el estrépito de vasos chocando. Tardé unos segundos en reconocer su voz pastosa y arrastrada.

—Audrey… —balbuceó—. No me dejes… por favor.

Me quedé helada.

—¿Estás bebiendo? ¿Dónde estás?

—Ya sé… ya sé que te dije que no llamaría, que te daría tu espacio… —Su voz se quebró, como si estuviera a punto de llorar—. Pero no puedo, ¿vale? No puedo perderte. No me dejes, Audrey.

Me llevé una mano a la frente, cerrando los ojos con fuerza.

Sentí el peso de la culpa caer sobre mis hombros como un bloque.

—Dave, por favor, estás borracho. Hablemos cuando estés más tranquilo.

—No. —Su negativa fue tan torpe como desesperada—. Escúchame. Yo… yo te amo.

—Dave…

—No me importa que tengas dudas, no me importa lo que necesites… —siguió, arrastrando las palabras—. Solo prométeme que al final vas a volver conmigo. Dime que esto es solo un bache, que no… que no me vas a dejar.

Me apoyé contra la pared, apretando los ojos con fuerza.

Sentía la garganta arderme de la mezcla de pena, culpa y rabia.

—No puedo prometerte nada ahora —dije al fin, con un hilo de voz—. Por favor, cuelga y vete a casa. Descansa.

Del otro lado no hubo respuesta inmediata.

Solo el ruido del bar, una carcajada demasiado cerca del micrófono y, de pronto, una voz en chino hablándole a Dave.

Sonó como un camarero, o alguien dándole indicaciones.

Y entonces, la línea se cortó de golpe.

Me quedé con el teléfono en la mano, con el silencio del salón retumbando en mis oídos.

Ahora sí sentí el peso de la culpa como un bloque en el pecho. Había deseado que no llamara, y cuando lo hizo no supe manejarlo.

Tragué saliva, intentando serenarme.

Y entonces lo vi.

Al levantar la vista, Cameron estaba justo frente a mí, de pie en la entrada del salón.

No supe cuánto tiempo llevaba allí, ni cuánto había escuchado, pero su expresión lo decía todo: seriedad, sospecha… y un destello de dolor en esos ojos verdes que me conocían demasiado bien.

—¿Era él? —preguntó con voz grave.

—Sí —admití, bajando la mirada—. Estaba borracho y… me ha dejado preocupada. No es común en él beber, y mucho menos emborracharse.

—Pensé que este fin de semana era nuestro —murmuró con la voz rota—. No debiste cogerle la llamada.

—¿Ahora me vas a decir con quién puedo hablar y con quién no?

Cameron me miró con los ojos brillantes, herido.

—No digo eso —se apresuró a añadir—. Solo… quería que nos perteneciera. A ti, a mí y nadie más.

Su honestidad me atravesó.

Di un paso hacia él y posé la mano en su brazo, buscando calmarlo.

—Olvidemos esta llamada, ¿sí? —susurré, casi implorando.

Cameron no respondió.

Simplemente me tomó en brazos con una determinación que me dejó sin aliento.

Antes de que pudiera reaccionar, me llevó hacia el dormitorio.

Me dejó sobre la cama y, en cuestión de segundos, me despojó de la ropa.

Sus labios cayeron sobre los míos con una fuerza cargada de rabia y deseo, en un beso profundo que me robó la respiración.

Su lengua reclamó la mía, y yo le respondí, atrapada en esa tormenta que me arrastraba sin remedio.

Su boca descendió por mi cuello, mis pechos, arrancándome gemidos que intenté ahogar, y luego más abajo, devorándome con una intensidad que me hizo perder la noción de todo.

El placer me golpeó tan rápido que apenas tuve tiempo de pensar, de ordenar mentalmente lo que estaba pasando.

Y entonces, sin darme tregua, me penetró.

Un gemido desgarrado escapó de mi garganta.

Era demasiado, demasiado pronto, demasiado fuerte… y, sin embargo, mi cuerpo lo recibió como si lo hubiera estado esperando todo este tiempo.

Cada embestida era un reproche, cada beso una súplica.

Me aferré a sus hombros, a su espalda, a cualquier parte de él que pudiera sostenerme mientras el mundo se desmoronaba a mi alrededor.

No había espacio para culpas, ni para recuerdos: solo él, su cuerpo reclamando el mío y mi corazón golpeando contra el suyo en un ritmo frenético.

El orgasmo estalló salvaje, arrancándome un grito ahogado.

Mi cuerpo se arqueó contra el suyo, temblando sin control, mientras él seguía embistiéndome con esa fuerza que no dejaba espacio para nada más que el placer.

Cameron jadeaba sobre mí, con la respiración entrecortada y el cuerpo tensándose al borde.

De pronto se apartó, saliéndose de mí en el último segundo, y el frío repentino me arrancó un gemido de protesta.

—Mírame —ordenó con la voz ronca, casi un gruñido.

Obedecí, atrapada por el fuego de sus ojos verdes.

Y entonces lo vi correrse primero en mi bajo vientre, luego en mi pecho y al final en mi cara.

—Mía… —susurró, con un temblor feroz en la garganta.

No acabábamos de tener solo sexo.

Aquel polvo desesperado había sido su forma de reclamarme, de marcar territorio, de recordarme que, aunque los años nos hubieran separado, él seguía creyendo que le pertenecía.

Y lo más desgarrador era que, en ese instante, yo también lo sentía así.

25

Audrey

UNA NOTICIA INESPERADA



El silbato resonó en la piscina y las chicas emergieron al unísono, jadeantes, con las gotas resbalando por sus mejillas jóvenes.

Les pedí que repitieran la secuencia una vez más, pero mi voz salió más ronca de lo habitual.

Estaba agotada.

Apenas había dormido un par de horas desde que volvimos de la casita de la playa.

El fin de semana había sido intenso.

Demasiado.

Me froté las sienes un instante, intentando no mostrar lo cansada que estaba.

Fue entonces cuando me di cuenta de que Priya llevaba toda la mañana rara.

Callada, distraída, como si su mente estuviera en cualquier parte menos en la piscina.

—¿Todo bien? —le pregunté al fin, cuando las chicas se fueron a descansar a los vestuarios.

Priya titubeó, jugueteando con la carpeta en sus manos.

—¿Bien? Sí… bueno, más o menos.

—Priya —fruncí el ceño—, te conozco demasiado bien. ¿Qué pasa?

Me sostuvo la mirada un segundo y luego suspiró, como si no pudiera callárselo más.

—Mientras tú estabas en tu escapada romántica con Cameron, yo tuve que enfrentarme a mi cita a ciegas.

—¡Es verdad! —exclamé haciendo memoria—. Tu cita a ciegas, acabo de recordarlo. ¿Y…?

Priya se mordió el labio inferior, como si no supiera cómo soltar la bomba.

—Y resultó ser… él. —Se tapó la cara con las manos un segundo antes de soltarlo—. El mismo con el que me acosté aquella noche cuando salí de fiesta.

Me quedé de piedra.

—¿El que te dejó satisfecha a base de polvos?

—Sí. El mismo. —Asintió con un suspiro teatral—. El destino tiene un humor retorcido.

—¿Y qué pasó? —quise saber, incapaz de ocultar la intriga.

Priya se dejó caer en el banco, derrotada.

—Al verlo casi me muero de la impresión. Literal, Audrey. Pensé que estaba soñando o que alguien me estaba gastando una broma pesada. Y durante la cena… —suspiró— estaba tan *shocked* que no sabía ni qué decir. Creo que me pasé la mitad del tiempo mirándole como una idiota, sin probar bocado.

—¿Tú? ¿Sin palabras? Eso sí que es raro —comenté, intentando contener la risa.

—Ríete, pero lo peor vino después. —Se enderezó y me miró con desesperación—. Intenté usar mi plan infalible para espantarlo, ya sabes, como hago siempre: exagerar rarezas, decir alguna barbaridad para que huyera corriendo…

—¿Y funcionó?

—Obviamente no. —Se pasó una mano por el pelo, exasperada —. Él ya me conocía demasiado bien. Me miró con esa sonrisa medio divertida, medio segura de sí misma, y me dijo: «No intentes espantarme, Priya. Ya sé quién eres de verdad».

Abrí los ojos como platos.

—¡No!

—Sí. —Priya bufó, dándose un manotazo en la frente—. Fue como si me dejara desnuda en mitad del restaurante, Audrey. Me desarmó en segundos.

—¿Y qué hiciste?

—Nada. —Se encogió de hombros—. Terminé la cena como una niña buena, sin chistes raros, sin mi rutina de sabotaje… y lo peor es que creo que disfruté.

Me quedé mirándola, incrédula.

—Priya, esto es fuerte. Muy fuerte.

—No tienes ni idea. —Suspiró—. Ayer mi madre me llamó pletórica, toda emocionada, diciéndome que el chico le había pedido una segunda cita.

—¿Y?

—Y que estaba encantada porque «al fin había encontrado a alguien que podía soportarme». —Priya rodó los ojos con dramatismo—. Audrey, aún estoy pensando si aceptar o no. No sé qué demonios hacer.

—Pues, por lo que me cuentas, creo que ya has decidido —dije con una sonrisa cómplice.

Priya me fulminó con la mirada, pero sus mejillas se colorearon un poco.

Antes de que pudiera seguir presionándola, las chicas irrumpieron en nuestra conversación entre risas y murmullos.

Se agruparon a nuestro alrededor, con los ojos brillantes de emoción.

—¡Entrenadora! —exclamó una, casi saltando—. ¡No nos habías dicho que ibas a casarte!

Me quedé helada.

—¿Qué voy a… qué?

—Sí, mírelo usted misma. —Otra me tendió el móvil, con la pantalla iluminada con un titular gigante acompañado de mi foto junto a Dave.

El corazón se me desplomó en el pecho.

Tomé el teléfono con manos temblorosas.

La familia Harrington anuncia oficialmente el compromiso entre el consultor internacional Dave Harrington y la exnadadora olímpica Audrey Wells. La boda tendrá lugar en primavera en la *New York Public Library*.

Mis oídos zumbaron y dejé de respirar.

Necesitada de más pruebas, así que saqué mi propio móvil del bolsillo, frenética, buscando confirmar la noticia. Y ahí estaba, multiplicada en varias páginas, cada una con más fotos y titulares que la anterior.

—No… —susurré, con el pánico apretándome la garganta.

Priya me miraba con ojos enormes, comprendiendo la gravedad de lo que aquello significaba.

Las chicas seguían rodeándome, pletóricas, haciéndome preguntas, felicitándome sin parar.

Sus voces se mezclaban con el eco del agua de la piscina hasta que, por culpa del temblor que se apoderó de mi cuerpo, el móvil se me resbaló de las manos.

El golpe contra el bordillo fue seco, y en un parpadeo el teléfono rebotó directo al agua.

Las chicas soltaron un grito ahogado mientras yo me quedaba paralizada, observando cómo mi única herramienta para controlar el desastre se hundía lentamente en el fondo de la piscina.

Algunas de las chicas se lanzaron al agua para intentar recuperar el móvil.

Una de ellas lo sacó goteando y me lo entregó con cara de triunfo, pero cuando intenté encenderlo, la pantalla negra no respondió.

—Podrás recuperarlo si lo metes en arroz —dijo otra, como si fuera la solución mágica a todos los problemas.

Pero yo sabía que ni todo el arroz del mundo iba a arreglar lo urgente: necesitaba hablar con Cameron antes de que viera esa maldita noticia y sacara sus propias conclusiones.

—Audrey… —Priya me tocó el brazo, seria—. Ve. Yo me quedo al frente con las chicas, no te preocupes.

Alcé la vista hacia ella.

Sus ojos me lo decían todo: corre antes de que sea demasiado tarde.

Asentí con un nudo en la garganta y salí casi corriendo del vestuario, esquivando a las chicas que aún cuchicheaban emocionadas.

El corazón me martilleaba en las sienes.

Tenía que encontrar a Cameron.

Tenía que explicarle que no había sido yo, que esa noticia era un comunicado de la familia Harrington.

Que no significaba nada.

Pero entonces me detuve en seco. Porque… fuera del recinto, apoyado contra la pared, estaba Dave.

Su aspecto era un poema: el pelo despeinado, la camisa arrugada, las ojeras marcadas como si no hubiera dormido en días.

Al verme, se enderezó con un esfuerzo visible.

Sus ojos brillaban de cansancio, pero también de algo más profundo, una súplica desesperada.

—¿Podemos hablar? —preguntó con la voz ronca, quebrada.

Mierda.

26

Audrey

UNA DESPEDIDA



La taza de café humeaba entre mis manos, pero ni el calor conseguía devolverme el aliento.

Frente a mí, Dave parecía una sombra de sí mismo: el pelo revuelto, la camisa arrugada, la barba incipiente y unas ojeras tan profundas que daban la impresión de que llevaba semanas sin dormir.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en voz baja, todavía incrédula—. Pensé que volverías de Pekín la semana que viene.

Él dejó caer los codos sobre la mesa, enterrando el rostro entre sus manos antes de mirarme de nuevo.

Sus ojos estaban enrojecidos, vidriosos, cargados de cansancio.

—No podía quedarme allí sabiendo que estabas dudando de mí… de nosotros. —Su voz estaba ronca, áspera—. Tenía que volver, Audrey. Tenía que verte.

—¿Tú has tenido algo que ver con la noticia que se ha filtrado en la prensa esta mañana? —pregunté, sintiendo cómo la tensión me crispaba los dedos alrededor de la taza.

Dave negó enseguida, con un gesto cansado.

—No. Te juro que no. —Se pasó una mano por el pelo, despeinándoselo aún más—. Anoche hablé con mi madre, le conté que estabas dudando de la boda… y supongo que pensó que la mejor manera de «ayudarnos» era hacer público el compromiso para presionarte.

Me quedé helada.

—¿Qué?

—Ya la conoces —bufó, apoyándose contra el respaldo de la silla —. Cree que todo puede solucionarse con un golpe de imagen, con un titular impecable en los portales de sociedad. Pensaría que, si todos lo dan por hecho, tú acabarás convenciéndote de que es lo correcto.

Una risa incrédula escapó de mis labios.

—Sabía que podía ser manipuladora, Dave, pero esto es… otra liga.

—No hables así de mi madre. —Dave atrapó mi mano con más fuerza de la que esperaba—. Ella solo quiere ayudarnos. Y quizás haya hecho lo correcto, Audrey, porque realmente creo que tú y yo deberíamos casarnos.

Suspiré.

—Dave, te dije que estaba confundida. Que necesitaba tiempo.

—Lo sé, Audrey. —Su voz se quebró un poco—. Y no quiero empujarte a nada. Solo… estoy asustado. Y no quiero perderte.

¿Cómo decirle que ya me había perdido?

Respiré hondo. Tenía que soltarlo, abrir la grieta antes de que la verdad me devorara por dentro.

—Dave —empecé, con la voz temblando—, hay algo que no sabes. —Él frunció el ceño, preocupado—. No es solo que esté confundida o que necesite tiempo. Es… mucho más complicado. Estoy legalmente casada con otra persona.

El brillo de súplica en sus ojos se convirtió en incomprensión.

—¿Qué? ¿Cómo que casada? —susurró, incrédulo—. Audrey, eso no tiene sentido.

Me llevé las manos a la cara, notando cómo me temblaban.

—Fue hace años, Dave. Una locura de juventud. Nos casamos en Las Vegas y después de romper nunca firmamos el divorcio. Cuando me pediste que me casara contigo, tuve que pedirle formalmente que firmara los papeles. Y bueno… una cosa llevó a la otra. Volvimos a vernos. Volvimos a conectar. —Me quedé callada un instante, pero la verdad me quemaba demasiado como para seguir ocultándola—: Y ahora sí lo sé, Dave. Ya no quiero que los firme.

Él parpadeó, como si las palabras no terminaran de encajarle.

—¿Qué significa eso? —preguntó con la voz rota—. ¿Que lo eliges a él?

Me quedé callada un instante, buscando fuerzas en el fondo de mi propio pecho.

La voz me salió temblorosa, pero firme:

—En realidad nunca hubo elección, Dave. Porque, aunque te quise… lo que siento por Cameron siempre estuvo allí en un segundo plano. Nunca se fue.

Él abrió la boca, como si quisiera protestar, pero no le di espacio.

—Sí, te he querido, Dave, pero no te voy a mentir. Lo nuestro nunca consiguió borrar lo que había entre Cameron y yo. Siempre fue él. Incluso cuando intenté convencerme de lo contrario.

La incredulidad en su rostro se transformó en una mezcla de rabia y dolor, tan intensa que me hizo apartar la mirada.

—Entonces… —Su voz se quebró—. ¿No hay nada que pueda hacer? ¿Lo nuestro ha terminado?

Me mordí el labio con fuerza, notando cómo la garganta se me cerraba.

Negué con un movimiento de cabeza, lento.

Ahí estaba, la verdad. Ya no había confusión. Solo verdad. Amaba a Cameron. ¡¿Cómo había tardado tanto en darme cuenta?!

—Lo siento, Dave.

Él se quedó inmóvil, como si esperara que me retractara, pero yo no tenía nada más que ofrecerle. Solo quería salir de ahí y ver a Cameron.

—Déjame al menos acompañarte de vuelta al centro.

Quise negarme, pero la súplica en su mirada me lo impidió.

Asentí en silencio.

El camino de regreso fue corto, envuelto en un silencio pesado que ninguno de los dos intentó romper.

Al llegar a la entrada del centro de alto rendimiento, Dave se detuvo conmigo en la acera.

—Supongo que este es nuestro último adiós —dijo, con una sonrisa triste que me desgarró por dentro.

Me incliné hacia él y lo abracé con fuerza, como agradeciendo en silencio todo lo que habíamos compartido.

Hundí el rostro en su cuello y él me apretó contra su pecho, como si no quisiera soltarme jamás.

Y así fue como nos despedimos.

Sin palabras, solo con un abrazo que dolía como una herida abierta y al mismo tiempo cerraba un capítulo de nuestras vidas.

27

Cameron

ENTONCES… ¿ES REAL?



El restaurante estaba lleno, pero en nuestro reservado el jaleo del mediodía sonaba solo de fondo.

El camarero acababa de dejar las copas de vino y una fuente de pasta humeante en el centro de la mesa.

Leo, como siempre, contaba alguna anécdota subida de tono que hacía que Spencer se riera a carcajadas mientras Adam lo observaba con esa expresión fría que no cambiaba ni con un terremoto.

Yo me recosté en la silla, disfrutando por primera vez en días de la sensación de estar relajado, casi feliz.

—En serio, Spencer —dijo Julian, con su tono serio pero conciliador—, deberías darle una oportunidad a Belly.

—¿Belly? —Spencer arqueó una ceja, desconfiado—. ¿La hermana de Clementine?

—La misma —confirmó Julian—. Está haciendo prácticas en otra empresa ahora mismo, pero siempre ha soñado con trabajar en tu firma. Desde que era una cría recortaba vuestras campañas de las revistas y las pegaba en un corcho en su cuarto.

Leo soltó una carcajada.

—Vaya, Callahan, tu familia ha creado más fanáticas que una *boy band*.

Spencer lo fulminó con la mirada.

—Míralo como una inversión. No tienes nada que perder dándole una oportunidad como becaria. Y Clementine estaría feliz de verla cumplir ese sueño.

Adam, que hasta entonces se había limitado a remover el vino en su copa, levantó la vista.

—Si es ambiciosa y con talento, encajará. Y si no, siempre puedes dejarla ir. No veo el problema.

Spencer resopló, acomodándose en la silla.

—¿Por qué siento que me estáis acorralando?

—Ya sabes que cuando Julian se pone en modo cuñado diplomático, no hay escapatoria —dije yo.

Julian esbozó una media sonrisa.

—Solo piénsalo. Ella lo daría todo, Spencer. Y tú podrías ser el tipo que convirtió a mi cuñada en una profesional de la moda.

Spencer bufó, resignado.

—Está bien, que venga a verme. Una entrevista, nada más. No prometo nada.

—Eso es todo lo que te pedía —concluyó Julian, satisfecho.

Leo dejó la copa sobre la mesa con un golpe seco y me miró de reojo.

—Bueno, y tú, Blake, ¿qué? ¿Cómo van las cosas con Audrey?

Me quedé en silencio un segundo, saboreando el vino antes de responder.

—Van bien. Estoy convencido de que al final me elegirá. Las cosas entre nosotros estos días han progresado.

No añadí nada más, aunque por dentro una punzada de duda me atravesó el pecho.

Habíamos compartido noches, risas, recuerdos, incluso pasión, pero… ¿era suficiente?

Adam, que hasta entonces había permanecido callado, dejó la copa en la mesa y clavó sus ojos fríos en los míos.

—¿Seguro que va bien?

Fruncí el ceño.

—¿Por qué lo dices?

—Por esto.

Adam cogió el móvil de la mesa, lo giró y me lo mostró.

En la pantalla brillaba un titular de sociedad, acompañado de una foto demasiado reciente de Audrey al lado de un hombre.

> La familia Harrington anuncia oficialmente el compromiso entre Dave Harrington y la exnadadora olímpica Audrey Wells. La boda tendrá lugar en primavera en la *New York Public Library*.

El mundo se me vino abajo de golpe.

Eso tenía que ser un error, no podía ser real.

Audrey nunca habría permitido que se anunciara algo así sin hablar conmigo primero.

Sentí un nudo helado en el estómago.

—No —murmuré, negando con la cabeza—. Esto no puede ser cierto.

Todos se inclinaron sobre la mesa, sacando sus propios móviles casi al unísono.

Bastaron unos segundos para que las pantallas se iluminaran con la misma noticia, repetida en distintos portales de sociedad, acompañada de fotos de Audrey y Dave en alguna gala reciente.

Leo fue el primero en levantar la vista hacia mí, con el ceño fruncido.

—Sí que lo es, Cam. Está en todas partes. En Page Six, en el Times Style, incluso en la jodida Vogue Online.

Me quedé sin aire.

Spencer silbó bajo, incrédulo.

—Joder… esto no es un rumor de pasillo, es oficial.

Marqué su número con las manos temblorosas, pero solo recibí como respuesta un mensaje robótico anunciando que el móvil estaba apagado o fuera de cobertura.

Probé de nuevo, con la garganta seca.

Nada.

El corazón golpeaba contra mis costillas como un martillo.

¿Entonces era real?

¿De verdad Audrey había permitido que se anunciara su compromiso con otro mientras yo aún peleaba por recuperarla?

Me levanté de golpe, arrastrando la silla con violencia.

—Tengo que hablar con ella.

Mis amigos me llamaron, pero sus voces quedaron atrás mientras salía del reservado y empujaba la puerta del restaurante con una urgencia desesperada.

Conduje directo al centro de alto rendimiento, convencido de que tenía que obtener la verdad de sus labios.

Y entonces la vi.

No estaba sola.

Estaba con un hombre.

Un hombre al que reconocí al instante por las fotos de sociedad, por los titulares que me acababan de destrozar: Dave Harrington.

Estaban abrazados muy fuerte, como si no existiera nadie más en el mundo.

Audrey hundía el rostro en su cuello, con los ojos cerrados, aferrándose a él como si buscara refugio.

Y Dave la rodeaba con los brazos, apretándola contra su pecho, murmurando algo que no alcancé a escuchar.

El aire se me atascó en los pulmones.

Era real.

El comunicado, las fotos, la boda en primavera.

Todo era cierto.

Audrey… había vuelto con él.

Sentí que el suelo se abría bajo mis pies, como si siete años de recuerdos, de lucha y de esperanza se desmoronaran en un solo segundo.

Y por primera vez en mucho tiempo, dudé de si aún tenía fuerzas para seguir peleando por ella.

28

Audrey

¿DÓNDE ESTÁ CAMERON?



El ascensor se detuvo en la planta diecinueve y mis tacones resonaron con un eco nervioso contra el mármol.

Necesitaba ver a Cameron.

Necesitaba explicarle que aquella filtración no había sido idea mía, que yo no había dado mi consentimiento.

Tenía que decírselo antes de que creyera lo peor.

Me dirigí directa hacia su despacho.

Clara, su secretaria, levantó la vista del ordenador en cuanto me vio aparecer.

—Señorita Wells —dijo con sorpresa—, el señor Blake no está en la oficina.

El suelo pareció ceder bajo mis pies.

—¿Cómo que no está?

—Salió a almorzar con unos amigos hace unas horas, pero me llamó después para que cancelara todas sus reuniones de hoy.

El nudo en mi garganta se hizo más grande.

—¿Y dónde está ahora?

Clara negó con la cabeza, incómoda.

—No lo sé. Intenté llamarlo varias veces, pero tiene el móvil apagado.

La desesperación me golpeó con fuerza.

—Llámalo otra vez, por favor.

Ella obedeció de inmediato.

Marcó el número en altavoz, y en la sala resonaron tres pitidos antes de que saltara el buzón de voz.

—Lo siento —murmuró, bajando la vista.

Tragué saliva, luchando contra el temblor de mis manos.

¿Ya había visto la noticia?

¿Se había enterado de aquel maldito comunicado antes de que pudiera explicarle la verdad?

Sentí el corazón en un puño, salí del edificio y lo primero que hice fue ir a su ático, pero tampoco estaba allí. Ni en las habitaciones, ni en la piscina… nada. Cameron no estaba en ninguna parte.

***

Mi siguiente parada fue la tienda de telefonía más cercana.

El corazón me latía tan fuerte que apenas podía pensar con claridad mientras explicaba al dependiente que necesitaba una copia de mi tarjeta SIM.

El chico me miró con expresión aburrida, pidió mi documento de identidad y se puso a teclear en el ordenador como si el mundo no se me estuviera derrumbando delante de él.

En cuestión de minutos me entregó el duplicado y me ofreció un terminal de sustitución barato.

No dudé.

Lo compré sin pensarlo, solo quería volver a estar conectada.

Encendí el móvil nuevo y esperé con impaciencia a que la cobertura regresara.

La pantalla se iluminó, mostrando decenas de notificaciones atrasadas, mensajes de Priya, incluso de mi madre.

Busqué su nombre, el único que importaba.

Cameron.

Tenía algunas llamadas perdidas suyas.

Sentí un vacío helado en el estómago.

Marqué su número de inmediato.

Tres tonos.

Y después, el buzón de voz.

El dependiente me deseó un buen día, pero yo apenas lo escuché.

Salí a la calle con el teléfono apretado contra el pecho y la llovizna empapándome el cabello.

Todo Manhattan seguía girando como si nada, y yo tenía la sensación de que estaba a punto de perderlo tofo.

¿Dónde demonios estaba?

Me quedé unos segundos en la acera, temblando, hasta que un nombre se abrió paso entre el caos de mi cabeza: Leo Moretti.

No lo conocía personalmente, pero Cameron hablaba de él como de un hermano.

Si alguien sabía dónde encontrarlo, era él.

El miedo me atenazó un instante.

¿Cómo me presentaba de la nada ante un hombre al que jamás había visto para pedirle ayuda?

¿Qué iba a pensar de mí?

Tragué saliva y levanté la mano para parar un taxi.

—Hotel Luxury —ordené, con la voz más firme de la que me creía capaz.

***

El taxi me dejó frente al imponente edificio del Luxury.

Crucé el vestíbulo con paso rápido, ignorando las miradas curiosas de los empleados y clientes que se arremolinaban en los sofás de terciopelo.

Pregunté en recepción por Leo Moretti, y tras unos segundos de titubeo, la recepcionista me indicó el camino hacia sus oficinas privadas en la última planta.

El corazón me golpeaba con fuerza en el pecho mientras recorría el pasillo alfombrado.

Cada paso me parecía una apuesta desesperada: ¿y si me cerraba la puerta en las narices? ¿y si no quería hablar conmigo?

Respiré hondo y llamé a la puerta con los nudillos.

—Adelante.

Empujé la puerta y me encontré con el hombre que tantas veces había visto en fotos de sociedad.

Leo Moretti estaba sentado detrás de un escritorio de cristal. Sus ojos oscuros se clavaron en mí con una mezcla de sorpresa y diversión.

—Vaya, vaya… si no me equivoco, tú eres Audrey. —Se recostó en la silla, ladeando la sonrisa—. ¿A qué debo el honor?

No perdí el tiempo en cortesías.

—Necesito saber dónde está Cameron. ¿Ha hablado con él?

Leo arqueó una ceja.

—La última vez que lo vi fue esta mañana. Salió del restaurante donde estábamos hecho una furia, diciendo que iba a buscarte al centro de alto rendimiento para hablar sobre la noticia de tu compromiso.

Se me encogió el estómago.

—¿Qué?

—¿De verdad no os visteis?

Negué con la cabeza, incapaz de articular palabra.

Un cosquilleo de pánico me recorrió entera.

Si Cameron había ido al centro y no me encontró… ¿o peor, si me había visto con Dave en la entrada?

El recuerdo del abrazo me golpeó de lleno.

¿Y si lo había malinterpretado todo?

—¿Dónde puedo encontrarlo? —pregunté, con la voz temblorosa.

Leo se encogió de hombros, como si tampoco tuviera la respuesta.

—No lo sé, preciosa. Pero si Cameron no quiere que lo encuentren, será difícil dar con él. Créeme, lleva años perfeccionando ese truco.

Sentí un nudo en la garganta que casi me ahogó.

Murmuré un agradecimiento atropellado y salí de la oficina antes de que pudiera ver cómo se me humedecían los ojos.

***

Volví al ático con la esperanza de que, por algún milagro, hubiera regresado allí.

Abrí la puerta con brusquedad, recorrí cada estancia llamando su nombre.

Silencio.

Solo el eco de mi voz contra las paredes.

Me dejé caer en el sofá, agotada, con la respiración temblorosa.

¿En serio? ¿Otra vez?

¿Otra vez desapareciendo sin una palabra, como hacía en el pasado?

Me tapé el rostro con las manos, sintiendo cómo la rabia y la pena me desgarraban por dentro.

Y entonces, de golpe, lo supe.

Como un fogonazo entre la desesperación, la respuesta apareció clara, inevitable.

Sabía exactamente dónde podía estar.

29

Cameron

JUNTOS



El viento azotaba con fuerza y las olas rompían contra la orilla con un estrépito que parecía acompañar el caos en mi cabeza.

Estaba de pie frente al mar, en la playa de la casa que compré para Audrey, la misma que durante años fue mi secreto, mi promesa silenciosa de que, tarde o temprano, volveríamos a estar juntos.

Y ahora, aquí estaba yo, solo, convencido de que todo se había terminado.

La había perdido.

Ella ya había elegido.

Y no me había elegido a mí.

Durante esas semanas de convivencia había pensado lo contrario.

Había creído en sus sonrisas fugaces, en la manera en que me miraba cuando pensaba que no la veía, en la tensión que siempre vibraba entre nosotros.

Había creído en nuestros besos, en las noches compartidas, en la forma en que su cuerpo respondía al mío como si nunca hubiera pasado el tiempo.

De verdad pensé que lo había conseguido. Que la había traído de vuelta.

Pero había sido un espejismo.

Un maldito espejismo.

El comunicado de su compromiso con Dave lo dejaba todo claro.

La había visto abrazarlo, aferrarse a él como si fuera su refugio, y esa imagen me había atravesado como un cuchillo.

¿Cómo competir con eso? ¿Cómo luchar contra una decisión que, al final, no me incluía?

Me pasé una mano por el pelo, mojado por la llovizna, y solté una carcajada amarga.

Qué iluso había sido. Qué ingenuo al pensar que podía reescribir la historia, que podía borrar siete años de errores y dolor con treinta días de convivencia.

El mar rugía frente a mí, y por primera vez en mucho tiempo me sentí vacío.

Sin dirección.

Sin ella.

—Es el final —murmuré, dejando que las palabras se perdieran en el aire helado.

Hundí las manos en los bolsillos y mantuve la mirada fija en el horizonte, como si el océano pudiera tragarme y con él todo lo que aún dolía.

El rugido del mar fue mi única respuesta.

Inspiré hondo, tragando sal y melancolía, convencido de que el destino ya había dictado sentencia.

—Pues vaya final tan poco original —dijo una voz a mi espalda.

Me quedé helado.

No. No podía ser.

Me giré de golpe, con el corazón encogido, y allí estaba. Audrey.

De pie en la arena húmeda, con el abrigo empapado por la llovizna y el pelo pegado a las mejillas, pero con esa chispa en los ojos que siempre había sido mi perdición.

—¿Audrey? —mi voz se quebró, incrédula, como si pronunciara el nombre de un fantasma.

Ella sonrió con ironía, aunque la tensión le endurecía la mandíbula.

—¿Quién más iba a ser? ¿Una sirena?

El aire se me atascó en la garganta.

—¿Qué haces aquí? —logré preguntar al fin, con un hilo de voz.

Audrey dio un par de pasos hacia mí, sin apartar la mirada.

—Vine a buscarte —respondió con firmeza—. No podía dejar pasar otros siete años antes de que volviéramos a hablar. ¿Siete años más de silencio, de orgullo, de malentendidos? —su voz se quebró un poco, pero sus ojos brillaron con determinación—. No, Cameron. No pienso repetir la misma historia. Lo que no entiendo es

por qué tú sí. ¿De verdad vuelves a desaparecer? ¿Como aquella vez? Me prometiste que no volverías a hacerlo.

Tragué saliva, sintiendo cómo la rabia y la herida me abrasaban por dentro.

—Vi esa noticia —escupí con voz ronca—. Y te vi abrazada a él.

Audrey frunció el ceño, el gesto entre dolorido e incrédulo.

—¿Y en lugar de enfrentarte a mí y preguntarme por eso, preferiste simplemente huir? —Su voz se alzó, cargada de decepción —. ¿Otra vez, Cameron? ¿De verdad no has aprendido nada en estos siete años?

Sus palabras me atravesaron como una daga.

Aparté la mirada hacia el mar, incapaz de sostener el azul de sus ojos cuando brillaban con tanto reproche.

—No quise huir —murmuré, con un hilo de voz áspero—. Solo… no soportaba que, después de todo, lo hubieras elegido a él.

—No lo elegí a él. —Su voz tembló un poco—. Te lo habría dicho en la cara si me hubieras dado la oportunidad. Ese abrazo no fue una elección, Cameron. Fue una despedida.

El corazón me golpeó con violencia en el pecho.

—¿Una despedida?

Ella asintió despacio.

—Le dije adiós. Porque ya no hay duda, no cuando todo mi cuerpo, toda mi cabeza, todo lo que soy… —inspiró hondo, quebrándose— sigue girando en torno a ti.

Tragué saliva con fuerza.

—Dime que esto es real y que no voy a despertar otra vez en medio de una pesadilla —mi voz se quebró un poco.

Audrey alzó la barbilla, temblando bajo la lluvia, con los labios entreabiertos.

—Es real, Cameron —susurró—. No hay nadie más. No lo hubo nunca. Solo tú.

El mundo pareció detenerse.

El rugido del mar, la lluvia helada, la bruma… todo desapareció hasta dejar únicamente sus ojos clavados en los míos.

Sentí que el suelo volvía bajo mis pies, que la herida de tantos años se cerraba de golpe con esas palabras.

Me incliné hacia ella, incapaz de contenerme un segundo más, y apoyé mi frente contra la suya.

—Entonces no vuelvas a soltarme.

Ella sonrió, rota y luminosa a la vez.

—Solo si me prometes que tú tampoco lo harás.

El mundo se redujo a ese instante, a su voz quebrada y sus ojos brillando entre las gotas de lluvia.

Ya no había dudas.

Ya no había pasado que nos persiguiera.

La tomé del rostro con ambas manos, sintiendo su piel helada bajo mis dedos, y me incliné hacia ella.

Nuestros labios se encontraron con la urgencia contenida de siete años, con la rabia de las pérdidas y la fuerza de todo lo que aún sobrevivía.

La lluvia nos empapaba, resbalando por nuestro cabello y mezclándose con las lágrimas que ninguno de los dos intentó ocultar.

Pero en ese momento daba igual.

No había frío, ni tormenta, ni mundo alrededor: solo nosotros, reencontrándonos al fin en medio de la tempestad.

Cuando al fin nos separamos, con las respiraciones entrecortadas y las frentes apoyadas, supe que aquella vez era distinto.

Que aquel beso no era un espejismo.

Era un comienzo.

—Te quiero, Audrey —susurré contra sus labios, con la voz ronca de verdad.

—Y yo a ti.

La besé otra vez, más despacio, saboreando cada segundo como si fuera el primero y el último a la vez.

La lluvia seguía cayendo, implacable, pero ya no importaba.

Por primera vez en años, estábamos exactamente donde debíamos estar: juntos.

Epílogo

Audrey

MI ELECCIÓN



Unos meses más tarde, estaba en la fiesta de compromiso de Priya.

Quién lo hubiera dicho… mi Priya, la misma que juraba que sus padres jamás ganarían la batalla, que se inventaba las excusas más disparatadas para espantar pretendientes, había acabado encontrando el amor en esas malditas citas a ciegas que tanto odiaba.

La observé a lo lejos, radiante, con un sari color esmeralda que hacía brillar su piel morena.

Su prometido la miraba como si acabara de descubrir el secreto mejor guardado del universo.

Y ella… ella sonreía con esa mezcla de orgullo y ternura que solo mostraba cuando se dejaba vencer por completo.

Yo sonreí también, llevándome una copa de champán a los labios.

Al girar la muñeca, el anillo de bodas relució en mi dedo anular.

Porque Cameron y yo habíamos tomado una decisión: no divorciarnos.

Éramos marido y mujer desde hacía años, aunque lo hubiéramos ocultado, aunque lo hubiéramos intentado enterrar bajo rabia, orgullo y silencio.

No había hecho falta empezar de cero, solo reconocernos de nuevo.

Celebramos nuestras «segundas nupcias» en la casa de la playa, frente al mar de nuestra casa en la playa.

Fue una ceremonia pequeña, íntima, pero no necesitamos más.

Solo queríamos compartirlo con los nuestros: Priya, algunos amigos cercanos y nuestras familias, que estaban felices de volver a vernos juntos.

Ahora el anillo brillaba en mi mano como una promesa de futuro.

Un brazo me rodeó la cintura y me atrajo contra un pecho cálido y familiar.

—¿Sabes si va a durar mucho esto? —susurró Cameron, con esa chispa traviesa en los ojos—. Porque me muero de ganas de quitarte el vestido que has elegido para hoy, señora Blake.

Sonreí, con el corazón desbordado.

Sí, ahora era la señora Blake.

Decidí ponerme su apellido, como una forma de cerrar el círculo, de reconciliarme con todo lo que habíamos sido y con todo lo que queríamos ser.

Ya no era un peso del pasado, sino una elección consciente.

Una elección mía.

Lo miré, y en sus ojos verdes vi el reflejo de la vida que nos esperaba: la casa de la playa, los días sencillos, las noches compartidas… y la certeza de que, después de tanto tiempo, por fin todo estaba en su lugar.

Me incliné hacia él, rozando sus labios con los míos.

—Creo que si nos escapamos ahora nadie se dará cuenta.

—Podrían darse cuenta todos, incluso Priya, y aun así no me importaría.

Solté una risa suave, hundiéndome en sus brazos, mientras el bullicio de la fiesta seguía a nuestro alrededor.

Ya no había miedo, ni silencios, ni dudas.

Solo nosotros.

Cameron me besó, lento y profundo, como si quisiera grabar en mis labios la promesa que ya brillaba en mi mano.

La señora Blake.

Su esposa.

Mi elección.

Para siempre.

Extra

Cameron

MALA PÉCORA



No tenía pensado quedarme mucho rato.

Simplemente pasaba por la zona y decidí visitar a Julian.

Hacía tiempo que no nos veíamos con calma y su despacho siempre era un buen lugar para desconectar un rato del ruido de Manhattan.

Estábamos charlando sin prisas. Él hojeando unos documentos, yo dejándome caer en una de las butacas como quien no tiene nada mejor que hacer, cuando la puerta se abrió de golpe.

Spencer irrumpió en la sala con el ceño fruncido y los ojos encendidos.

—¡Me has jodido la vida, Hawthorne! —escupió sin preámbulos.

Julian levantó las manos, como si quisiera calmarlo antes de que derribara el escritorio.

—A ver, tranquilízate. —Su tono fue tan paciente como siempre —. Tendrás que explicarme a qué te refieres, porque no tengo ni idea de lo que estás hablando.

Spencer empezó a pasearse por la sala, pasándose las manos por el pelo con nerviosismo.

—Me dijiste que contratara a Belly, ¿recuerdas? La hermana de Clementine. «Dale una oportunidad, no pierdes nada», dijiste. Pues bien… la contraté. Y ahora resulta que sí he perdido. He perdido mi jodida tranquilidad.

Julian lo observó, arqueando una ceja.

—Explícate, porque no entiendo de qué mierda hablas. ¿Cuál es el problema?

Spencer soltó una carcajada amarga.

—El problema es que me ha pillado.

Julian y yo intercambiamos una mirada rápida.

—¿Pillado en qué? —pregunté con cautela.

Spencer inspiró hondo, como si le costara admitirlo.

—Estaba acostándome con una modelo...

—¿Y? —Julian frunció el ceño—. Eso no es ninguna novedad.

—Está casada —remató él, con voz tensa—. Y Belly… Belly me descubrió.

El silencio que siguió fue espeso.

—Bien —murmuró Julian, cruzándose de brazos—. ¿Y qué ha hecho?

—Amenazarme —respondió Spencer, alzando las manos—. Dice que, si no cumplo con sus exigencias, lo hará público. Que contará todo, fotos incluidas. ¡Sería un escándalo!

Me incliné hacia delante, intrigado.

—¿Y qué exige exactamente?

Spencer se dejó caer en una de las butacas, derrotado.

—Quiere que la convierta en mi asistenta personal. —Se tapó la cara con las manos y resopló—. ¿Te lo imaginas? ¡Esa mala pécora pegada a mí todo el puto día!

Julian reprimió una sonrisa, aunque sus ojos brillaban de diversión.

—Pues parece que tu nuevo «problema» tiene más carácter del que pensabas.

Spencer lo fulminó con la mirada.

—Esto no tiene maldita gracia. ¡Esa chica puede arruinarme la reputación en dos segundos! ¡Y es culpa tuya!

No lo sabíamos aún, pero esa chica estaba a punto de poner el mundo de Spencer patas arriba.

Y, sinceramente… yo pensaba disfrutar cada segundo del espectáculo.

¿ME DEJAS UNAS ESTRELLITAS?

Puede que no lo sepas, pero **Amazon valora muchísimo** cada pequeña reseña, cada estrellita que dejas tras leer un libro.
Es como si dijeras: «Esta historia me tocó, y quiero que llegue a más lectoras como yo».

No hace falta que escribas una reseña larga. **Una frase, una emoción, unas estrellitas… todo suma.** Y para una autora como yo, significa el mundo.



¡MUCHAS GRACIAS!

SINOPSIS

MILLONARIO PROVOCADOR

Un chantaje inesperado. Un jefe mujeriego. Y una convivencia laboral que amenaza con incendiarlo todo.

Soy Belly Reid y tengo claro lo que quiero: abrir mi propia marca de ropa y hacerme un nombre en el mundo de la moda.

Lo que no esperaba era tropezarme con Spencer Callahan, heredero del imperio más mediático de Manhattan, en una situación comprometida… con una mujer casada.

¿Mi ventaja? Tengo pruebas.

¿Mi exigencia? Convertirme en su asistenta personal.

Desde ese momento, paso a ser su sombra en reuniones exclusivas, desfiles y fiestas donde se cierran los verdaderos negocios. Mucho mejor que ser una becaria invisible en un rincón olvidado.

El problema es que Spencer no solo es arrogante, caótico y mujeriego. También es irritantemente atractivo.

Y cuanto más tiempo paso a su lado, más difícil resulta recordar que esto es solo un plan profesional… y no una caída libre hacia él.

Lo que encontrarás en esta historia:

✓ Enemies to lovers con tensión ardiente.

✓ Chantaje y juego de poder.

✓ Moda, ambición y secretos.

✓ Un jefe arrogante vs. una asistenta con su propio plan.

✓ Romance prohibido y escenas hot.

¡YA EN PREVENTA!

SERIE NAVIDEÑA
REGÁLAME UN CEO POR NAVIDAD
#1

NOVIA DEL CEO POR NAVIDAD

Una mentira navideña. Un pacto imposible de resistir. Y la chispa que amenaza con convertirse en fuego.

Soy Valeria Martín, trabajo como junior en una empresa de Nueva York, y tengo un problema inmenso: mi jefe quiere que me haga pasar por su novia durante las fiestas navideñas.

Al parecer, un inversionista español no quiere cerrar un trato con él por culpa de su mala fama. Y no es para menos: Blake Prescott, mi jefe, es multimillonario, mujeriego y tiene fama de coleccionar conquistas más rápido que acuerdos.

Su propuesta es sencilla: fingir ser su pareja estas navidades.

A cambio, me promete un ascenso, unas vacaciones en casa y… poner fin a mi interminable sequía en la cama. Porque desde que mi ex me plantó a pocas semanas de la boda hace tres años, mi vida íntima es inexistente.

Lo que no esperaba es que, entre luces de Navidad, galletas caseras y besos bajo el muérdago, la línea entre el pacto y el deseo se volviera cada vez más difusa.

Porque Blake no solo sabe cerrar negocios. También sabe exactamente cómo volverme loca en todos los sentidos.

¿Podré seguir fingiendo cuando mi corazón empiece a creerse esta farsa navideña?

L o que encontrarás en esta historia:

✓ Romance entre jefe y empleada.

✓ Enemigos a amantes con chispas navideñas.

✓ Una falsa relación que se complica (y se calienta).

✓ Tradiciones, nieve, galletas y… mucha química.

✓ Un jefe millonario que no cree en la Navidad.

¡YA EN PREVENTA!

SERIE NAVIDEÑA
REGÁLAME UN CEO POR NAVIDAD
#2

ATRAPADA CON EL CEO POR NAVIDAD

Una tormenta invernal. Un pueblo perdido en el mapa. Y un jefe tan irritante como irresistible.

Soy Kayla Morris, asistente personal de Ethan Prescott, y tengo un problema enorme: me he quedado atrapada en un pueblo remoto con mi jefe después de que nuestro avión fuera desviado por culpa de una tormenta de nieve.

¿El contratiempo?

La única posada disponible cree que somos un matrimonio recién casado y solo tiene una habitación libre.

¿La solución?

Compartir cama con Ethan: multimillonario y encantador, pero también el último hombre con el que debería dejar que se me acelere el corazón.

No nos queda otra opción que aguantar unos días en Mapple Hollows hasta que pase la tormenta, fingir que somos pareja y tratar de sobrevivir sin volvernos locos en el intento.

Lo que no imaginaba es que, entre paseos por el pueblo nevado, concursos navideños y roces imposibles de evitar, la tensión acabaría derritiendo hasta el hielo más duro.

¿Podré seguir fingiendo indiferencia cuando mi corazón empiece a querer convertir esta farsa en algo real?

Lo que encontrarás en esta historia:

✓ Romance entre jefe y empleada.

✓ Convivencia forzada en un pueblo navideño.

✓ Una sola cama y demasiada tensión.

✓ Momentos tiernos, cómicos y muy románticos.

✓ Un CEO encantador que nunca imaginó enamorarse en Navidad.

¡YA EN PREVENTA!

MIS NOVELAS

SERIE MILLONARIOS INSOPORTABLES DE MANHATTAN

-Un acuerdo millonario

-Un contrato millonario

-Un deseo millonario

-Un problema millonario

-Un error millonario

-Un sueño millonario

-Un desafío millonario

-Un sabor millonario

Aquí para leer la serie

SERIE HEREDEROS MILLONARIOS DE MANHATTAN

-Millonario irresistible

-Millonario arrogante

-Millonario encantador

-Millonario provocador (ya en preventa)

Aquí para leer la serie

¡ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

Gracias por dejarte llevar por la intensidad de Cameron y Audrey, por acompañarlos en su camino de heridas, reproches y reconciliación.

Gracias por vivir con ellos cada silencio incómodo, cada recuerdo que aún dolía, cada beso bajo la lluvia que lo cambió todo.

Audrey es una mujer que aprendió a levantarse incluso cuando el pasado parecía más fuerte que el presente. Representa a todas aquellas que alguna vez han tenido que mirarse al espejo y decidir: ¿sigo huyendo o me atrevo a volver a amar?

Cameron, en cambio, es la prueba de que incluso los hombres que parecen haberlo perdido todo pueden encontrar redención. El nadador brillante, el hombre que una vez huyó, pero que supo volver a tiempo para luchar por lo que de verdad importaba.

Escribirlos fue como sumergirse en un mar agitado y descubrir, poco a poco, la calma que se esconde bajo la superficie.

Gracias por haber estado ahí, leyendo, suspirando, emocionándote.

Gracias por cada palabra compartida, cada reseña, cada vez que recomiendas esta historia.

Si al terminarla has sonreído con los ojos húmedos, has sentido ese cosquilleo en el pecho y has creído, aunque sea un poco, en las segundas oportunidades… entonces todo ha valido la pena.

Con cariño y gratitud,

Leila Yoon

P.D. Sígueme en redes sociales.

Instagram: https://www.instagram.com/leilayoonautora/

Facebook: https://www.facebook.com/profile.php?id=61572377692065

Date de alta en mi boletín de novedades y recibirás un relato gratis:

https://www.leilayoon.com/